

## 1.- En el cine todo es luz: *Amantes*

¿Escribir sobre cine? Siempre, hasta en papel de estraza. Siendo sensible a su posible belleza, ¿cómo no escribir sobre él? Pero de lo bello sólo se puede escribir en lo que busca ser también bello —jamás en el mero contar los argumentos, pues quien ha sido ya testigo de la ceremonia no lo necesita y quien no lo ha sido no se lo merece, menos aún haciendo de lo que debe ser expresión sentida de la belleza que se recrea en nosotros una cuestión de mera pedagogía enseñadora, engañadora, por tanto. Porque, en definitiva, es cuestión de luz, seguramente.

En una tarde luminosa, pero fría, vengo de ver *Amantes* de Vicente Aranda. Sí, bien, quizá, pero le falta luz. Se me ha hecho corta, me ha sorprendido terminando. Y, sin embargo, era poco, porque había en ella poca luz. Luz negra, en este caso, luz terrible, pero le falta la terrible luminosidad de la negra tragedia de la vida, de vidas mostradas que sean capaces de reflejarse en nosotros para hacernos ver lo que también somos.

Todo podía haberla llevado a ese punto en que el cine comienza a entrar en el camino luminoso de lo bello, aunque sea la belleza tenebrosa de los aguafuertes goyescos o de las pinturas de la Quinta. Porque la belleza en su luz es multiforme. Y, sin embargo, le falta luminosidad resplandeciente, con resplandor de belleza. Le falta casi todo, en definitiva.

Terrible tragedia la que nos cuenta, ambientada en los años cincuenta —pero, igualmente, posible tragedia de los noventa, porque sólo lo particular que se universaliza adquiere ese valor trágico de Esquilo o de Sófocles—, pero tragedia ésta que, al final, ahora, no nos alcanza como debiera. Otros muchos cineastas tampoco han sabido realizar esa necesaria labor universalizadora, como Allen, imagino. Sin ella nada hay.

Paco (Jorge Sanz), recién salido de la mili, entre Trini (Maribel Verdú), que trabaja de doncella en casa del comandante, y Luisa (Victoria Abril), la viuda negra. Paco se mueve desde la limpieza de su relación con Trini hasta el torbellino absorbente de su relación con Luisa que le lleva a la negrura de lo horrible. Amor. Dinero. Sordidez. Asesinato. No, no es sin más la España de pandereta, pues podría ser la negrura abismática de lo humano. Sueño hipnotizador de carne que se hace putrefacta desde la limpieza del resplandor de la carne humilde. Esto es grande. Y, sin embargo, se escabulle la luz entre los ojos que miran la pantalla. No la luz fotográfica de José Luis Alcaine, uno de los buenos luminificadores de nuestro cine, sino la luz de la belleza, aunque sea negra.

Ella no falta, sin embargo, en *El padrino III* de Francis Ford Coppola, que vi hace poco en versión inglesa original con subtítulos —una de las pocas reglas de quien busca ver el cine con ojos luminosos, además de ponerse cerca de la pantalla para que se inunden del resplandor de la luz, cuando la hay, sólo cuando la hay, ¡oh desgracia!—, Coppola en ella se nos

hace grande cuando nos hace grandes, porque nos hace grandes: luz nostálgica del largo atardecer de la vida. Mirada humilde al pasado negro. Ráfagas de arrepentimiento.

Todo llamaba a que se diera también para nosotros en los *Amantes*. Todo parecía estar reunido aquí para que saltara lo bello hasta nuestros ojos y nos llenara. Y, sin embargo, falta el movimiento que se hace luz ante nuestros ojos. Personajes, idas y venidas, planos, caras, encuadres bellos, pero internamente estáticos, sin movimiento. No generan luz.

¿Por qué? ¿Por qué esa terrible desgracia? Es ahí la diferencia entre un gran cineasta —que es capaz de iluminar nuestros ojos con luz de belleza— y un cineasta menor que aquél —que meramente dispone ante nosotros aquello de lo que dice hablarnos, sin la capacidad de encender en nuestros ojos el fuego de la luz bella.

¿Por qué? ¿Por qué esa terrible desgracia? Quizá porque el cineasta menor que aquél piensa que lo importante es, a lo mejor, la belleza en sí misma (ahí en la pantalla estática) de la catedral de Burgos o de la iglesia del pueblo de Trini, o de los cuerpos en sí mismos hermosos con su piel, o del rostro en su propio sí mismo alelado por el deseo y el dolor, o el color del ambiente meramente recreado. Sin saber, en cambio, que todo ello es sólo posibilidad creadora del cineasta para desplegar ante nuestros ojos atónitos la luz de la belleza que él pone ahí para nosotros, para que introduciéndose por ellos en nuestro mismo cuerpo sea ya luz interior, haciéndose la historia terrible parte de mí en lo terrible que yo mismo soy; para que nosotros la recreemos en lo que somos y en lo que queremos ser.

Pero Vicente Aranda no llega a hacerlo así. ¿Por qué? ¿Por qué esa terrible desgracia? ¿Por qué esta ocasión perdida?

Víctor Erice —¿cómo ponerlo en duda?— es el más grande de todos los cineastas que se han dado en España. Sólo por dos veces (*El espíritu de la colmena* y *El sur*) —y una media vez antes— ha iluminado nuestros ojos, pero en ellos ha dejado luz que está ya cargada de utopía para siempre; que nos ha enseñado a dónde hay que mirar para dejarse llenar por los raudales de lo bello que nos conforma. Porque la belleza es historia y es imagen. Pero no toda historia ni toda imagen generan belleza; únicamente la que es, aquella en la que se nos muestra la *realidad verdadera*. Y lo que es realidad verdadera tiene profundidades inconmensurables, infinitas.

Pero ¿qué es lo bello? La luz que siéndome dada me construye por dentro por entero, cada vez como siendo la primera. Cada vez sabiendo que podrá ser ya la última, si lo fuera, aunque lo fuera, pues ya soy —somos, quizá— lo que se me ha dado. Y lo soy —somos— para siempre.

Pero Vicente Aranda no ha podido darme —darnos— nada de esto, lo único que finalmente merece la pena dar. Por eso, al salir del cine la luminosa tarde era aún más fría. ¡Qué pena! Qué pena que no haya sido lo que hubiera podido ser. Hasta lo que no es deja huella de tristeza.

El arte es así como una pequeña sutileza, pero en ella —junto a otras, pocas, pequeñas sutilezas— está la grandeza de lo que nos hace de manera definitiva lo que vamos siendo con el tiempo: carne enmemoriada.

Viernes 19 de abril de 1991  
(*La Gaceta regional*, sábado 14 diciembre 1991)

## 2.- El traer a la memoria de *Mis memorias*

¿Cómo puedo traer a mi memoria las memorias de alguien que no soy yo? Pues bien, las memorias de Mariano Navarro Rubio (*Mis memorias*, Plaza & Janés/Cambio 16, Barcelona, 1991) me han traído al recuerdo unos tiempos lejanos y me han hecho pensar no poco.

La década que va del final de los cincuenta al final de lo sesenta es en mi vida —por cuestiones de personal cronología— la época dorada, con un dorado de primavera y de mañana. Es el tiempo, en el franquismo, de la estabilización y de los planes de desarrollo; el momento en que despegamos de la España de castañuela y pandereta para comenzar a ser lo europeos que hoy somos; los de mi generación nacimos allí a la democracia. Es un momento de intenso diálogo político y cultural—¿lo recuerdan?—, quizá el único que he vivido junto con algunos de los años de la transición con el gobierno de la UCD. En ese momento Mariano Rubio fue alguien decisivo en nuestra historia: (super)ministro de Hacienda y luego gobernador del Banco de España. Los más valiosos de los que entonces eran llamados 'tecnócratas' llegaron de su mano y se fueron con él. Frente a ellos estaban los políticos 'falangistas', quienes se movían como pez en el agua con una utopía de retraso, partidarios por tanto de poner para el futuro un tapón, que creían certero. Pero ningún futuro engendrado se deja taponar. Entonces lo vimos. ¿Lo veremos ahora también?

Porque es sorprendente la cercanía de aquellos años. Cercanía en lo que se asemejan a lo que acontece hoy: los economistas dichos tecnócratas y sus furibundos enemigos los poderosos politiqueros falangistas de medio pelo. La política de la zancadilla y del certero golpe bajo de éstos, que llevó a un final de los sesenta y unos años setenta terribles, horrorosos; querían volver hacia atrás en lo que era ya imposible y una vez más dividieron a España en dos: la España real y la España oficial.

Leyendo estas memorias apasionantes, qué de veces he pensado cuántos son los puntos de cercanía entre aquellos tiempos y éstos, aquellas preocupaciones y éstas. ¿Podrá ocurrir también hoy que se traguen la llave del férreo poder político aquellos que no tienen el futuro consigo? Entonces era patente: todos lo sabíamos. Ahora también es patente: todos lo sabemos. O ¿es que es cierto que entonces algunos no lo

sabían? ¿Será que ahora también algunos son tan ciegos, sordos y mudos que tampoco lo sepan? ¿Quiénes fueron los que empecinadamente se engañaron entonces llevándonos a momentos terribles de la historia española? ¿Cuáles eran los inmensos intereses personales y grupales —intereses de dinero, claro, pero también intereses justificatorios de viejas ideologías— que defendían con uñas y dientes? ¿Serán los mismos —la misma clase burocrática, ya que no las mismas personas— los que ahora nos quieren llevar a otros momentos que quizá les gustaría similares?

Digo momentos terribles, puesto que innecesarios. Procedían de un emperramiento en hacer que las cosas de la sociedad española fueran como ellos predicaban con su empecinamiento, desconocedor de por donde se movía ya nuestro futuro. Es cierto que entonces no había elecciones —y esto es clave—, pero también es cierto que aquellos igualmente manipulaban muy bien todo lo manipulable —que era y es mucho— para hacer que la opinión pública operativa se moviera por donde ellos querían. Sin saber siquiera que la opinión pública gestadora de futuro corría ya por sendas muy diferentes. Quisieron matar la utopía substituyéndola por mero viejoverdismo mitinero y arrastrador de pasiones innobles jaleadas por demasiados intereses chatos que se entrecruzaban —recuérdese el fiasco del caso Matesa— para impedir el futuro, un futuro que era nuestro y no suyo.

Con las falsas ideas que incontables veces nos hacemos de la historia, incluso de aquella que hemos vivido, puede parecer insólito encontrarse con estas palabras de Navarro Rubio refiriéndose a los años cuarenta: (pág. 58). Este ‘inconveniente político’ se repite como una pequeña cantinela a lo largo de las memorias. Pero ¿no se decía tanto y cuanto sobre la catolicidad en la España franquista? Las cosas son diferentes o, al menos más complicadas. Hay también, por ejemplo, la brutal reacción estatalista y burocrática de la educación por el ministro del ramo, Jesús Rubio García-Mina — (pág. 281)—, y de casi todos los demás. ¿Son rasgos constantes de nuestra historia?

¿No vivimos hoy momentos similares? ¿No nos enseña la historia mucho de lo que sería bueno hoy y de por donde es mejor no insistir? Traer a la memoria la historia —más aún si es una historia que hemos vivido personalmente— es una necesidad para que seamos quienes somos y, mejor aún, quienes hemos querido ser.

Nos gusta inventarnos la historia —personal y comunitaria— para contarnos historias, y lo hacemos con un único objeto: desviar la mirada de lo que somos, de lo que debemos, de lo que quisimos ser. Porque la historia del ayer es el espejo del hoy en donde se refleja lo que queremos ser mañana. Si distorsionamos lo que fuimos, o si lo olvidamos, acallamos la conciencia que nos grita por lo que hoy somos y buscamos para mañana.

Cuando la vida comienza a correr rápido su camino hay un momento —no, muchos momentos— en los que se hace necesidad hacer

memoria de quienes fuimos, volver a la tierra de nuestra juventud, contemplarnos en aquello que ya no somos, mejor aún, ver lo que seguimos siendo hoy de aquello que fuimos y rememorar lo que entonces quisimos ser para hoy, sin quizá serlo ya porque perdimos demasiado de nosotros por el camino.

Y, cómo lo olvidaremos, somos una rememoración de lo que fuimos, si es que somos lo que quisimos ser, puesto que somos —siempre lo repito— carne enmemoriada. Y, si no es así, somos hoy podredumbre de lo que fuimos.

Lunes 24 de junio de 1991  
(*La Gaceta regional*, sábado 21 diciembre 1991)

### 3.- Obras son amores

Desde el mes de octubre último vivo un enorme placer: no tengo coche. Me he deshecho de él. Voy andando a todas partes, en autobús, en tren, en avión, en taxi. Fuera de aquí puedo ir incluso en el medio más sabio de transporte ciudadano: el tranvía, que nuestros ediles con inteligencia y preclara visión de futuro echaron a la chatarra hace muchos años. Medios de transporte increíblemente baratos en comparación con lo que me costaba antaño el sostenimiento del coche.

Pensé alguna vez —carcomido por el ministerio de la propaganda— que me encontraría muy limitado en mis movimientos al no poder desplazarme con mis propios medios: mentira podrida. Ese pensamiento es producto de la publicidad vendedora. Se fatigan otros conductores —que cobran por esa fatiga como lo que es: su profesión—, me llevan y me traen con admiración del paisaje y enorme contentamiento suyo y mío. Lo de los taxis es ya el colmo. Todo me parece regalado en la comparación. Nunca me encuentro con la tentación de meterme el coche en el bolsillo para sacarlo del caos de una circulación imposible.

Voy a donde me apetece de verdad, no a donde me llaman: como tienes coche, ¿podrías venir a divertirnos?, y enseguida la voz del teléfono nombra un lejanísimo lugar para llegar al cual hay que, con evidente peligro de la alegría y de la tranquilidad espiritual, corretear por inmundas carreteras, yendo y volviendo en menos de lo que canta un gallo porque no puedo dejar la cotidianidad universitaria salmantina. Ahora mi respuesta es maravillosa: no puedo, ya ves, no tengo coche. Y la patata caliente queda en manos de quien amablemente quería comprometerme. He conseguido así una vez hasta que me llevaran y me trajeran de Salamanca a Madrid en un magnífico taxi Mercedes. ¡Como un señor!

Y ya que estamos en estos afanes, ¿qué decir de lo de nuestras carreteras? ¿Es que los ingenieros proyectistas son los más incapaces de

Europa? No tengo razones para creerlo, siendo yo mismo uno salido de su seno. ¿Es que los inspectores de obra no hacen su trabajo? No sé, pero es muy posible, son tantas las veces que al pasar uno adivina dónde están las faltas garrafales de un reciente tramo de carretera. No sé, ¿será que soy adivino o, simplemente, que se pierden en el reparto de beneficios? ¿Será que nuestros administradores nos toman deliberadamente el pelo? Sí, esto ya me parece más plausible, quizá por tener la suerte de no serlo yo.

¿Ha visto usted, señor leyente, que en los últimos años el desmadre carreteril es tan alocadamente grave que entre lo presupuestado para arreglo de carreteras y lo realmente gastado, sin que todavía se haya cerrado el plazo de ese gasto, se ha multiplicado por dos o por tres?

Leo eso y los ojos se me salen de las órbitas y los dientes se me caen al suelo de tanto abrir alélidamente la boca. Pero debo ser al único que le acontece tal memez de insólito idealismo. Aquí nadie se inmuta. Ni nuestros administradores ni nuestros técnicos ni nuestros constructores ni los inspectores de lo que se hace ni nuestros periodistas ni los políticos del partido gubernamental ni los de la oposición parecen darse por aludidos, como si a todos ellos fuera cosa que no les atañe. A nadie se le mueve un pelo de la cabeza. Pero a cualquiera se le ocurre: ¿qué pasa con ese dinero? ¿Quién ha sido el zopenco que hizo los proyectos?, ¿quién fue el indeseable que los aprobó?, ¿quién fue el que no soliviantó a la sociedad española ante lo que se nos venía encima? ¿Será que lo han hecho para que se alejen los turistas de acá? ¿Será que todos ellos se han quedado con algo de lo sobrante? No sé, estoy perplejo, no acabo de ver otra razón plausible.

Pero bueno, siga caminando, señor mío, por nuestras carreteras. Todo es una pura obra. Algunas se terminan, incluso bien, (Sólo faltaría eso acontecía hasta en tiempos del franquismo). Pero, por ejemplo, tome la carretera de Salamanca a Ávila —aquí cada uno ponga su ejemplo—, hace años, diez quizá, que está en obras. Es una verdadera risión, lo sabemos. Todos pasamos y no pasa nada. Parece ser obra de un destino fatal que debemos aceptar sin chistar siquiera. Es como el pedrisco que cae.

La sociedad española como tal, fuera de los administradores estatales, de los administrados estatales, de los ingenieros estatales, de los inspectores estatales, de los educadores estatales, de los profesores universitarios estatales, de los culturados estatales, de los medios estatales, de los que sean, todos estatales —no pongo más para no insultar, pero todos los conocemos—, no existe. Ya lo dijo aquél que tan bien escribía: *España invertibrada*. Los españoles estamos medio organizados, quizá, como estado, pero no como sociedad. Más aún, hace años que se busca por todos los medios desde los administradores que disfrutaban el poder —elegidos democráticamente, ¡quién lo pone en duda!— que no existan agrupaciones sociales intermedias, que son el tejido social que da espesor a un país. Ah, no, nosotros de eso nada. Aquí está el individuo aislado en su cubículo, por un lado, y el estado por otro con su

cohorta infinita de administradores y administrados. Y que nadie se mueva. Y que nadie diga: ¿qué se hace de nuestros impuestos? Y que a nadie se le ocurre asociarse fuera de los administradores, porque lo ha de pagar entre la inveterada incuria de nuestra invertebración hereditaria y el esfuerzo de nuestros estatistas políticos —elegidos democráticamente, ¡quien lo pone en duda!— porque aquí quien se mueva no sale en la foto.

Aquí pasamos 1989 sin inmutarnos. Entre nosotros sólo el escrito de Juan Pablo II de hace unas semanas toma en consideración esa fecha, ante la clara indiferencia política y cultural estatista.

O, al contrario, ¿comienza a haber un movimiento profundo y con una potencia de fondo que hará que el mar de la sociedad española se mueva con potencia arrolladora en un futuro muy cercano? ¿España vertebrándose? ¿Dejamos de lado, por fin, tanta mala historia, pródiga en incultura? Sería magnífico que tomáramos en serio esta posibilidad.

Obras son razones y no meras razones

Miércoles 26 de junio de 1991

(*La Gaceta regional*, sábado 28 diciembre 1991)

#### 4.- Lo que leemos

Se nos pusieron los pelos de punta a los que leemos cuando el otro día nos enteramos que el cuarenta y dos por ciento de los españoles no leen nunca ningún libro. Más aún, en los últimos ocho o diez años ese número de los que no leen, lejos de disminuir, ha aumentado.

Se nos pusieron los pelos de punta a los que escuchamos música cuando el otro día nos enteramos de lo que sigue: la mayoría de los que compran cadenas lectoras de discos digitales no compran luego ningún disco, y, por tanto, no escuchan música. Bien es verdad que probablemente tenga razón Sergiu Celibidache cuando afirma que la música enlatada es una infamia, que es cosa muerta y no música viva. ¿Será esta la razón profunda del arrepentimiento de los que poseen lectores digitales de CD y no tienen, sin embargo, discos digitales de CD?

Pero volvamos a nuestros libros. La España invertebrada tiene como una de sus notas más salientes la falta de lectura, es decir, el alejamiento más rancio de lo que sea cultura. Se explica: en una peluquería quien no pudo tomar el *Hola* porque estaba ocupado y tuvo que tomar, para su infortunio, el periódico *Expansión* decía: .

Pero, ¿quién lo duda?, leer es uno de los más grandes placeres que se ha imaginado el hombre. Ahí todo es posible. Ahí, como decía con tanta razón el viejo Leibniz, infinitos mundos son posibles, qué digo, se hacen reales infinitos mundos. Hasta el punto que mi amigo el filósofo chileno-salmantino Juan O. Cofré pasa sus días cavilando sobre el estatuto de los “entes de ficción”.

¿Dónde está don Quijote? Porque, es evidente, sin que exista, don Quijote está vivo y coleando: me lo he encontrado varias veces en el ascensor con su Sancho y su Rocinante. Bien es verdad que el encuentro del ascensor es siempre engorroso, demasiado breve: da ocasión a hablar del tiempo o a hablar de que en los ascensores sólo se habla del tiempo por lo que nosotros no hablaremos del tiempo. Bien es verdad que ya de más en más no se dice ni mu en los ascensores y se evitan así muchos entes de ficción. No, yo en realidad he tenido la posibilidad en varias ocasiones de hablar largamente con él, con ojos desorbitados que ven más allá del espejo.

¿Será que hay gente que nunca ha tenido la suerte inmortal de encontrarse con los entes de ficción en alguna circunstancia parecida? Esa sería la única razón que a lo mejor me haga comprender que alguno no tenga el acicate maravilloso de leer. Pero ¿cómo encontrarse dichos entes si uno no lee? Que venga, pues, don Quijote de tras el cristal a parlamentar noblemente con nosotros en una bella música callada, rescatado de su sepulcro.

¿Música callada? Quien no lee no puede saber de qué estoy hablando. Porque lo que entra por el oído como música, en una buena parte, es aquello que leímos con los ojos, que contemplamos con ellos. ¿Has pensado alguna vez que —como acertó Karl Rahner— todo es escucha de la palabra? Y ¿cómo escuchará quien no lea, quien jamás haya leído siquiera un libro? ¿No acontece que la palabra se nos da primero en un libro y, luego, creciendo con él, creciendo de él, se nos hace palabra viva?

Las horas sosegadas que uno pasa con los libros son aquellas que nos hacen ver la profundidad de lo real. Y es curioso que así sea, puesto que los personajes que en los libros aparecen son, ciertamente, entes de ficción. Pero se establece con ellos y su mundo un diálogo tan rico, tan callado, tan ensordecedor, tan musical, que lo que somos —como ocurre tantas veces— lo hacemos ahí, lo sacamos de ahí.

¿Significa lo que digo que el que no lee no es? No, claro. Quien pudiendo leer no lee, quien estando en posesión de la llave de esa puerta imaginaria de los mil mundos posibles no se adentra por ellos, entorpece lo que es, simplemente, porque sólo sabiendo lo que son esos lejanos mundos de los entes de ficción, sabremos lo que es nuestro interior escondido, lo que es el mundo secreto que es el nuestro. Sólo quien usa ese sentimiento maravilloso de la imaginación lectora sabe cuál es la amplitud de lo humano, la universalidad humana de lo sentido. Sólo él se recrea en la belleza y recreándola la crea, creando realidad más amplia, más abierta, más abarcante, más bella y verdadera.

Pero quien no está ahí —¡pudiéndolo!— cierra sus entrañas a sí mismo y a la comprensión cariñosa de los demás. Se priva de un goce máximo: el goce de la lectura, la belleza de la cultura.

Mas, ¿leer qué? Todo. Narración. Literatura. Filosofía. Historia. Hay muchos que se creen tan serios que, lectores profesionales de gruesos



mamotretos de sus propias técnicas, les parece indigno de su valer el leer lo que consideran mera literatura.

¡Qué error el suyo! Pero, no importa, salgamos sin hacer ruido. Dejémosles en los espasmos de su indigestión de aburrimiento. Lo malo es que, en ella, alguna mala pasada nos han de jugar puesto que, sin duda, desconocen la largura de la naturaleza humana, capaz siempre de lo novedoso, capaz siempre de ir más allá de lo que es dictado como su naturaleza obligada para descansar en una realidad que de puro imaginaria abre las puertas reales de lo que somos en verdad.

Otros tienen peor suerte. Qué digo peor, mejor suerte. Son los que nunca han tenido acceso a la lectura. Los que nada leen porque se les ha apartado de la cultura, no se les ha dado acceso a ella. La España inculta. Hija de la España negra. Estos un día pueden comenzar a leer, a divertirse con la lectura, a verter lo que son en otros horizontes, por tanto. Para ellos todavía todo es posible; el mundo de la lectura, el mundo de la cultura no les está vedado, sino que todavía no han tenido acceso a él, quizá —¡qué quizá, seguro!— porque otros —¡ellos?— se lo han impedido.

Miércoles 26 de junio de 1991

(*La Gaceta regional*, sábado 4 enero 1992)

## 5.- Información y opinión

Es una desgracia lo que nos acontece. Si atendemos a un medio de comunicación como único procedimiento para informarnos de lo que acontece en España y en el mundo —por ejemplo, más de uno de los informativos de la televisión administrativa—, nos hemos hundido: nos transmiten la información que el gobierno quiere; incluso —como acontecía en tiempos del franquismo— las noticias nos las dan derechamente los ministros y miembros cualificados de la administración. Como corderitos seremos llevados a donde quieran nuestros gestores —eso sí, elegidos democráticamente—, y me temo que jamás quieren nada que vaya en contra de sus propios intereses, aunque supongo que suponen que nuestros intereses y los suyos coinciden y deberán coincidir por siempre jamás.

Pues bien, vamos a escuchar alguno de los otros medios de comunicación. Pobres de nosotros entonces, porque nos sermoneará constantemente. Me explico. Pone uno cierta radio a horas en que no tiene más remedio porque es la única que en ese momento da ‘información’. Se ha hundido con todo el equipo: todo es un mero dar pequeñas noticias con largos y asermonados comentarios llenos hasta la saturación de moralina, y de esa moralina brutal de ‘ya lo decía yo’. Salta una mala información para los partidarios de la administración vigente, y al punto se siente el ‘informador’ en la necesidad imperiosa de moralizarnos con que .

Comprendo que es difícil separar información de opinión. Pero tengo para mí que en España los medios de información, con notabilísimas excepciones, no saben, no quieren, no contestan, hacer esa elemental labor de separación. Dé usted las noticias, que ya soy mayor y las comentaré yo mismo, y si usted luego me da sus opiniones —y yo las quiero oír— ya le escucharé. Pero, por favor, haga el esfuerzo usted, informador, de informarme como Dios manda.

Miren ustedes el espectáculo espectacular de la información que desde hace años un ‘informador’ locuaz de uno de nuestros periódicos señeros nos ofrece de Italia y del Vaticano. El buen señor tiene una secreta simpatía por Craxi —lo que es muy encomiable en el mundo de infidelidades en el que vivimos—, y que puede llevarle incluso a hablar bien del ex-PCI. Esa secreta simpatía deberá creer el buen señor que no se le nota, pero no hay letra que ponga en papel que no lo haga patente. Pues bien, todo ello se adoba con una manía de las que antiguamente se llamaban ‘odio-moro’ —lo digo así sólo para que nos entendamos— a la democracia cristiana. Resultado: lean ustedes, lean. Llevo quince años leyendo esa bazofia. El buen ‘informador’ no se chamusca las pestañas cuando una y otra vez la DC resiste e incluso sube y el PSI o el ex-PCI se mantienen mal o incluso bajan; es inasequible al desaliento. ¿Pensarán sus lectores estar “informados” de lo que acontece en Italia? ¿No estarán corridos por las ‘opiniones’ del buen señor que una y otra vez —desde hace quince años— debería poner en sus crónicas aquello de ? Pero, en fin, comprendo que aparece ahí un concepto complejo: realidad.

Pasaré de página, pero no sin recordar que ese mismo ‘informador’ es de chúpame dómine cuando croniquea desde el Vaticano y le sale el nombre de Juan Pablo II. ¿Será posible una información con menor objetividad? Quede el primor para otra vez.

Volvamos a la información y a la opinión. El otro día, en la defensa de la tesis doctoral de mi amigo Arturo Merayo, en la Facultad de Periodismo de la Complutense, uno de los miembros del tribunal, Ángel Faus, me dio una pista. Todo el mundo lo sabía, pero yo no: la información es cara, la opinión (sobre todo si es en forma de tertulias), barata.

Lo que busco es información, no endoctrinamiento. Incluso la opinión de otros es para mí información, porque lo que me gustaría y busco por todos los medios a mi alcance es tener opinión propia, razonada. La diversificación de las entradas por las que recibió la comunicación es fundamental. No todo vale igual, cada medio viene sesgado —mucho o poco, eso depende de su grandeza profesional, lo que da ocasión a su fiabilidad— por la opinión de quien lo sostiene. Porque, ¿cómo no nos daríamos cuenta?, el tipo de ‘informador’ al que antes me refería envía como información lo que los dueños y gestores de su medio quieren que envíe. Me explico. No pongo en duda la integridad personal del ‘informador’, no es esa la cuestión. La cuestión es que está ahí y es mantenido ahí porque interesa al medio que le da cobijo. El día en que ya

no interese, ese ‘informador’ dejará de escribir, o ¿cambiará drásticamente sus ‘opiniones’? Más claro, agua.

Así la opinión de los demás es, para mí, ocasión de pensamiento, fuerza de razones que me lleva a formar mi propia opinión. Mis opiniones, por tanto, son mías, y valen lo que valga la fuerza de sus razones.

¿Recuerdan ustedes aquella marabunta inextricable que constituyó todo ese fenómeno complejísimo que llamamos guerra del Golfo? ¿Fue todo una manipulación gigantesca? Por el contrario, ¿no aconteció que la guerra de comunicaciones y de informaciones contrapuestas fue tan importante como el mismo despliegue de la acción militar? ¿Parecía fiero un ejército que no lo fue jamás —y la información informada ya lo sabía— o dejó de serlo ante la acción militar de los otros? En aquellos terribles días, ¿en qué nos apoyamos para hacernos una opinión verdadera sobre lo que aquello era y significaba? ¿No seríamos entonces rotundamente engañados porque la fuente de información estaba intoxicada por ambos bandos, nosotros no lo sabíamos y ellos sí, con lo que quedamos fuera de órbita?

La vinculación entre comunicación y realidad, entre comunicación y verdad: tal es la cuestión.

Jueves 27 de junio de 1991

(*La Gaceta regional*, sábado 11 enero 1992)

## 6.- Políglotas, monóglotas y áglotas

Tuve en la E. T. S. de I. I. —como se llamaba— de Bilbao un profesor muy temido por los alumnos, excepcionalmente claro cuando quería explicar, pero sumamente nervioso, fumador constante de cigarrillos Chesterfield que cogía por abajo con el dedo índice y el pulgar. Una vez nos dijo algo muy singular.

Un compañero estaba en la pizarra, más vendido que una codorniz en mitad de un rastrojo, todavía más nervioso si cabe que nuestro profesor, aunque por distintas razones; muy poco al tanto de lo que aquél explicaba. Por cierto, siempre nos sacaban a la pizarra en clase, en un constante diálogo alumno-profesor. En medio del torbellino de nervios por tan diferentes causas, el profesor dijo: . Mi compañero, en la marabunta en la que estaba sumido por sus desdichas, sin saber qué hacer, dónde meterse, qué decir, sin tener tampoco idea en ese momento de quién se hablaba —Leonhard Euler, un celeberrimo matemático de Basilea del siglo XVIII, cuyo nombre suena como lo escuchó mi amigo—, puso Oiler. El profesor aspirando torrenteras de humo en medio de gemidos de furibunda agonía se precipitó hasta el punto de la pizarra donde estaba escrita tamaña infamia, la mal borró con nerviosos gestos

de la mano, traspasado de signos de desesperación, y escribió Euler mientras suspiraba lleno de indignada melancolía: .

Mi pobre amigo estaba entonces fuera de sí y no era responsable de lo que escribía. Pero valga aquello para alguna reflexión. ¿Por qué en medio de la nerviosidad imperante puso Oiler? La razón es clara y única. Si consideramos que la cultura es lo que queda cuando olvidamos lo que sabíamos, es decir, cuando no teniendo tiempo para la reflexión inmediata, con todo y con eso se nos hace patente la fuerza de algo sabido desde antes, mi amigo no era culto y no tenía idea de cómo se escribía Euler ni de quién demonios era ese personaje: no había encontrado tiempo para el esfuerzo de una reflexión desocupada y le pilló el toro fuera de juego.

Me impresionó mucho aquella expresión endolorida, desertora de cualquier esfuerzo futuro de mi profesor, en el último estertor de lo que se le imponía como realidad definitiva: sus alumnos no sabían nada de nada. Y ese nada de nada se hacía aglotismo si de algún saber foráneo en lenguas se trataba. Poco antes, otro compañero en medio de una conversación en que se hablaba de Ernest Hemingway, despistado como un pulpo, dijo al cabo de un rato: . Había recibido el premio Nobel de literatura no mucho antes y se paseaba incansable por España en seguimiento de Antonio Ordóñez.

Hay aquí una realidad innegable: en España se sabía y se sigue sabiendo muy poco, demasiado poco. No somos cultos de una manera generalizada. Incluso —¡qué digo incluso, sobre todo!— gentes que, aparentemente, viven en y de la cultura, o al menos que con ella comen muy bien, no saben nada de nada, no están informados de nada, ni de dentro ni de fuera, ni de antes ni de ahora. Son, quizá, meros burócratas de la cultura. Somos un país demasiado inculto, desmesuradamente inculto. Si de lenguas extranjeras se trata, no se diga más, pues no las hablamos o las hablamos desafortunadamente mal. A veces se escucha con bochorno. ¿Se han dado cuenta de lo mal que las hablamos, de que caballunamente nos negamos a poner la boca o los labios de esas ridículas maneras, ? ¿Será que carecemos de oído musical? ¿Han observado cómo se enseñan las lenguas en nuestros estudios elementales y medios? Todos los chicos y chicas lo dicen: , y no es falsa modestia, es simple obviedad. Tampoco creo que los profesores de lenguas sean especialmente malos. Creo que es una cuestión de cultura, una sutileza de nuestra falta de cultura. No tenemos conciencia cierta de que sólo en conexión con otros, con otras culturas, con otros pensamientos, con otros continentes, con gentes que hablan de otro manera y que tienen otras costumbres y otras lenguas, que son distintos a nosotros, podemos realizarnos nosotros. Abunda el que porque ha mirado con detenimiento, en redondo y con cuidado, desde el campanario de la iglesia de su pueblo.

Es cuestión de autarquía. En la economía terminó, en la cultura no. Un último punto de esta autarquía que, quizá, se rompe ya, se da en ese diálogo que mantienen con los de dentro y con los de fuera aquellos que

entre nosotros son cultos, pero como islas rodeadas por todas partes del mar del desconocimiento mutuo. Bien es verdad que ese mar es una especie de sopa de inculturas, puesto que de inculturas estamos rodeados y hacia ella nos lleva derechamente todo lo que toca la (in)cultura oficial y burocrática que anega —¡con excepciones, claro!— la universidad y los grandes púlpitos del (des)conocimiento.

Quizá vivamos restos empecinados de tiempos —en España y fuera de España, aunque aquí mucho más, por supuesto— en los que la ideología era de rigor. Y la ideología es la mejor manera de parir mostrencos. No basta con cambiar de una vez la ideología por otra más progresista, que es lo que se ha querido que realizáramos en los años ochenta; hay que dejarla de lado como quien deja un impedimento mortal. La cultura es otra cosa.

Es posible que estemos lastrados en esto, como en tantas cosas, por nuestra historia común. La cultura española clásica murió en el desaliento. Pero murió más en los decires de los incultos ideólogos que en la realidad. Y ese discurso de desculturación pasó a ser teoría burocrática, y nos la creímos, y nadie leyó más a los clásicos, y nadie se preocupó del saber. Si había lectura, saber y preocupación era individual, demasiado aislada.

¿Todo es sólo así? No, emerge ya por todas partes una legión de hombres y mujeres españoles que saben, que son de verdad cultos, que están informados, que saben lenguas. Sólo faltan que sean ellos quienes den la nota dominante y no los incultos malandrines que nos dominan.

Domingo 30 de junio de 1991

(*La Gaceta regional*, sábado 18 enero 1992)

## 7.- Asombroso

Alguien dijo que la historia había llegado a su término y muchos, papanatas invidentes de lo que es y sin oídos para la escucha de lo que está siendo, se lo creyeron a pies juntillas. Bastó que apareciera impreso en algunos de esos púlpitos laicales que conforman la cultura oficial y que marcan ‘lo que hay que pensar’ en lugar de enseñar a pensar y actuar con libertad según lo que es y somos para el futuro. Pero la realidad es terca y no parece escuchar las roncadas voces de quienes quieren disponer de ella a través de su pensamiento y del dominio que buscan ejercer sobre el nuestro, pues pocas semanas después de aquél decir se nos quedó clavada en el alma la plaza de Tiananmen y comenzaron a caer los muros de Berlín.

En los días asombrosos de agosto, he leído también el diario *Le Monde*. Me referiré a él porque algo tiene de paradigmático. Además, hace muchos años que lo sigo con cierta asiduidad. Se han metido diariamente con el presidente François Mitterrand por su actitud primera

ante los acontecimientos de la URSS, pues dio por hecho el golpe conservador contra Gorbachov, sin condenarlo tajantemente dándole el carácter de golpe de estado inconstitucional que tenía —como hizo al punto el inglés Major—; dicen los periodistas del citado periódico parisino que es así como fruto de una cierta nostalgia ideológica que no le permite ver a su presidente, de ideología radicalmente jacobina, lo que es, sino lo que él y sus amigos piensan que debería estar ahí en el mundo de la historia, aunque la realidad se empeñe en no ser así. Es de estudiar cuidadosamente lo que esto significa.

Ahora bien, día a día, desde hace tiempo, desde la caída del muro de Berlín, algunos de los periodistas más influyentes del citado periódico deslumbran a sus oyentes con su falta de perspectiva e incomprensión manifiesta de lo que acontece en los países que eran comunistas. Parecen no poder comprender cómo con el agua del estalinismo(-leninismo) se está arrojando de la palangana también al niño del marxismo. Parecen tener necesidad de poner coto a lo que acontece —y cada día deben retrasar sus posiciones a las carreras—, porque , por eso lo que ahora acontece en la URSS no puede ir todavía más allá. Hay que limpiar de excrecencias, piensan, una ideología práctica, pero de ahí a tirarla al basurero de la historia, hay un trecho que ellos, decididamente, no están dispuestos a traspasar. No quieren hacer traición a la Historia.

Ahí está, seguramente, la cuestión. Habían decidido ya estas buenas gentes cuál era la Historia, de una vez por todas. Aceptan, por tanto, limpiarla, adecentarla, quitarle todo lo que la estropea, hacer que sea más bella, pero ¿comprender que se ha querido imponer a una porrada de gente, millones y millones, cuál iba a ser su historia, a la que tendrían que plegar sus vidas por necesidad absoluta? No, esto no lo quieren comprender. Y la razón es sencilla. Una cierta respuesta ideológica a esa interrogación ha sido la ocasión de todo lo que ha acontecido en los países comunistas. Precisamente eso —lo han visto muy bien los periodistas parisinos y por eso bufan, sin comprender muy bien por qué lo hacen— es lo que hoy se está cayendo, no sólo el leninismo, el estalinismo y el brezhnevismo, que no son sino concreciones prácticas y errabundas de esa Ideología de la Historia a la que todos deberían plegarse.

La Historia así —la tuya y la mía, la nuestra— nos estaría ya dictada en las grandes líneas, en sus líneas maestras, sin que tú y yo, lector, tengamos otra cosa más que plegarnos a ella; sin que podamos ser nosotros —tú y yo— actores de una Historia cuyo único sujeto en definitiva vendría a ser ella misma. Y que las cosas son así es algo objetivo, científico, decían y siguen diciendo en una nostalgia llorona.

Ahí está, me parece, la madre del cordero.

Pero ¿será verdad que este nostalgismo de la Historia se da sólo entre algunos periodistas parisinos? Decía que su actitud es algo paradigmático. Creo que entre nosotros abundan también quienes piensan de la misma manera. Aunque, quizá, los parisinos sean más leales y

honestos consigo mismo que muchos de los nuestros. Ellos reconocen sus nostalgias, mientras que, quizá, muchos de los nuestros, están con sus posaderas tan acopladas a pingues asientos y poltronas, tan ahítos de un comer burocrático que seestean sin posibilidad alguna de pensamiento, aunque, seguramente, sus corazoncitos vibran todavía un poquito con lo que dicen los parisinos y varios de los nuestros —pero ellos no leen, claro está, sólo faltaría. Cómo, ¿tampoco tú lo leíste, lector amable?, recuerda que hay que estar siempre bien informado; es esta condición de un pensar propio y, como sabes, no es nada fácil.

Un terremoto político se nos adviene en los países del Mercado Común. Se dan ya entre nosotros los primeros síntomas, que digo síntomas, las primeras realidades. ¿Podremos estar atentos y preparando el futuro ya?, o por el contrario ¿seguiremos viviendo de viejas nostalgias? Si seguimos viviendo de ellas llegaremos tarde a lo que la historia —con hache pequeña, que es la única que tiene existencia— nos depara. ¿Tendremos la inteligencia suficiente para ponernos a la escucha de lo que ya está siendo? No es un craso realismo lo que quiero, pero sí un estar atentos a la realidad y no tener nostalgia de aquello por lo que quisimos suplantarla: una realidad que no se nos da, sin más, como cosa hecha. No puede ser así, pues no sólo somos en la realidad, sino que somos también creadores de realidad. La realidad es creación, también creación nuestra, por lo que nunca podemos ser suplantadores de realidad, sobre todo con una realidad que imponemos a los otros sin escucharles siquiera, como si fuera una realidad que se nos da de manera inexorable.

Es éste un asunto de libertad. Pero la libertad no se impone, se logra, se conquista, se ofrece. ¿Somos capaces de ser libres? ¿Estamos decididos a serlo sin que nadie nunca se imponga a nuestra libertad? No estoy seguro.

Jueves 29 de agosto de 1991  
(*La Gaceta regional*, sábado 25 enero 1992)

## 8.- Cahiers du Cinéma

Muchos van al cine. Bastantes gustan del cine. No pocos lo aman, le consideran un arte. Algunos pensamos que el cine es el arte, el arte de los nuestros. De estos pocos, todos sabemos que nuestro pensamiento sobre el cine pende de la mítica revista mensual amarilla: *Cahiers du Cinéma*, que ahora vuelve a sacar Editions de l'Étoile (9, passage de la Boule Blanche, 75012 París) en volúmenes de diez cuadernos. El tomo VIII de la reedición llega al número 90 de las navidades de 1958, aquél en el que se anuncia la muerte de André Bazin, animador primero de estos *cuadernos de cine*. Justo entonces comencé a comprarla. ¡Qué desgracia la mía!, luego, a principios de los setenta cedí mi tesoro —con desgarrro del corazón y ante una súplica ojerosa e insistente—, todos mis números de la

revista, así como los del semanario hermano *Ars*, a un dominico francés, profesor entonces en la Universidad de Copenhague, que en cuanto se vio con el tesoro abandonó los hábitos. Grandes paquetones enviados de Obanos a Dinamarca a mis costas. ¡Qué error, qué inmenso error!

Con el pasar de los años sesenta, todos creyeron comprender —¿habría que decir: creímos comprender?; no, el corazón se me resistía hasta arrastrar a la cabeza— que aquella visión metafísica de la realidad era engañadora; que el único punto de vista real sobre el mundo era el de la transformación de la sociedad y esa nos la ofrecía con exclusividad la ideología política marxista. Louis Althusser y sus amigos arrasaron con la amarillez de los *Cahiers*. Perdieron su formato y su color. Para muchos, el cine devino, como el resto, acción política. Desaparecieron, al parecer para siempre, en la vorágine de la historia. En 1987, sin embargo, se comenzaron a reeditar en su extremada amarillez. Ahora, a mediados de 1991, han llegado al momento de su máximo esplendor. ¿No estamos ante algo sintomático de lo que hemos sido y de lo que somos? Pero, dejemos ese mundo y volvamos a nuestro punto de vista sobre la realidad.

Porque, de cierto, en el cine una cosa es hacer (Víctor Erice lo sabe muy bien), otra cosa es ver (la sensibilidad, la imaginación y la racionalidad de cada uno lleva a ese gozo del gustar que se hace pasión estética y ética) y distinto todavía hablar (contando con que todo hablar expresa pensamiento y que no hay pensar si no se dice). André Bazin, muerto demasiado pronto, fue el maestro de los jóvenes críticos de los *Cahiers*: François Truffaut, Claude Chabrol, Eric Rohmer, Jacques Rivette, Jean-Luc Godard, quienes pasaron del ver apasionante y apasionado al hablar, del hablar pasional al decir racional y del escribir lo que piensan para pensarlo a la pasión del hacer con las manos. Algunos de aquellos entonces jóvenes, Jean Douchet sobre todo, prefirieron siempre ver y decir, sin pasar al hacer.

Nos enseñaron que todo pensar sobre el arte —incluido el que suelen decir séptimo arte— es también metafísica. Conjunción de luces, sonidos, sensibilidades, espacio, tiempo, razón, que en el hacer van más allá de su mero ser sí mismo; que en el ver apelan a nuestra imaginación sensible y racional; que en el escuchar nos abren a la realidad entera; que en el hablar constituyen ocasión de nueva creatividad en nuestro estar en el mundo, pues impelen a un nuevo hacer, para llegar a ser en la realidad. Es una pasión de los fuertes que se transmite del hacer al ver, del ver al pensar y luego, en camino de vuelta, pasa del pensar lo que no se ve al ver más allá y de éste al hacer distinto y recreativo, mundo nuevo. Todo arte, así, es moralidad y ética: es tomar parte en una nueva creación. Porque, me olvidaba, quizá: está el escuchar, y en el cine, finalmente, todo está en escuchar lo que se ve. El mundo sólo es mundo abierto en la escucha de la realidad que se nos ofrece.

Nos señalaron ellos, evidentemente, quiénes son los clásicos del cine. Porque, es curioso y así tenía que ser, alguien con autoridad de escuchar, de ver y de pensar tuvo que decirnos qué es el cine, en qué



obras queda su mismo ser señalado con maestría para siempre y cómo se reconocen éstas. Era patente, pero alguien con autoridad —André Bazin el primero— tenía que desvelarnos la patencia. Desde ellos, ya no hay duda para nosotros en lo que es fundante. Hay modas entre nosotros, seguro, pero hay convicción firme en nuestras convicciones. Alfred Hitchcock, Howard Hawks, John Ford, Orson Welles, Jean Renoir, Fritz Lang, Sergey Eisenstein, Carl Dreyer, Miklós Jancsó, Wim Wenders, Víctor Erice; varios también de los que se iniciaron como críticos en los mismos *Cahiers du Cinéma*.

André Bazin nos indica el principio fundador de nuestra manera de ver el mundo, de nuestra metafísica: , en una cierta película, no la elección de los episodios, al menos sí su duración y el final que, queriéndose trágico, se queda en un principio convencional y literario. Esta necesidad es para nosotros necesidad imaginativa, lógica, ética y estética, no el mero determinismo del azar, reductor y vacío. Mundo abierto. Realidad ofrecida.

No somos en realidad fruto del azar, un mundo en el que todo es siempre igualmente posible, sin valoración por ello; un mundo en el que valdría ya con que se trate de algo que esté ahí —incluso las películas de Joselito. No somos hijos de una necesidad física, determinista, en la que todo está reglamentado desde antes de comenzar.

Defendemos la libertad de un mundo abierto, de una realidad en la que se nos está dando ser; la necesidad moral, estética, metafísica, de quienes tienen algo con lo que ser, que buscan ser en realidad, que ofrecen a los demás que sean. Ofrecemos la necesidad de un punto de vista en el que estar, para ser algo en realidad. No un estar de mero ver, como quien domina lo que quiere, pues sólo quiere ver lo que le interesa, sino el ser de quien escucha los gritos y susurros de la realidad, que le traspasan dándole el ser. Todo esto, un punto de vista sobre el mundo, nos lo enseñaron también los *Cahiers du Cinéma*.

Jueves 29 de agosto de 1991  
(*La Gaceta regional*, sábado 1 febrero 1992)

## 9.- ¡Lo que nos gusta la cosmología!

Bastó con que algunos cosmólogos comenzaran a hablar del principio antrópico para que se armara la marimorena. ¿Por qué? Hacía ya mucho tiempo que a toda la gente guapa del mundo —la que manda, en definitiva— le había parecido que era de mal tono decir que el hombre —y la mujer— está en el centro del mundo. El sol no lo está, menos nosotros; nos lo sabemos todos los listos desde el canónigo polaco. No hay centro, no hay límites, por tanto. Valen los bordes.

Y de pronto, desde mediados de los años sesenta, fueron los científicos cosmólogos, encendidos en sus discusiones elevadas, quienes

se dijeron que es muy importante, para descubrir más y mejor los secretos de nuestro mundo, partir de algo que en absoluto es una evidencia dada por la legalidad científica, que aquí y ahora haya hombres y mujeres. Que en los infinitos mundos posibles que se siguen de la legalidad de las leyes científicas, apenas hay hombres y mujeres, si es que en alguno pudiera haberlos. En el nuestro, sin embargo, los hay a borbotones, hasta hacer periódicos e incluso leerlos. Estábamos tan acostumbrados a este hecho, siguen los cosmólogos, que se nos olvidó la de cosas que acontecieron en la evolución del universo para que estemos aquí —sea como quiera que ésta se haya realizado, y tuvo de hecho que realizarse sólo de ciertas maneras muy sutiles, compatibles con nuestra existencia de ahora. Porque caso de haber acontecido en esa evolución tantas y tantas cosas que podían haber acontecido, no estaríamos ahora leyéndonos unos a otros.

Esto es un dato fundante del quehacer científico, piensan hoy muchos cosmólogos, quizá la mayoría. Si echamos a rodar cualquier mundo posible, es decir, que sea compatible con las leyes científicas, lo cierto es que al final no cabrá en él, de seguro, la existencia de hombres y mujeres. Y en el nuestro, en cambio, sí que los hay. ¿A quién le cabe duda alguna? Esto nos debe servir, pues, suponen estos científicos, para conocer cómo ha sido la evolución de nuestro mundo de verdad.

Desde entonces el gallinero se pobló de cacareos: eso es volver a los finalismo del viejo y reviejo Aristóteles, que se había abandonado (¿seguro?) al menos desde Darwin; eso es introducir poco menos que a un dios de matute, cuando ahora todo el mundo sabe bien (¿de verdad?) que no hay Dios; eso es irse contra el principio de la objetividad de la ciencia, que la rige por siempre y para siempre (¿es cierto?, ¿él solito?, ¿no hay más principios que ese?); eso es conservadurismo repasado (¿cómo no, cuando la gente guapa es tan progre como lo era hoy); eso es una maravilla, que se les rompan los morros a los desmorrados, ya era hora de que las cosas volvieran a su cauce natural (opinan los bordes); eso es filosofía (claro, ¿qué no lo es, finalmente, en el pensamiento?); eso es pura desvergüenza (¡deliciosa!, la del niño del cuento que grita: el rey va desnudo). Los dos libros a los que voy a aludir nos introducen maravillosamente en el interés de las cuestiones a las que me refiero.

Stephen Hawking (*Historia del tiempo*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988), profesor de física en Cambridge, es bien conocido por todos los medios de comunicación, aunque seguramente no le conozcamos ni de vista. José Manuel Alonso (*Introducción al principio antrópico*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1989), doctorando de filosofía en Madrid, es aún mal conocido —aunque muchos le conocemos bien—; su libro es la refundación de la tesina de filosofía que hizo en la UPS de Salamanca.

El primero quiere tomar la mano de dios para pasearle por el cosmos que él creó, enseñarle de cerca y en serio, con la seriedad del científico, no pocas cosas de esa creación y mostrarle al fin que a lo mejor ya no necesita ser creador, porque seguramente ya no necesitamos

de ningún creador para el mundo —bueno, en realidad, quizá, habrá que ver, no se sabe bien, no se entiende del todo, es posible que no o es posible que sí, depende de cómo se entienda, las cosas no son nada claras. Esas dudas y vacilaciones —¿buscadas?— ayudaron no poco al éxito enorme de este libro que no es fácil de comprender y no sé si se llega a entender del todo. El segundo, con mayor discreción, nos quiere enseñar la importancia filosófica del principio antrópico; más discreto, consigue lo que quiere, que es menos y más; su autor sabe muy bien lo que quiere decirnos y lo hace con gran conocimiento y claridad. El científico muy conocido, por una vez, se desmadró. El filósofo, muy desconocido aún, por otra vez, fue discreto.

Me he empeñado en poner , el lector perspicaz se ha dado cuenta. Le aseguro que lo hago porque ahí, en el libro de Hawking, no se habla de Dios, sino, a lo máximo, de un dios-de-silicona, algún , como le llamaba Dietrich Bonhoeffer. Es un juego chispeante como el de la oca, que inició Newton a finales del siglo XVII y que hizo el pleno con la Ilustración. Cada vez que un científico a filosofado —muchos son— o un filósofo acientificado —más bien pocos, y no es el caso, evidentemente, de José Manuel Alonso— encuentra un agujero en sus decires acerca del mundo o se lo construyen a propósito bien negro, se apresura, si le ha salido bien redondo, a llenarlo de y luego, a veces él mismo, como es el caso de Hawking, juega al escondite —esconderite dicen aquí en Salamanca— de hay dios o no lo hay, quién sabe, quizá no o quizá sí. Es un juego muy socorrido. Pero es un juego baldío.

Ya el viejo filósofo Leibniz, bajo su enorme pelucón, que tapaba una cabeza muy bien puesta, lo comprendió y se lo espetó a la cara al pérfido inglés. Comprendió que sólo se habla de Dios filosóficamente para afirmar o negar su existencia cuando a uno se le ocurre responder a la pregunta global de “por qué hay algo en vez de nada”. Cuando a uno se le ocurre ponerse a dar razones de todo, del todo, sin pararse nunca, pase lo que pase, como los intrépidos niños preguntones. ¿Habrá algún mayor tonto que le dé un bofetón: ‘niño calla ya, no preguntes más’? Pero, a pesar de esos tontos, la pregunta, y quienes se la hacen, está ahí, como su respuesta.

Viernes 30 de agosto de 1991  
(*La Gaceta regional*, sábado 8 febrero 1992)

## 10.- El verano como un suavísimo invierno

He tenido la suerte enorme, por tercer año consecutivo, de pasar unas semanas del verano en Kensington Square, en mitad de Londres, junto a la casa en donde vivió el filósofo John Stuart Mill, muy cerca de la que fue del poeta T. S. Eliot. El pasado año fueron cinco semanas de terrible sequedad. Era penoso ver el enorme y precioso jardín del Hyde

Park y de Kensington Gardens como si fueran un trozo de tierra agostada salmantina, sin verdor alguno. Daba lacha.

Pero este año no fue así. Tuve un mes de un suavísimo invierno. No llovió mucho, no hizo frío —lo que no es poco—, algún día incluso hizo calor. Pero rara vez dejé el jersey. Fue rara la noche en que abandoné la manta, puesta sobre el edredón. Escuché doce conciertos en los Proms —idea sorprendente de llenar de conciertos, muchas veces magníficos, las noches, todas, de una ciudad en verano—, conciertos que se organizan en el descomunal Royal Albert Hall. En el último escuché a Claudio Abbado interpretando el concierto de violoncello de Robert Schumann y luego la 5ª sinfonía de Gustav Mahler. Una delicia. Asistimos más de siete mil personas. Me forré también a comprar libros de lo mío. Leí ávidamente. Escribí con avaricia. Disfruté de amistades deliciosas. Me encharqué bebiendo té, que allí resulta tan bueno por cuestión del agua muy calcárea, insufrible para beber, en cambio. ¡Uf!, Kensington Square parecía la antesala del cielo.

Reconozco que Inglaterra me subyuga; sobre todo, Londres. Los bilbaínos sentimos muy comúnmente esta atracción.

Hay dos cosas que quisiera hacer notar sobre estos mis amores. Londres es una ciudad encantadora para vivir —si es en el enorme centro londinense, no hablo de los descomunales barrios periféricos, no tengo la experiencia—; una ciudad en la que sus habitantes desde hace siglos han buscado la calidad de vida por encima de toda especulación del terreno y de todo desmadre de gobernantes necios en busca de lucro. Infinidad de callecillas apacibles. En cuanto uno abandona por unos instantes alguna calle ruidosa, nunca muy ruidosa, al punto encuentra por todas partes remansos de paz. Casitas que nadie ha derribado desde hace siglos, con su jardincillo, que abundan por doquier. Donde he vivido, a escasos metros de una calle principal de Londres, hervidero de gente, el único disturbio de la lectura es el ruido de las tachuelas de los zapatos de los transeúntes, porque, desgraciadamente, los ingleses y las inglesas tienen la mala costumbre de ponerlas abundantemente en sus calzados. ¡A veces uno se pone frito de esa resonancia y se le enturbia la lectura!

Se ve policía, poca, con esos telefonillos portátiles, pero que no lleva pistola, ni siquiera porra. Una policía que no tiene derecho a portar armas de fuego consigo más que cuando, puntualmente, le pide permiso al juez y éste se lo concede. Una policía que no para a nadie por la calle —no puede hacerlo—, como no sea para ayudarlo, excepto si ha cometido una infracción. Una policía que no puede pedir a nadie el DNI, porque no existe —en los países anglosajones no ha llegado todavía este invento hitleriano—, y que además a nadie puede interpelar para nada, ni para preguntarle su nombre, claro es, excepto si ha sido cogido in fraganti en algo delictivo. Una policía que es siempre municipal, si exceptuamos el célebre Scotland Yard de las películas. Una policía que no teniendo derecho de preguntarle siquiera a uno por su nombre, cuánto menos a plantear algún estentóreo: ‘Usted, identifíquese’. Una policía que se sabe

ciudadana tratando con ciudadanos tan dignos como ellos mismos, mientras no se demuestre lo contrario, por una parte y por la otra.

Un asombro para quien llega allá desde España. Pienso en una ciudad como ésta en la que vivo, Salamanca. La cantidad de desaguisados que en ella se han hecho desde que —vestido de soldado— la vi por vez primera: desmadres horribles que en ella se han hecho. Como si no estuviera el campo entero disponible para cederle algo de terreno. Un amigo me decía que los españoles tuvimos que capitalizarnos consiguiendo sobrevalorar el terreno edificable de manera buscadamente desorbitada. Así, algo que por sí no tiene gran valor si se construye una pequeña casita, lo adquiere si sobre él se hace un enjambre de pisos enmarañados unos junto a otros, incluidos los barrios más periféricos. España llegó a mediados de este siglo sin capitalización ninguna, y ésta se consiguió ordeñándonos a usted y a mí a través de la construcción y compra de su casa y la mía. Ningún londinense ha querido que ocurra esto en Londres .

Para qué hablar de policías mil, como en España hay —¿por qué no es aquí también toda la policía municipal?—, descontando esas puercas leyes de seguridad ciudadana con las que la Administración nos amenaza y ese pulular de vigilantes jurados —policías paralelas— con sus pistolones de película del Oeste que dentro de poco también nos podrán detener a usted y a mí, sin que ni usted ni yo podamos chistar. Y ¿por qué aquí sí ocurren estas cosas? ¿Qué tendrán los londinenses que no tengamos usted y yo? Ya lo sé: voluntad de que sea como allí y no como aquí. Práctica de que sea como allí y no como aquí. Consciencia segura de que es la sociedad lo primero, y buena cuenta de que los administradores han sido elegidos para gestionar lo que la sociedad quiere. Ningún londinense ha querido que ocurra esto en Londres.

Parece mentira, pero somos un país napoleónicamente estatista. Eso es malo; terrible. Aquí la sociedad no cuenta apenas. ¿Por qué? Porque, en el fondo, ni usted ni yo lo hemos querido en serio; quizá así nos quitamos la responsabilidad, cediéndosela a la Administración estatal que queda como fuera de nosotros, hipostasiada, objetivada ahí en el Estado; cuyo ser no es otro que el de representarnos y nosotros la hemos elegido. Aquí parece que la sociedad no existe, nada quiere, que todo lo hemos dejado en manos de una Administración a la que votamos de cuando en vez.

Viernes 30 de agosto de 1991  
(*La Gaceta regional*, sábado 15 febrero 1992)

## 11.-

Con los acontecimientos de los países ex-comunistas caben dos posturas que son peligrosas en extremo. Veámoslas.

La primera es la de los que dicen: . Porque, si todos lo fuimos, nada tenemos que pensar ninguno de nosotros por la razón y consecuencias de lo que fuimos. Pero esa afirmación no es verdad: “Muchos no fueron comunistas”. Fueron disidentes —cuando lo pudieron— o, sin más preámbulos, fueron enviados a manicomios y gulags; antes, todavía, fueron masacrados sin contemplaciones. Creo que es bueno perdonar; creo que en la historia hay que ir siempre mirando hacia adelante. Pero eso no significa que no sepamos de dónde venimos, quiénes somos y qué queremos. ¿? Mire, perdone, seguramente sólo lo fue usted y sus amigos. Y allá usted y sus amigos que lo fueron. No se esconda ahora detrás de los demás para no tener que tomar conciencia clara de quién fue usted y quiénes fueron sus amigos, para no sacar consecuencias cargadas de sus sinrazones. Lo peor que podemos hacer en la vida es no saber con nitidez quiénes hemos sido. Es la mejor manera de ocultarnos quiénes somos, para, de cierto, volver a ser lo que fuimos, aunque, quizás, utilizando algunas palabras distintas, pero ni siquiera esto es seguro. Actuar así es saltarse a la torera el momento del arrepentimiento, y quien no se arrepiente hasta los entresijos del alma de lo que ha sido y es, mañana volverá a ser que lo que fue ayer.

La segunda es la de los que olvidan lo que fueron —la de los que olvidamos lo que fuimos, quizá—, como si nunca lo hubieran sido, y ahora silban mirando a la lejanía del olvido. Recuerdo que en un Foro de teología que tuvo lugar seguramente en octubre de 1980 —poco antes del 82, por tanto—, cada vez que alguno de los asistentes tomaba la palabra se sentía en la obligación de pedir la venia, con genuflexión, a un invitado de honor —Manuel Azcárate, si no recuerdo mal—, miembro entonces del comité central del PCE; me atreví a calificar en público a la reunión, con no poca sorna, de ‘contubernio jesuítico-comunista’. Lo expliqué entonces, pero nadie me escuchó: era obvio que allí había un error gravísimo de apreciación política y cultural, el interlocutor natural de los miembros del Foro no era el PCE, como ellos parecían creer, sino el PSOE. Los que no lo vieron entonces, ahora, con la perspectiva, lo pueden saber. Pero nadie pareció comprenderlo, ni se vio iluminado por mi sorna, más bien pareció que aquél insensato —yo— era algún criptopartidario del ‘contubernio de Munich’. Es posible, pero con los años todos comprendieron muy bien lo que debían hacer. Y ahí están. Los unos con sus poltronas del disfrute público. Bonito lugar para aquellos ideales tan preclaros: pero ¿cómo es posible que los ideales sólo tengan unos pocos años de duración? Perdone quien así lo piense, pero me niego de raíz a aceptarlo. Los ideales no pueden ser jamás el instrumento buscador-de-asientos-y-poltronas-del-disfrute-del-poder. ¡Y de esto sabemos mucho! Los otros, gracias a Dios, comprendieron muy pronto qué es lo que entonces se jugaban y jamás perdieron su libertad. Porque los ideales llevan a la libertad y no al sojuzgamiento por nada ni por nadie.

Quienes dicen ahora supongo que están esperando la ocasión para abandonar aquello que su postura tenía de “ideal”, los “ideales” que

compartía con otros, para hozar como cutos en los privilegios del capitalismo, como antes, seguramente hozaron como cutos en los del comunismo. Espero que tuvieran también “ideales”, y éstos deben guardarlos, deben empeñarse en ellos. Aunque, no, es seguro, quien habla así jamás ha tenido ideal alguno en su vida. Su sistema —la sistemática de su vida— está construida muy alejada de cualquier ideal.

Hay aquí algo curioso y que se refiere a otros, quiero creer. Muchos dicen: ¿quién va a defender ahora los ideales, los valores, que defendían los comunistas? Vamos a dar por supuesto que en algunos se daban esos ideales —lo cual otros podrán incluso discutir con muy buenas razones—; que en la sistemática comunista había valores. Por supuesto que esos “ideales” deben seguir defendiéndose pase lo que pase; no estaban producidos por la sistemática comunista, seguramente, al contrario, si los había engarzados en ella, era a su pesar. Supongamos, pues, repito, que algunos de los implicados en lo que digo vivían esos valores.

Es claro como el día lo que ellos y nosotros debemos hacer: defender esos valores ahora en un régimen de libertad como el que les nace entre las manos. Si no, la coartada es asombrosa: como los “ideales” cayeron con el abandono de la sistemática comunista, nos hemos quedado sin ideales y, por ello, hozemos con fruición en el burdel capitalista que se avecina para nuestro gran gozo —empujado, evidentemente, por los que así piensan—, con lo cual proseguiremos lo que ya antes hicimos, probablemente.

Pero mi sospecha más bien va por la idea de que esos “ideales” y “valores” que, de palabra, aparecían en la sistemática comunista, han quedado enlodados de tal manera que esto debe constituir una gravísima preocupación para todos. Por otro lado, el renacer religioso es muy posible que ponga esos ideales y valores en su justo lugar, impidiendo que sufran colapso por culpa de la sistemática comunista que los dijo con su boca hasta la saciedad y los vilipendió con su acción hasta donde todos sabemos. Ya sé que al punto algún lector al oír hablar del renacer religioso sacará enseguida la palabra ‘fundamentalismo’ (pensando, seguramente: ¡Dios mío, cómo es posible que se haya dado este renacer cuando todo indicaba de manera tan segura que el opio del pueblo había muerto para siempre!, ¡Jesús, qué cosas nos toca ver!). Pero le invito a éste a que piense con la cabeza, que para eso nos la ha dado Dios; porque hay que pensar con razones y no con ideologías. De una manera general, valga decir, por ahora, que un posible peligro latente —o real peligro, incluso— es algo que debe alertarnos, pero no debe ser una coartada para impedir nuestra acción.

Domingo 1 de septiembre de 1991  
(*La Gaceta regional*, sábado 22 febrero 1992)

## 12.- Eduardo Mendoza, novelista

¿Qué hace a un escritor, a un novelista de raza? Poner bien, primero, las palabras una detrás de otra. Porque, se habrá fijado el lector, todo texto escrito, también, por tanto, una novela, se da en una línea escrita, que se rompe y continúa más y más, y los ojos, en la lectura, van siguiendo las palabras de esa línea que se quiebra a cada momento. No hay otra manera de escribir y de leer, aunque, bien es verdad, uno —escritor o lector—, puede saltarse una o varias líneas, incluso puede comenzar a escribir o a leer —siempre linealmente— por otra línea.

Expresar con las palabras, segundo, y contando con su intrínseca belleza —en el entrelazamiento de su belleza en el que se nos ofrece su sentido global—, una atmósfera, un horizonte, un raudal de sentimientos. Sin ellas no hay novela, por lo que en su lectura son esenciales a la vez el escritor que las ha escrito y el lector que ahora las lee, en simbiosis profunda, y, por ello, son igualmente esenciales los mundos que cada uno arrastra consigo en la escritura y en la lectura.

Contar con verdad, tercero, una historia que alcance mi propia interioridad de lector, que rememore mi centro, el centro en el que soy, que descubra mi intimidad, que me lleve fuera de mí; una historia en la que encuentre lo que soy y lo que no soy.

Todo ello lo consigue con creces este novelista parsimonioso y espléndido que se llama Eduardo Mendoza —excepto, quizá en un escrito muy menor, *Sin noticias de Gurb*, más un mero juego, pequeña serpiente de verano, que otra cosa. Aunque supongo que toda novela es un juego, si bien puede ser un juego de necesidad, y ahí se da su posible grandeza. El novelista juega con las palabras que escribe y el lector juega con las palabras que lee. Pero es un juego, ya lo he dicho, que no es nunca un mero juego, sino que, siendo juego, es mucho más que un juego, porque es parte de mi propio ser de lector, y supongo que es o fue parte del propio ser del escritor.

En la *Isla inaudita* paseamos nuestra nostalgia, nuestro amor, nuestra decepción, por las brumas decadentes del invierno veneciano. Buscamos sin saber a quién. Escuchamos lo que viene de lo escondido, pero que configura nuestro modo de ser. De nuestro corazón comienzan a evaporarse miasmas neblinosos, como de esos canales malolientes, decrépitos y hermosos. Buscamos. Encontramos, pero no podemos decir quién es. Muriendo de nostalgia y de desidia por los sentimientos que se nos escapan sin haberlos nunca podido retener, volvemos a nuestra Barcelona.

Barcelona, *La ciudad de los prodigios*, que vemos construir desde la exposición universal de 1888 hasta la de 1929 por mano de Onofre Bouvila, salido de la nada. Nace esta prodigiosa ciudad ante nuestros ojos y con nuestro esfuerzo. Plagada de recovecos malolientes. Brillar de la riqueza. Promoción y gansterismo conjuntados para levantar ante nuestros ojos una inaudita ciudad. Ya lo sabíamos desde *La verdad del caso Savolta*.



Onofre es un ser vil. Onofre es un prohombre. Onofre está más allá de lo que sea considerado bien o mal, ¿qué más da? Construir, enriquecerse. Así acontece el mundo ante nuestros ojos. La ciudad que crece ante ellos, se moderniza, se va haciendo la de hoy. Lejos de cualquier sufrimiento de quien murió en el camino, de quien no alcanzó la cúspide. ¿Qué más da? El mundo nuestro es de sus vencedores, de los constructores de la ciudad.

Amoralidad desgarradora de esa ciudad que vemos crecer. El Dinero. Ojos de escritor que nos ponen la realidad descarnada —aunque siempre encantada, Mendoza no es un tierno realista que quiere la moralina—, confusa, intrincada, vendida, sin criterios. Mejor, con sus criterios propios: vencer como sea y dinero a espuestas. Amoralidad de nuestro mundo.

Ciudad de hoy, con su color conocido de película española, en esas dos maravillosas novelitas policíacas llenas de insidioso misterio y limpias en su transparente y larga cortedad, *El misterio de la cripta embrujada* y *El laberinto de las aceitunas*. Eduardo Mendoza, sin duda, es uno de los novelistas más agudos y mejores escritores que pueblan hoy nuestra lengua.

Gabriel Miró escribiendo creaba olores, como, por ejemplo, en esa novela maravillosa que se titula *Las cerezas del cementerio*. Mendoza, crea el color y el sabor de las ciudades que ama, ciudades creadoras de sentimientos, claro.

Si todavía no ha leído estas novelas, amable lector, corra a hacerlo. Si piensa que no tiene tiempo para perderlo en tales lecturas, por favor, no vuelva a leer mis calladas notas —si es que antes lo hacía, lo que dudo mucho—, no porque sea yo escritor con bien, sino porque quien, como usted, cree tener que ocupar todo su tiempo en lecturas serias, sin darse ocasión a perderlo con literaturas, temo que esté enfermo de una enfermedad de muerte. Si le ocurriera esa desgracia, de cierto que no se conoce usted a sí mismo, que no conoce a sus semejantes; no sabe quién es ni en qué mundo está. Bueno, quizá lo conozca todo muy bien, pero desde ese prisma terrible del que piensa, puede que con razón, que todo hombre y toda mujer tiene un precio. Pero ¡es tan fácil curarse esa enfermedad!

Son los novelistas, con su luminoso mensaje envuelto en palabras cuajadas de belleza —serena a veces, desapacible otras, pero siempre palabras olorosas que nos entran por el oído, porque esas palabras las leen los ojos para que las escuche el alma—, son ellos quienes nos ofrecen algo definitivo de una verdad sobre nosotros mismos y sobre el mundo, que con frecuencia ni siquiera los más grandes filósofos pueden lograr. Quizá sólo los poetas y los locos tienen mayor facilidad todavía para adentrarse en lo más íntimo de nosotros y de nuestro mundo. Pero —¡desgraciado de mí!, tengo sólo el ingenio del ingeniero— nunca aprendí a leer poesía, y quizá ya es para mí demasiado tarde. Que no lo sea para ti, amable lector, que me has seguido en ese loco amor por la literatura.

Domingo 1 de septiembre de 1991  
(*La Gaceta regional*, sábado 29 febrero 1992)

### 13.- ¿Todo asombroso? No, algo queda

Asombroso es, decía, lo que ha acontecido desde 1989 —no, más bien, para mí y para otros como yo, desde el 21 de agosto de 1968— en los países comunistas. Asombrosa la desaparición del imperio montado por Lenin y Stalin, la URSS. De ese asombro he hablado en estas calladas notas.

Y, sin embargo, en este verano londinense en un concierto de los Proms en el Royal Albert Hall, el suizo Matthias Bamert dirigió maravillosamente bien la cantada *Alexander Nevsky* de Sergei Prokofiev —con una interpretación resplandeciente de la escena del campo de la muerte por la contralto inglesa Jean Rigby—, que fue compuesta en 1938 para la película del mismo nombre del grandísimo cineasta soviético Sergei Eisenstein. Acabo de volver a ver en video la primera parte de *Iván el terrible*, del mismo Eisenstein con música de Prokofiev también. Todavía tengo los ojos abiertos por la admiración callada.

¿Todo esto habrá que echarlo a los puercos? No, pues el cine de Eisenstein es, sin duda alguna, una de las lumbreras del que dicen séptimo arte. Es de una belleza resplandeciente; clásico como pocos más lo son, junto a él, pero no más que él. Y, sin embargo, viéndolo ahora —y antes!, ¿y antes?— no se puede compartir su ideología. Recuerdo que la primera vez que vi el *Acorazado Potemkin* era en Lovaina, pocos días después de la muerte del Ché Guevara. Daba sentido a esa muerte. Era, sin duda, un arma ideológica terrible. Para eso se hizo. Y, sin embargo, sigue siendo una joya bellísima del cine. No es mentira, no es hueca, no es propaganda, sin más —aunque también sea propaganda, y como tal mentira. ¿Todo esto habrá que echarlo a los puercos? He visto hace poco en video lo que quedó de ese panfleto casi insufrible llamado *Lo viejo y lo nuevo*, exaltación del niño de las juventudes comunistas que entra en conflicto de muerte con su padre, campesino traidor al comunismo. Un ataque brutal contra todo ‘lo burgués y reaccionario’; un ataque brutal contra la religión y, sobre todo, contra la Iglesia ortodoxa rusa. Y, sin embargo, bellísimo. ¿Todo esto habrá que echarlo a los puercos?

Cierto que, también, pude ver el año 1974 en Florencia una exposición de pintura que venía de la URSS. Tenía dos mitades: iconos (maravillosos) y pintura del realismo socialista (execrable). Todavía está hoy en mi casa, hecho icono, turbador en su belleza, el cartel de aquella exposición.

Cabría hacer una disección sutilísima para dejar por un lado el ‘arte’ y por otro la ‘ideología’. Pero eso es falso, eso sería querer tomarme el pelo a mí mismo y querer tomártelo también a ti, lector. Si esto se

podiera permitir, se podría hacer lo mismo con la pintura de la muerte de Cristo en la cruz de Mathias Grünewald en el políptico de Isenheim, por ejemplo. Es lo que ‘ellos’ quisieron hacer, cuando no prefirieron eliminar, sin más., ese arte ‘burgués’. Pero no, esa demarcación no es posible, como tampoco es posible, quizá, ninguna otra demarcación.

Eisenstein es un artista verdadero; el suyo es un arte grandísimo, un arte, sin embargo, que tiene también un cometido ideológico fundador, que está puesto al servicio de una ideología, que bebe de ella, que se nutre de un régimen —en graves dificultades con él, como sabemos, y con necesidad de poner los puntos sobre las íes, como también sabemos, al menos lo sabemos los que conocemos bien a Eisenstein—; que se nutre, decía, de un régimen, el comunista, y de un partido, el leninista-estalinista.

¡Qué perplejidad! La perplejidad viene de esa necesidad urgente que ahora podríamos tener todos de borrar ochenta años de historia, de borrar tantas y tantas cosas que están ahí en nosotros, en nuestra tradición, en lo que somos; que son parte de nuestro acervo cultural. Aunque lo haya sido en negativo, como contagio. Que posiblemente lo ha sido también en convencimiento. Y lo ha sido en todo lo que de verdad ha habido en esos años —déjenme que recuerde lo que constituyó para mi generación la guerra del Vietnam, y lo que ha sido desde entonces la realidad de aquél Vietnam ‘victorioso’, del que preferimos no hablar más. Mentira ha habido mucha, cierto, pero ¿todo ha sido siempre y, sin más, mentiroso? ¿Podríamos decir, pues, también sin más, que aquél ‘anticomunismo’ gritador y terrible, tenía la razón? Eso sería decir ahora, sin más, por ejemplo, que ‘Franco tenía razón’ por ser, como lo fue, anticomunista visceral. Nuestro ser se habría dado sólo en lo que fuimos de ‘comunistas’ o de ‘anticomunistas’. Pero no, las cosas no son tan sencillas, gracias a Dios.

No, así no se escribe la historia. ¿Arrancaremos ahora las páginas de lo que no nos gusta, de aquello que ha resultado ser ‘mentira’ porque ya no es la ‘verdad’ triunfadora? ¿Reescribiremos, pues, la historia, echando de ella a empellones lo que ahora no queramos más? ¡Qué perplejidad!

¿Cómo vivir la historia, la historia personal y la historia comunitaria? En definitiva, ¿cómo ser persona?, ¿cómo ser personas? ¿Cómo no dejar nunca de vivir en libertad, aunque sea en medio de los empellones y de las mayores vejaciones? ¿Cómo asumir lo que hemos sido, lo mejor de aquello que fuimos y también lo peor de aquellos que fuimos? ¿Cómo vivir de manera tal que nunca tengamos que avergonzarnos de lo que somos?

¿Cómo reconocer lo que han sido y son nuestros errores, sin emperrarnos en lo que sabemos ya que no es razonable? ¿Cómo vivir el arrepentimiento personal y colectivo por lo que hemos sido y, quizá, somos? ¿Cómo vivir en libertad y dejando ser libres a los demás? ¿Cómo acrecentar en verdad la posibilidad de una vida en libertad para los demás, para los que nos son otros, otras naciones, otras culturas, otras

libertades, los que quieren decididamente ser otros distintos a nosotros? ¿Cómo vivir razonablemente en la historia, creando una historia de la que no tengamos que avergonzarnos luego? Pero, habrá que decir enseguida, ¿qué significa ese “razonablemente” que he mencionado varias veces?

¡Menuda papeleta la que tenemos delante!

Domingo 1 de septiembre de 1991  
(*La Gaceta regional*, sábado 7 marzo 1992)

## 14.- Sobre la violencia política

Hace tres años o cuatro mi amigo Joan Estruch, profesor de sociología en la Universidad Autónoma de Barcelona, me invitó a dar una conferencia en su Facultad. Me alegré mucho por ver de nuevo a su mujer, Heide, y a sus hijos, Martín y Mónica, no les veía desde los viejos tiempos de Lovaina. Fue un reencuentro agradable y una ocasión de reunirnos con algunos amigos lovanienses, en la memoria muy queridos.

En la presentación que hizo Estruch antes de mi charla, hubo algo que me sorprendió extraordinariamente. Dijo que quería destacar en mí sobre todo que en aquellos años —fines de los sesenta, principios de los setenta— yo defendía ya con nitidez una postura contraria a la violencia política; que en aquél entonces ellos no habían visto con claridad lo que significaba para el futuro una aceptación implícita —cuando no explícita— de la utilización de la violencia como método de actuación para defender fines políticos, y que yo sí la había visto; que ellos habían tardado años en tener las ideas claras sobre el asunto, porque la tentación de defender como necesaria la violencia política había sido extremadamente fuerte; que además había hecho falta valor por mi parte —decía él— para haber sostenido tales posturas en aquél contexto universitario, rebosante de la virulenta problemática latinoamericana y vasca.

No quiero entrar en lo bonitas que fueron para mí —bilbaíno, de orígenes navarros, nacido en San Sebastián— esas palabras de Joan Estruch; tampoco entro en si eran verdaderas respecto a mí o no lo eran. Pero sí me parecieron significativas por demás y las acepté como lo que son: una agudísima confesión por su parte de un error humano y político colectivo que —cuando no puso las bases— permitió una situación de violencia ensangrentadora en nuestro país —así como en América Latina—, de la que todavía aquí no hemos podido escapar del todo, para desgracia nuestra.

‘Son unos criminales’, y es verdad.

Hay ahí, en esa frase, una clarificación política evidente y muy positiva; ya era hora de que tomara cuerpo en nuestra sociedad —casi— entera. Ahora bien, esa escueta afirmación, dicha así, sin más, es también para nosotros autoexculpatoria de lo que fuimos, de lo que sin duda hemos ayudado a echar al mundo, de lo que algunos siguen siendo cuando

nosotros ya no somos lo que fuimos. Porque ‘son unos criminales’ puede ser —y es— la manera que tenemos en conjunto los de mi generación —no las generaciones más jóvenes, claro— de quitarnos de encima las pulgas de la rememoración de lo que entonces pensamos y dijimos. ¿Cómo voy a olvidar que un iluminado lovanense encontró que las tierras arrugadas del sur de Salamanca y de Extremadura eran las más apropiadas para iniciar la guerrilla en España, porque ahí se podría contar con el apoyo de un campesinado explotado y miserable? ¿Qué otra cosa es, ejemplo desgarrador, Sendero Luminoso? ¿Cómo no recordar la de veces que ante la violencia política y la muerte del asesinato se dijo: ‘se lo tenía merecido, era un enemigo y esto es una guerra de liberación popular’? ¿No nos preguntaremos ya nunca más por ilusiones que fueron nuestras y las nefastas consecuencias que algunas de ellas tuvieron para la sociedad?

Diciendo, sin más, ‘son unos criminales’ todavía no estamos fuera de una mera evidencia: porque lo son. Pero una evidencia que quiere dejar en el lado oscuro lo que significa: ‘son unos criminales que han salido de nuestros pensamientos y de nuestras entrañas’. El discurso no se agota de ninguna manera diciendo, sin más, ‘son unos criminales’; antes al contrario, diciéndolo comienza el verdadero discurso de lo que fuimos y de lo que somos, de la sociedad que nos hemos ido dando. Diciéndolo debemos comenzar una acción de traer a la memoria lo que fuimos, lo que dijimos, lo que hicimos, para tomar conciencia de lo que nos toca en culpa de la violencia de hoy. Si no lo hacemos así, el que ahora gritemos ‘son unos criminales’ es una simple y cómoda manera de autoexculparnos de lo que nosotros —la sociedad misma— tenemos de culpa en la situación actual.

Son unos criminales además de porque lo son, porque nosotros no fuimos suficientemente clarividentes en su momento. Creímos poder jugar con fuego, suponiendo que las llamas no abrasan. No quisimos ver lo que acontecía en los países del otro lado del muro; no adivinamos hacia dónde iba Argelia. Creímos que el pensar es un juego sin consecuencias; supusimos que la religión y la mística eran cosas tan baldías que podían abandonarse para dejarlas en manos de proyectos políticos irracionales; nos pareció que según se iba apagando la hoguera de nuestros ‘ideales’ para acercarnos con rapidez a la reconversión de las manos llenas de los ochenta, las brasas que allí quedaron no quemarían a nadie; nos pareció que no hay principios morales con los que tenemos que conformar nuestro pensamiento y nuestra acción si no queremos que advenga la violencia, empantanados nosotros en la mera desmoralización.

Es ésta, pues, la mía, una llamada a la reconsideración intelectual y moral de lo que fuimos y de lo que somos. La situación a la que hemos llegado se podía prever desde hace mucho. No es lo que ahora tenemos algo así como una desgracia que nos trae el destino de la mala suerte. Más aún, preverla fue entonces nuestra obligación. ¿Qué otra cosa debe ser el intelectual sino aquél que es capaz de imaginar las consecuencias de lo que hoy hacemos y decimos; que es capaz de crear un modelo utópico del

futuro, pero de un futuro vivible y mejor para todos que el presente? ¿Era imposible prever la situación que nos lleva hoy a decir, con entera razón, ‘son unos criminales’? No, no lo era. Había que pensar con la cabeza —y no con las tripas—, que para eso nos ha dado Dios la capacidad de pensar con razones. Había que configurar el pensamiento y la acción enmarcados con criterios de moralidad, sabiendo muy bien que en nuestra sociedad la democracia es un bien inalienable; que no cabe jamás decir: ‘pensaré y actuaré por y para el pueblo’. Pero ¿lo hicimos? Una lección para aprender.

Domingo 9 de febrero de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 14 marzo 1992)

## 15.- Quinto Centenario

Paseaba un día contemplando maravillado en mis entendederas la magnitud de la obra que va a ser en el célebre 92 todo esto del Quinto Centenario, cuando de pronto se me introdujo una cavilación maligna. Quinto, sí, pero centerario ¿de qué? En mal momento tuve tan mala ocurrencia; desde entonces mi paseo se desasosegó hasta la incomodidad. No supe responder en mi soledad a qué correspondía este 5º centenario.

Un viaje a Granada en mitad de las nieves me ha hecho ver que de cierto no podemos celebrar el quinto centenario de la toma de esta ciudad a los que algunos llaman ‘moros’. Y las razones son múltiples. De una manera bastante asenderada esos buenos señores eran tan españoles como quienes los conquistaron. No es fácil, pues, comprender lo que allá aconteció, sino como una pequeña guerra civil más, ¿no? Menos aún se puede comprender que en aquél momento la ‘toma de Granada’ fuera saludada por toda la Europa de entonces como el comienzo de una nueva era, tal como algunos periódicos nos lo han recordado en los entornos del 2 de enero. Esta manera de ver es una complicación. No hay ahí en esa conquista, evidentemente, nada para celebrar que no nos cubra a toda la nación de un sonrojo muy oficial. Mucho más aún si miramos despacio las dificultosas relaciones históricas y actuales con los países magrebíes y musulmanes en general. Se comprende así que una fácil solución oficial es no mentar que celebramos el ‘Quinto Centenario de la toma de Granada’.

Faltaría más que nos pillaran por el otro lado, es decir, celebrando el ‘Quinto Centenario de la expulsión de los judíos’. Esto sería de una gravedad de tal manera impensable que ningún ministro de Asuntos Exteriores y Gobierno en pleno lo podría tomar en consideración seria.

Y es verdad, con cualquiera de las dos celebraciones nos hubiéramos quedado sin aquella realidad tan significativa de la mesa en forma de extraña T en el salón de los espejos del Palacio de Oriente, la cual ha sido sin duda uno de los síntomas más bonitos de todo lo mucho que ha acontecido en los últimos tiempos en nuestra acelerada historia.

Cavilaba, pues, sumiéndome en un profundo marasmo y de pronto comprendí lo profundo de las razones oficiales de mi perplejidad cuando caí en cuenta de que alguna Academia —la de la Lengua, quizá— para salir de sus propias perplejidades osó pensar y proclamar que se trataba de celebrar el ‘Quinto Centenario del Descubrimiento’, y así lo manifestó en público. En ese mismo instante la exaltada Academia se quedó sin subvención del organismo que con alegría de todos los contribuyentes desparrama dineros a mansalva para celebrar el centenario quinto. Debe guardarse oficialmente como un gran secreto hermético qué celebramos con el dichoso centenario. Como la citada academia quiso dar un esbozo de significado a esto del centenario apostillando que debía tratarse de algún descubrimiento, al momento se le cerró el grifo de oro, acompañándose esta acción de gestos hoscos cargados de oficiales desacuerdos.

No puede insinuarse, pues, que celebramos ‘descubrimiento’, porque sería interpretado por los más osados como que el Estado Español celebrara el ‘Descubrimiento de América’. Y el horno no está para que se propaguen este tipo de insinuaciones malévolas. ¡Sólo faltaría! ¿Cómo sería posible que nos metiéramos en celebraciones que conllevan tantos problemas de sangre y violencia, de exterminio y de gloria, de fe y de lengua? Habría que mirar las cosas de frente y decidir de pros y contras; habría que mojarse la opinión tomando postura en terrenos que son muy movedizos, que están cargados de polémica, llenos, quizá, de luminosidades y de negruras, pero en los que a uno por necesidad se le ve el plumero.

Porque ¿cómo saldríamos de esos terrenos tan movedizos?, ¿biemparados?, ¿malparados? ¿Cómo explicar lo que en lo que ahora llamamos Latinoamérica hicieron de bueno o de malo, de provecho o de suma de desgracias, aquellos que de nuestros pueblos y ciudades se fueron a América para llegar a ser antepasados de quienes son ahora latinoamericanos (que no de los españoles, porque, como decía con gracia andaluza un amigo, ‘mis antepasados se quedaron por acá’)? ¿Cómo juzgar eso que algunos han venido en llamar la obra de España en América? Además, para colmo, ¿qué sentido tiene decir que fueron los europeos de entonces los que descubrieron a los americanos de entonces?, ¿por qué no al revés? Demasiadas complejidades para desvelar sin más ante la gente.

¡Menudo problema! Por eso, en la mitad de mis cavilaciones, comprendí que lo mejor era borrar del centenario la palabra, para que nadie pudiera sospechar siquiera que celebramos un posible ‘Quinto Centenario del Descubrimiento de América’.

¿Y usted no había meditado sobre estas difíciles cuestiones? Pero ¿en qué piensa, mujer? Pero ¿en qué piensa, hombre? ¿En qué piensan, pues?

Mas en mi paseo encontré que nuestros administradores tomaron una solución armoniosa al decirse: construyamos en la Feria de Sevilla un pabellón centrado, el ‘Pabellón del Descubrimiento’. Una idea feliz,

porque ahí se podía llevar a los visitantes para que dejaran correr sus afanes imaginativos. Quizá ellas y ellos podrían hacerse una idea cabal al ver que el centenario de la publicación de los *Principia* de Newton no coincide con el 92. Que tampoco coincide con este año el centenario del descubrimiento de la penicilina, etc. Así se resolvió un problema, al dejar que cada uno cayera en cuenta de él y le diera su propia solución. Dejando, pues, las cosas en una inteligente penumbra todo parecía quedar resuelto en medio de una fiesta sugeridora de muchas grandes bellezas.

Fue una idea brillante la del ‘Pabellón del Descubrimiento’ de la feria de abril sevillana. Mas, ¡oh desgracia!, una idea tan genial y tan brillantemente realizada se quemó ante nuestros ensordecidos ojos.

Cuando vuelva, pues, al paseo, tornarán mis cavilaciones. Quinto, sí, pero ¿centenario de qué?

Lunes 24 de febrero de 1992

(*La Gaceta regional*, sábado 21 marzo 1992)

## 16.- El Cubo de Don Sancho

En dos ocasiones he estado en este pueblo salmantino; pero lo he visto en oscuridades, porque en ambas he estado de noche, como un ladrón. Pero el Cubo, además de ser un pueblo, algunos han hecho de él un *símbolo* conocido. Símbolo de una línea de acción eclesial que no comparto. Línea de pensar y actuar que, exclusivizada como única acción pastoral de la Iglesia, es un error por el que se paga caro.

Fui invitado para hablar un jueves de finales de febrero a las 21,30 a una pequeña comunidad de gentes del pueblo y amigos varios. Fue ese para mí, precisamente, un día horroroso de trabajos mil; de esos días dispersos en los que parece que uno terminará por perder la cabeza. Había quedado con Tomás, uno de los curas de la zona del Cubo, para que me llevara en su coche, porque no tengo coche, gracias a Dios. Tomás venía acompañado de Juan José, un amigo del Cubo, castellanense, miembro de una fraternidad de hermanos de Foucault. Iba yo desgano por demás. ¿Qué decir del tema de mi charla: ‘Evangelización y cultura’? Y decirlo en un lugar que es *simbólico* de una línea de acción que no comparto.

No estoy de acuerdo con que la acción eclesial pase prácticamente en exclusiva —como línea casi oficial— por lo más rural, lo más perdido, lo más pobre, lo más viejo, lo más abandonado; que haya que hacer derivar a las generaciones de sacerdotes jóvenes hacia ahí, sin más historias. He pensado y pienso que dedicarse a esa acción es adentrarse en la dicha de las bienaventuranzas. Pero también he pensado siempre que la acción eclesial es —y debe ser— más amplia y muy variada. Hay tantos medios y personas con las que estar en la acción eclesial: las ciudades, el mundo de la universidad y de la cultura, los jóvenes, los marginados de



todas clases, etc. Siempre he pensado que restringir lo mejor de la acción eclesial a esa línea es un error por el que pagaremos un altísimo precio. He dicho en público —hace ya años, diez quizá— que por esa línea de acción eclesial que se *simboliza* en el nombre del Cubo, tomada demasiadas veces en pura y simple exclusividad sectaria, como se ha hecho en la historia reciente de estas tierras, es algo terrible por lo cual —si quedan— los cristianos futuros vendrán a escupir en nuestras tumbas.

En el viaje al Cubo, Juan José nos contó su experiencia y la de sus amigos —son seis, tres hombres y tres mujeres— con niños abandonados: hijos de prostitutas en la mayor parte, que se pinchan ya a los 8 años, con sida a esa edad, con una vida que les lleva a preguntarse muy pronto ‘¿por qué he nacido?’, dejados de lado por todos, incluidas las instancias oficiales. Les llegan a ellos cuando nadie quiere recogerlos. Contó las dificultades que tienen para salir adelante. No cobran de nada ni de nadie; no reciben de nada ni de nadie, excepto de particulares. Han optado por ser libres, radicalmente libres. Lo suyo es ser una casa, una familia. Han comprendido que es gravísimo que los chavales les puedan decir algún día: ‘calla, que tú cobras tres mil pesetas diarias por mí; que soy un esclavo tuyo’. Contó las dificultades tremendas que han tenido con muchos, sobre todo con el fiscal de protección de menores, entonces un abogado nombrado a dedo: ‘Os voy a cerrar’. Les acusaba de que no son profesionales, cuando tienen tres títulos universitarios por persona, incluida criminología; que no tienen medios suficientes para llevar adelante una labor como esa, cuando trabajan los seis con sus manos en la casa con infinita imaginación para sacar la familia adelante, etc. Razón última del fiscal, sacada tras mil discusiones ácidas: tenemos consigna de borrar ‘todo lo que huelga a cera’.

Llegué al Cubo, como un ladrón nocturno, con el corazón conmovido profundamente por el relato de Juan José. Me recibieron Marcelino Legido, el cura del Cubo, Juanjo, José Vicente, curas jóvenes de pueblos del contorno. Había allí una religiosa, Asun, que casi se sobresaltó al verme diciendo: ¡Huy, pero si es de Obanos! Nos conocíamos de allá. Faltaban cinco minutos para la hora. Allí estaban los asistentes a la semana de teología. Hablé. Contesté a preguntas. De pronto eran ya las once. Luego me invitaron a cenar un poquillo —siempre me sientan mal las cenas—: sopa y croquetas que había preparado Andrea, conejo guisado por M<sup>a</sup> Fernanda. Delicioso en el sabor y la acogida.

Marcelino Legido era profesor de filosofía en la Universidad de Salamanca. Tenía un futuro brillante. Lo dejó. Estudió teología en Alemania. Se hizo cura. Enviado provisionalmente al Cubo, lleva veinte años. ‘Culpable’, pues, de haber dejado el mundo de la cultura —así lo dije esa noche—; ‘culpable’ de haber alentado con su vida y con su pensamiento la línea que no comparto, cuando se toma en exclusividad cerrada.

Comencé a hablar con el corazón conmovido, ya lo he dicho. Salí distinto del Cubo. Tomás me volvió a traer, esta vez acompañado de

Juanjo, al que quiero tanto desde que me acompañó, quebradamente, a Morille para dar catequesis. No hablaré más de líneas de acción pastoral en abstracto. Lo que vi y me hicieron revivir en su limpia sencillez, en su cercanía cariñosa, en su gozo sereno, en su dedicación a las cosas pequeñas, a las personas que nada pueden ofrecer a cambio, me cambió de nuevo. Lo importante en la acción eclesial son las personas, somos cada uno de nosotros, lo que entreguemos, el amor que pongamos, la libertad con que actuemos, la cordialidad en lo poco y en lo pequeño, la solidaridad entre nosotros y con los demás. Lo importante es imitar al único a quien podemos imitar. Marcelino y sus amigos lo hacen. Los demás debemos imitarles imitando a quien ellos imitan, pero, obviamente, no imitándoles a ellos mismos, sin más y porque sí.

Creo lo que pensaba al ir. Pero el símbolo está en la ideología, no en el Cubo; allá no vive un *acto simbólico*, sino unas personas. El símbolo —si lo es, cuando lo es— lo hacen otros, los de fuera, los de lejos, en mera ideología. La realidad es más ancha y larga que los símbolos sesgados. Y esa noche vi, percibí, comprendí y sentí que había calor, cariño, dedicación, acogimiento, ternura. Y la acción eclesial ¿qué es sino ternura?

Domingo 1 de marzo de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 28 marzo 1992)

## 17.- Haz lo que te dé la gana como ellos

Escribir, lo imagina cualquiera, no es siempre fácil. Encontrar el tono, las palabras y la música, y todo ello para expresar lo que por su medio se quiere decir —cuando hay algo que decir, si hay algo que decir—, no es tarea sencilla. Pero es un esfuerzo que merece la pena. De una manera continuada, porque en lo puntual puede ser distinto, sólo quien dice bien lo que expresa, comunica algo de lo que quiere.

Pues bien, hace algún sábado estas notas hablaron sobre la violencia. En ningún momento se decía, pero era claro como el día que hablaban de la violencia terrorista. Intenté escribirlo con sumo cuidado. Había algo en el texto que volvía una y otra vez, como si fuera un refrán litánico: . La primera parte de esa frase es lo que se dice con profusión. La segunda, mi comentario a esas palabras que condenan sin paliativos. Toda la nota está construida como una cuidada apostilla a las dos partes de esta frase.

Pero algo ocurrió. Los dedos del escritor de mi texto en el periódico puso: . ¡Lo que son los errores! Sus dedos escribieron lo que sus ojos no leían. Porque, claro, no supongo que con voluntad páfida los dedos cambiaron lo que los ojos veían. Sepan cuantos que esa horrible frase, repetida por dos veces —las dos primeras de la letanía— en lo que usted leyó pero yo no escribí, salió de los dedos de un intermediario, pero no de los míos.

Siento que resultara así. El tema es demasiado importante para andarse cambiando nada, para que cambiara nada de lo escrito por mí otro distinto que yo mismo; lo tengo demasiado dentro en el corazón para que los hados me cambien nada. Pero, en fin, me consuelo un poco pensando que en la primera edición de un libro de *Mecánica racional* escrito por uno de mis viejos y queridos —pocos— profesores, los linotipistas al imprimirlo cometieron tantas equivocaciones que, no teniendo ya solución, el editor añadió varias páginas en las que se corregían las innumerables erratas. Esas páginas quedaron impresas con éste título: *Fú de erratas*. Por entonces, todavía fe se escribía como fé.

Pero, discreta lectora, cuidadoso lector, me he ido por las ramas, pues quería gozar con ustedes de la frase que da título a la música de las notas calladas de hoy: Haz lo que te dé la gana como ellos. Cuando las leí, pintadas en una pared, se me iluminaron los ojos. Luego, pero sólo luego, pensé sobre esas palabras, me sumí en la perplejidad y me dije que debería escribir sobre ellas para enterarme de lo que había leído.

Haz lo que te dé la gana. Qué delicia. Qué invocación a la naturalidad de lo que, si no somos de verdad, sí podemos llegar a ser. Tener un corazón limpio para hacer sólo lo que nos sale de él, y que lo que de él salga no sean más que cosas maravillosas. Tener un corazón sincero para que de él salga lo luminoso y cristalino; para que nunca jamás se deje coartar por tantos malandrines que pueblan el mundo en el que tenemos la suerte de vivir. Tener un corazón magnánimo para que de él salgan chorros de ternura y amistad. Tener un corazón amoroso que jamás se deja arrancar su tesoro por nada ni por nadie, sino que lo derrama a manos llenas. Una llamada, pues, a la riqueza de lo que llevamos dentro, para que se convierta en llamada de luz en nuestro tantas veces oscuro mundo; luminosidad para alumbrar gratis a los que gimen en lo negro del mundo o caídos en el pozo negro de un triste sí mismo. San Agustín lo dijo de manera epustufante y bellísima: Ama y haz lo que quieras.

Pero ¿a qué viene el como ellos? ¿Quiénes serán esos taimados a los que debería imitar en mi hacer lo que me dé la gana; a los que debería imitar en mi hacer lo que quiera porque amo y en cuanto que amo? ¿Será que lo entendí todo mal, porque a quienes, según la frase, deberíamos seguir, al contrario de lo que en mi ingenuidad había entendido, es a toda esa enorme cantidad de bellacos y granujas que tanto abundan en el triste mundo en que quieren convertir éste en el que nos ha tocado en suerte vivir? Si así fuera, ¿será entonces vil insensato el infausto escritor de dicha frase? Mas ¿seré tonto por no haber comprendido desde el mismo acto de la primera visión la insensatez de ese eslogan? ¿Seré tonto porque no comprendí que quien la escribió era un mandado mentecato, que de cierto debieron de engatusarle con no poco para que pusiera su frase allá ante mis ojos y me dejara engañar de manera tan vil? Un pagado a quien untaron bien para que escribiera como frase libérrima, pintarrajeada en una pared, lo que es la más íntima filosofía de aquellos a quienes no me

gustaría que nos pareciéramos en nada. Aunque, quizá no, puede que la intención del escritor es que cayera en cuenta de lo que tengo de una filosofía que se introduce en mí —y en ti— de manera tan subrepticia, inundando de ponzoña la intimidad de mi propio ser. Para que interprete como ellos quieren la intimidad misma, y así consigan que de ahí me salga lo que ya a ellos les sale: puro veneno cargado de odio egoísta, de afán de dominio, de adoración mamona al poder y al dinero. Pero si hiciera como ellos, es obvio, ya no haría lo que me dé la gana, sino lo que a ellos les da la gana que yo haga. Entonces la frase es un peligroso trabalenguas que me quiere aniquilar para hacerme uno de los suyos, uno más de entre ellos.

¿Quiere la frase encausada que tú y yo nos convirtamos en falsos y corruptos como ellos, si es que no lo somos ya? ¿Que nos aprovechemos de puestos, amistades y ocasiones para aumentar nuestro dinero a costa de nuestros conocimientos privilegiados en lo que debiera no ser otra cosa que servicio a la comunidad? ¿Dejar toda la hermosa carga de la primera parte de la frase, tal como la entendí en un comienzo, para pasar de lo que tenemos a gala ser —aunque de hecho demasiadas veces no lo seamos, como bien sabemos tú y yo— para engancharnos en lo que “ellos” nos ofrecen como ejemplo mimético? No quiera Dios que nos dejemos engañar de manera tan burda. Es una cuestión de principios.

Jueves 19 de marzo de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 4 abril 1992)

## 18.- Sobre el fin de la historia

Hace no demasiado, poco antes de la caída del muro de Berlín, un artículo escrito por un norteamericano llamado Francis Fukuyama, antiguo asesor del Departamento de Estado, se derramó por todos los periódicos del mundo provocando una larga y enconada polémica.

No es que dijera que la historia había terminado de moverse, petrificada ya para siempre en los bloques enfrentados de entonces, aunque muchos creyeron que era esto lo que afirmaba el articulista. Ni lo decía Fukuyama ni eso resultó cierto, es evidente. Lo que defendía más bien es que hemos llegado al fin de la historia, puesto que hemos arribado, por fin, a puerto seguro, puerto del que no es bueno que salgamos y del que las cosas indican que no vamos a salir nunca más. La historia habría terminado, pues, porque estamos llegando, precedidos de los países punteros y líderes, pero seguidos también por todo el mundo, a una sociedad en la que se ultima la historia: la sociedad liberal del capitalismo.

Blanco White, escritor andaluz del pasado siglo que, convertido al anglicanismo, habitaba en Inglaterra, cuenta que una vez vino de incógnito a Cádiz y quiso comenzar a expandir las bonanzas de su nueva

religión. Cuando un limpiabotas sacaba brillo a su calzado se dijo: Esta es la ocasión propicia de comenzar mi predicación. Y puso manos a la obra. Mas el buen gaditano le cortó en seco: Mire mister, no siga; no creo en la Iglesia católica, que es la única verdadera, y no voy ahora a comenzar a creer en la suya. Leo las opiniones de Fukuyama con el mismo oído con el que el limpiabotas gaditano escuchaba a Blanco White.

Siempre me ha parecido mostrenco todo decir en el que se afirme con desparpajo que a donde yo y los míos hemos llegado es el puerto definitivo en el que habrán de estarse por necesidad las generaciones que vengan después de nosotros. Que el lugar de nuestra llegada es el lugar al que todos, en definitiva, deberán venir de aquende y allende los mares. Un tal hablar siempre me ha parecido el discurso típico del viejo verde. Una afirmación como esta es, pues, mero viejoverdismo.

Es verdad que no aparece nada claro hoy por hoy qué otro sistema económico podría substituir al viejo sistema liberal-capitalista. Es cierto que éste ha demostrado grandes cualidades de subsistencia y capacidades inmensas de asimilación y progreso. No cabe duda de que la libertad de mercado tiene una reciedumbre económica que ha quedado demostrada de una manera palmaria y apodíctica. Cualquiera puede ver que quienes tienen hoy responsabilidades de política económica aquí en nuestro país y en todo el mundo han optado por la libertad de mercado. Y ha sido una terrible desgracia, una verdadera catástrofe social, para aquellos que están en el difícilísimo trance de llegar a la libertad de mercado desde tierras colectivistas más que pantanosas, lo que provoca una serie complejísima de problemas que hacen difícil en extremo la adaptación de esas sociedades al tipo regulador de la economía por el mercado capitalista.

Todo ello me parece importante por demás. También me parece decisivo que, en la comparación con otros regímenes de corte totalitario-marxista, el que se construye sobre la libertad de mercado, realza de una forma muy positiva la libertad, puesto que la presupone, hasta el punto de que funciona mal o con evidentes problemas estructurales allá en donde la libertad política no es subrayada con fuerza y como valor central en la sociedad. Se me ocurre pensar, por ejemplo, en China.

Pero dicho esto, ¿está todo dicho? No, rotundamente no.

Los problemas económicos tienen su propia lógica; no vale con que algunos con muy buena voluntad y demasiada insensatez vayan ofreciendo soluciones alternativas fuera de toda viabilidad, que son soluciones de pacotilla, de salón, y además demasiado cercanas con frecuencia a las que han demostrado su inepticia sumergiéndose en la catástrofe en la que están países como el conglomerado que formaba la antigua URSS.

¿Tendremos que defender obligadamente, pues, un capitalismo puro y duro? Es obvio que no. La defensa de la libertad de mercado, la defensa del capitalismo, no es opción por un 'capitalismo salvaje'. La sociedad libre en la que vivimos puede y debe darse multitud de argumentos y

armas para atemperar cualquier tentación que lleve hacia él. Esa salvajería no es necesaria en la lógica económica que la sociedad quiere darse, ni solucionaría los enormes problemas en que nos encontramos: Problemas de diferencias sociales y regionales que en su desequilibrio desestabilizan a la sociedad entera. Problemas de diferencias pavorosas como las que se dan entre los países ricos del norte y los países pobres del sur.

Argumento y arma templadora de la libertad del mercado capitalista es, puede y debe ser la solidaridad de unos con otros, tanto en nuestro propio país, como la solidaridad de nuestros países ricos con los países pobres. Es cierto que los problemas de economía política mundial son difíciles en extremo de resolver, pero habrá que resolverlos si es que no queremos que el fin de la historia no sea demasiado parecido al holocausto de la historia en un futuro no muy lejano. Esta solidaridad no puede ser solo una llamada al buen corazón, una simple llamada a la benevolencia individual, sino que es una imperiosa necesidad económica para que el sistema de mercado nacional y mundial funcione correctamente. Sin ella el capitalismo es un arma de los ricos para esquilmarse a los pobres y marcar diferencias; es un arma de los países ricos para apoderarse de las riquezas de los países pobres, consiguiendo que éstos nunca salgan de su pobreza.

No sé cómo se puede establecer el mecanismo regulativo de esta solidaridad. Pero sí sé que esta solidaridad nacional e internacional nos es vitalmente necesaria en el mismo juego económico, si es que no queremos llegar a un final apocalíptico de nuestra historia, con lo que Fukuyama tendría razón, pero con un resultado muy distinto del que él pensaba; un resultado de destrucción y muerte.

Viernes 20 de marzo de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 11 abril 1992)

## 19.- “España es más nuestra que europea”

Gabriel García Márquez hablando el 16 de marzo a un numeroso grupo de periodistas españoles que visitaban Colombia dijo que los actos del 92 pueden tener de positivo el que “ayudan a España a recordar que es más nuestra que Europea”.

Reconozco mi admiración sin límites por él. Hace muchos años, hacia el 69 o el 70, me infundió un amor loco por perder el tiempo leyendo novelas. Hasta entonces había sido un gran lector, pero había perdido la pasión de leer por la propia belleza del leer. Había perdido la pasión literaria por la belleza, por la belleza de las palabras, creadoras de mundos posibles. La lectura de la novela de un colombiano que, en Lovaina, tras un examen difícil, Nacho Abello, otro colombiano, me recomendó, me congració para siempre con esa belleza: “Muchos años después, ante el pelotón de fusilamiento (mi memoria dice: ejecución), el

coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre le llevó a conocer el hielo”. Comprendí que había sido encantado para siempre: la abuela Ursula se sentó en el fogón asustada por la llegada del pirata Drake y la cosa se decidió cuando aparecieron Remedios y las mariposas amarillas. Luego la que más me gustó fue *La hojarasca*. No aprecio las carajadas que dice con frecuencia de Fidel Castro; me gusta que cada uno hable bien de sus amigos, pero quizá lo triste es tener amigos como ése.

Las palabras de García Márquez nos recuerdan parte de lo que somos. Nos señalan que los españoles, ahora que comenzamos a ser ricos, queremos aliarnos con los que, por ser más ricos que nosotros, nos pueden ayudar a ser todavía más ricos, olvidándonos para siempre de quienes fueron nuestros amigos pobres, más que amigos, pues ellos se refieren a nosotros con una frecuencia que entenece diciendo “la madre Patria”.

Es verdad que no podemos olvidar la vocación europea que también España ha tenido en su historia, tan grande o más todavía que la vocación americana. Aunque, es cierto, en ésta llevamos nuestra sangre, nuestra lengua y nuestra religión, con todo lo que eso ha significado de bueno y de malo. Pero ¿olvidaremos que desde el emperador Carlos —flamenco de expresión francesa— hasta la llegada del francés Felipe V al trono de España, la actual Bélgica, más o menos, estuvo bajo administración española? ¿Olvidaremos que Nápoles, Sicilia y Milán estuvieron durante siglos bajo la misma administración española? ¿Olvidaremos quiénes hemos sido? ¿Olvidaremos también que los súbditos de la corona de Aragón tuvieron vedada América en toda la época clásica de nuestra administración? ¿No recordaremos más la enorme cantidad de españoles que fueron a la América hispana para trabajar allá y quedarse en aquellas tierras a fines del siglo XIX y comienzos del XX? ¿Ya no hablaremos más de países que como México y Argentina recibieron, como riqueza para ellos, a gran parte de los intelectuales exiliados con ocasión de la guerra civil?

Son demasiadas las cosas que tenemos que recordar y agradecer.

Hace poco más de un año conocí a un bonaerense, Ricardo Ferrara, una de las personas que tiene mejor cabeza filosófica de todas las que he visto en mi vida. Nació de familia italiana. Hasta tal punto que en su niñez la lengua de su casa era el italiano. Tiene tíos y primos en Italia, país que cuando va a él lo siente como suyo. Sin embargo, me decía Ricardo que culturalmente es español, porque la lengua por la que él se ha introducido en el mundo de la cultura es el castellano, y al final eso es lo más importante de todo, eso es lo que te da la contextura. Y esto es lo que hace que el diálogo entre Ricardo y yo sea riguroso y pleno desde el mismo comienzo, aunque hubiese sido para marcar nuestros desacuerdos. Una lengua es un vehículo de cultura, sobre todo cuando es una tradición lingüística y literaria tan rica y variada en su multinacionalidad como la española. El ‘italiano’ Ricardo, sin más, ha devenido español.

“España es nuestra”. Me parece maravilloso que esto se diga. No es sólo tuya y mía, es decir, nuestra, de los que estamos aquí en la piel de toro. Es “nuestra” y quien lo dice es Gabriel García Márquez, es Ricardo Ferrara. Somos también suyos. Porque poseemos no sólo una tradición común, que se desgrana en una larga historia común que no tiene por qué haber finalizado —excepto si ahora nosotros la damos por terminada de manera unilateral, ricos con los ricos, separados de los pobres—, sino porque poseemos una lengua, nos vemos envueltos todos por una lengua.

Los franceses han solido decir “traducido del argentino o del colombiano”, pero eso ha sido fruto de un verde chovinismo. Aprendí de mi amigo de Córdoba el Queque Barttolomei, que sin darme cuenta hablo perfectamente dos lenguas: el español y el argentino. Me lo decía con palabras que comprendía, con música que podía reproducir: Hablamos dos lenguas distintas. Dos que son una: García Márquez y Ferrara son más profesionales en esto que mi amigo economista, y ellos lo saben bien.

Me parece, pues, maravilloso que nos diga García Márquez, como portavoz de millones de personas que “España es nuestra” y es vuestra, de los de allá y de los de acá. También España es suya. ¿Nos venderemos ahora a nuestros amigos los otros europeos, juntándonos sin más en un club de ricos? Esto lleva a problemas elementales y terribles. Hasta ahora el hispanoamericano tenía en nuestra casa su segunda casa: pasaporte y doble nacionalidad. Ahora, por normas de la Comunidad Europea, ya no es así. ¿Lo hemos pensados suficientemente? ¿Olvidados, dejaremos hacer?

Es cierto que nuestra tradición histórica es doble —si no triple o cuádruple, pues quedan todavía las conexiones musulmana y judía—, europea e hispanoamericana, pero subrayaremos ahora de tal manera la primera que abandonemos la segunda. Sería un error histórico irreparable. Ferrara dice lo que dice, pero ni Gesché, ni Cattaneo pueden decir lo mismo, aunque sí digan otras cosas que ligan nuestras tradiciones.

Dejaremos para otro momento el folclore y, sobre todo, la religión.

Sábado 21 de marzo de 1992

(*La Gaceta regional*, sábado 25 abril 1992)

*el Sábado Santo no hubo periódico*

## 20.- Fundaciones y mecenazgo

El problema es muy sencillo. El Estado Español, que así gustan de llamarlo —ocultando que no es sino un mero llamarse a sí mismos—, lo es todo, lo debe ser todo, lo será todo; cuidará con detalle lo que está permitido al personal privado, sólo dejará para éste lo que no es decisivo para el conjunto, lo que se le permita por cuasidelegación. Sobre todo, ese pomposo Estado no es la Administración que voluntariamente se ha dado nuestra sociedad, como debiera ser. El Estado no se fía de usted y de



mí, de la misma sociedad española que lo engendra para que administre la cosa pública, y todo lo que no sale de él o pasa por sus manos con severísimo detalle —aunque sabemos bien que esto son palabritas porque conocemos el desmadre—, debe ser prohibido, impedido, porque por ahí las cosas comienzan a írsele de las manos al Estado que debe controlarlo todo.

Usted que me lee habrá notado que la concepción de lo que acabo de señalar es lo que me separa de manera profundamente radical de la opción política que todavía defiende —hace poco se lo he oído por la radio, como si fuera una voz que salía de los fríos del pasado— el antiguo vicepresidente D. Alfonso Guerra. En un artículo en *El País* lo dijo Jesús Mosterín de forma brillante hasta el extremo. Ese Estado Español es el de Franco, quien además inventó el nombrecillo. Es un Estado que vino hasta nosotros en su esencia de manos de las tropas francesas. Fueron expulsadas, pero nos dejaron la pesadísima carga del Estado napoleónico. Supongamos que tras la guerra civil esa manera dictatorial de gestionar la Administración pública fuera la más conveniente, porque nos elevó hacia la riqueza. Ahora, en la democracia que vivimos y defendemos, no es suficiente con que todo siga igual, con la pequeña y sutil diferencia de que cada cuatro años votamos para que todo sea lo mismo en este aspecto del estatalismo.

No, señoras y señores. Yo quiero que el Estado no sea más que la Administración que se da a sí misma la sociedad, es decir, usted y yo. Que lo que llaman el Estado no ocupe la función rectora que se da para sí en todo y por todo, sino que sea una Administración que administre bien lo que la sociedad quiere; que regule bien los intereses comunes; que fiscalice en nombre de la sociedad lo que sus diferentes grupos hacen; que controle el buen funcionamiento del conjunto. Pero que deje la iniciativa fundante de todo en manos de los diferentes grupos que la sociedad quiera darse. Y precisamente eso que pido a la Administración es lo que el Estado Español no sabe hacer, no hace o no quiere hacer.

De manera bien tonta se ha solido debatir entre lo público y lo privado, como si lo primero fuera la panacea y lo segundo la tapadera de todo lo avieso. Eso, evidentemente, porque los estatalistas, es decir, los que disfrutan de las rentas sutilísimas del Estado y de su poder, desconfían de usted y de mí, como si fuéramos —¡y claro que los somos!— sus peores enemigos, quienes les vamos a poner en el lugar que deben ocupar, el que la sociedad democrática, llena de iniciativas y de espíritu de invención, les asigna, sin permitirles propasarse ni un ápice.

Pero no, el actual Ministerio de Hacienda —y eso que lo dirige D. Carlos Solchaga y no su enemigo D. Alfonso Guerra— no lo entiende así. Entiende todavía que fundaciones y mecenazgos son conglomerados de gentes malvadas y peligrosas que quieren arrancarles parte del pastel de su poder; que son, lo he dicho ya, gentes aviesas, lobos disfrazados con piel de corderos que quieren comerse con avidez el dinero suyo.

La cuestión está en que una parte de lo que personas o grupos privados pagamos como impuestos puedan ser dirigidos por esas personas o grupos en directo a la labor de mecenazgo cultural o universitario, con objeto de que así la sociedad impulse ese mundo de la cultura con sus iniciativas libres. Parte del dinero de nuestros impuestos, por tanto, deja de estar en manos del Ministerio de Hacienda, aunque la Administración deberá, claro es, controlar eficazmente el funcionamiento de todas esas iniciativas, para que no se desvíen de lo que buscan. Lo mismo puede darse, evidentemente, en otros ámbitos, como el mundo de lo asistencial.

Habrà usted notado que todo el mundo de la cultura y el de la enseñanza universitaria está en España, prácticamente y para nuestra desgracia, en manos estatales. Y también habrá observado que así funcionan de mal, un cuajaron de problemas insolubles, recomidos por la burocracia, con la lentitud del paquidermo que siempre llega tarde a la sutileza de los problemas que se nos plantean a usted y a mí. Un asilo innumerable de gentes que pueden no dar golpe y no pasa nada; que muchas veces no lo dan. Una catarata de papeles que impiden solucionar las cosas con eficacia y rapidez. Una inmovilidad pétrea. Una movilidad imposible. Un chollo que convierte el trabajo en cargo burocrático vitalicio.

Pues bien, desde ese lado de la barrera se ve todo esfuerzo por lograr fundaciones privadas que agilicen y potencien el mundo de la cultura y el mundo de la universidad con la vitalidad fresca de los grupos activos de la sociedad como si fueran peligrosísimos enemigos que vienen a la conquista del castillo de sus personales intereses estatistas.

Y claro es, no se equivocan en verdad. Los días los tienen contados, por más que los insignes defensores del cotarro se empeñen. El futuro no es de ellos, aunque de cierto que, lo he dicho alguna vez en estas notas de una música callada, pueden hacernos mucho daño todavía a usted y a mí. Aunque, repito una vez más, ellos, los partidarios del estatismo, han sido puestos ahí por su voto y el mío. Algún día el desplazamiento de la opinión contemplado por las encuestas del CIS o el castigo real del voto en unas elecciones hará que las cosas cambien de cuajo de una vez.

Bendito será ese día, pero cuánto está costando el parto. Ya ven por qué es así. El Estado contra la sociedad —y no me da la gana hipostasiar a ésta poniéndole una ese mayúscula como hacen ellos con su e mayúscula—.

Domingo 22 de marzo de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 2 mayo 1992)

## 21.- El placer de perder el tiempo leyendo

Me quiero dirigir hoy en estas notas de mi música callada a aquellos de entre los que me leen que son gente joven, quizá estudiantes. Todos

esos que, por ahora, posiblemente sólo en un momento de sus vidas, están dedicados al empeño de estudiar, es decir, que pasan los días enfrascados en la lectura, y leen y leen, y pasan los días y las noches leyendo.

Porque algunos de ellos quieren ser tan serios —les han malenseñado a ser tan serios— que no tienen tiempo para leer fuera de sus apuntes y de sus libros de texto; no tienen tiempo sobre todo para leer literatura. Han llegado a creer que ellos no pueden tener tiempo para perderlo en leer cosas que no sirvan; que los libros sirven para aprender tantas cosas como hay que aprender, que el valor de los libros es su mero valor de uso, y se usan sólo para estudiar. Porque para estas gentes —gentes extrañas, sin duda—, leer es estudiar, y estudiar es leer de una cierta manera ‘lo-que-me-sirve-para-aprobar’. Para ellos, leer por el propio placer del espíritu es perder el tiempo, un tiempo que, avaramente, atesoran, como el mercader cuenta sus monedas para que crezcan y produzcan sus frutos, mejor en junio que en septiembre, mejor con sobresaliente que con aprobado. Esta es, en mi opinión, la seriedad de los memos: querrían que todos fueran tan seriamente memos como ellos. La alegría les parece una pérdida de tiempo insufrible —o quizá piensan que la alegría es sólo la del viernes por la noche hasta la madrugada—. Estos rechazan el placer de la lectura porque les saca de sus quicios. Y sus quicios están puestos sólo en el leer para saber, y saber para aprobar. ¡Sobre todo si son de ciencias, como yo!

Tal es la seriedad de la máscara. Quien es serio de esa manera, ha confundido seriedad con aburrimiento. Y el mundo jamás será de los aburridos. Gracias a Dios, el tiempo se nos da para perderlo, para regalarlo a los demás, para regalarnos con él. Todo lo que en la vida es importante es gratis, una pura gratuidad. Leeremos por el placer inmenso de hacer que mundos nuevos aparezcan en nuestra vida. Quizá sean los mundos nuevos de las matemáticas o los mundos nuevos de la novela, o los mundos nuevos del arte, o los mundos nuevos del pensamiento, o los mundos nuevos de la ciencia. La lectura de lo que leemos genera en nosotros un placer tan grande que amplía nuestro horizonte, nos hace mayores, si somos jóvenes; nos hace jóvenes, si somos mayores; nos hace más ricos, más magnánimos. Nos sumerge en la novedad que nos da la realidad de los mundos posibles. Don Quijote se hace así más real, más verdadero, más cercano, más importante para nosotros que el tendero de la esquina.

Quien no lee —entre nosotros, sobre todo en un medio de gente joven y estudiante como el nuestro— por el placer de leer, no es. Mejor —¡peor!—, es un memo. Quien no lee se cava una fosa para sí mismo, para caer en ella en un futuro cercano. Quien no lee, ni siquiera será alguien importante en la profesión que ha elegido; no tendrá capacidad de imaginar novedades, de entrever los mundos posibles que comienzan a hacerse realidad en él. Quien no lee, no tiene curiosidad, y quien no tiene

curiosidad no sabe lo que es el mundo ni lo que son los demás, ni siquiera quién es él mismo.

Pero vamos ahora por un rato de paseo por algún libro y leamos las maravillosas palabras que siguen: «Y la esquila tocaba infantilmente... Oscuridad angosta. En seguida la penumbra fresca y ancha de la nave. Se alzan los ojos. Se presiente el cielo, el azul, la tarde apoyándose sobre la piel dorada de los sillares y de la bóveda. Allá, al otro lado, en el sol, seguía el tañido del címbalo de *Vísperas*, un aleteo de paloma alada... Se veía la onda pasando por encima de la calma de Oleza, cayendo en la mies, en las eras, en los cáñamos, en los naranjos, en los hocinos del Segral, en los olivares que se desperezaban olorosamente».

Palabras de un escritor maravilloso: Gabriel Miró. Escribe con una belleza tan deslumbrante, que los olores de su tierra, la luz de su horizonte, llegan hasta nosotros. Sus palabras pasan por nuestros ojos y se convierten en perfumes del levante, en luminosidad de su tierra; vemos a sus personajes enmarcados en bellos, siniestros a veces, claroscuros olorosos. Todo se nos apunta, se nos señala ahí: lo que todavía no somos, pero que en la lectura también seremos. Porque en nosotros —por dentro— cabe mucho más de lo que hasta ahora somos. Leyendo, con nosotros crece lo que vamos siendo.

Novelas como *Las cerezas del cementerio* y *Nuestro Padre San Daniel* están entre las más bellas que se han escrito en nuestra lengua. Son libros pequeños, aparentemente menores, para que los paladeemos despacio, con nuestra sensibilidad abierta por entero a lo que nos ofrecen. Quizá sea necesario ‘ser mayor’ para gustarlas. Pero cuando uno tiene por dentro las capacidades que quieren abrirse a la belleza de las palabras, entonces Gabriel Miró es uno de los (muchos) príncipes de la literatura. Creando ante nuestros ojos un mundo que no es el nuestro, incluso que nos es lejano en su cercanía inmediata, nos recrea por dentro en aquello que nos es más importante: nuestros sentimientos estéticos, por los que se construye en nosotros lo que vamos siendo.

¿Cómo podréis leer algún día a Gabriel Miró, si es que hasta ahora nunca lo habéis hecho, porque hasta ahora nunca habéis tenido tiempo para perderlo con él? Si ya desde ahora, cuando tenéis tiempo por delante, perdéis largamente el tiempo leyendo cosas que no sirven para nada, bueno, que sirven para que cada vez seáis más, para que los mundos posibles se vayan haciendo en vosotros realidad.

¿Habremos construido un mundo en el que leer es sólo adquirir más información, información que sirve para tener más poder y mayor dominio sobre los otros, pero en donde no quepa ya la riqueza de lo que es bello, y que por serlo ensancha nuestra vida, la enriquece, la hace más digna, a la vez que nos pone en diálogo con otras gentes, otras sensibilidades, lenguas, maneras de pensar y de ser, en diálogo con nosotros mismos?

Lunes 23 de marzo de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 9 mayo 1992)

## 22.- Pregunta por los orígenes

Caben muchas posibilidades distintas para esta pregunta cuando uno quiere referirse a sus propios orígenes. Quiero elegir una. No cuáles son mis orígenes familiares. Tampoco los orígenes ciudadanos —bilbaínos— que me han hecho en la adolescencia y en la primera juventud, ni el paisaje primero que, en la última niñez y luego de mayor, es el mío y me configura para siempre como figura en un paisaje —la Navarra media de Muruzábal en verano—, ni cuáles fueron los primeros libros que leí o los estudios en los que me enfrasqué —aunque algún día cantaré en estas notas mi primera admiración filosófica, qué digo admiración, mi pasmo filosófico—, o cuáles fueron mis primeros pasos por la vida. Pero no son esos los orígenes por los que me pregunto ahora.

Me pregunto hoy por los orígenes de mi intelección discursiva del mundo. Y quién lo iba a decir, mi intelección del mundo como tal se origina viendo cine con mis amigos —José Félix Uríbarri, José Mari O'Shea, José Luis Corral, mi hermano José Mari, estudiantes todos de ingeniero industrial—, a través de los amarillos cuadernos de cine. Como el callado lector sabe ya, como lo saben quienes entonces y luego me conocieron.

Pero afirmar esto es decir casi sin saberlo que mi primera intelección del mundo nació en los entornos de André Bazin, al que jamás conocí, y que precisamente murió cuando comenzaba a interesarme en la revista que él dirigía. Mis números, aquellos que me ayudaron a configurarme, van más o menos del 90 al 150. Los números 103 al 114 (extraordinario dedicado a Bertold Brecht), publicados de enero a diciembre de 1960, terminan de ser reeditados en un volumen, el X. Acabábamos por entonces de ver *Los 400 golpes* de Truffaut. Vendrían enseguida *A bout de souffle* de Godard y *Los primos* de Chabrol. Antes, sin apoyos, había visto infinitas películas, quizá sobre todo el *Otelo* de Orson Wells. Gracias a Dios, desde entonces no fue posible que cayéramos de manera inexorable en la comprensión de la revista *Film Ideal* de *El séptimo sello* de Ingmar Bergman y *La Strada* y *Las noches de Cabiria* de Federico Fellini, una revista tan benemérita para la comprensión española del cine. Tampoco en la decididamente politizada de Georges Sadoul y sus amigos, una mera tentación en la que ya jamás podríamos caer. Nos habíamos librado para siempre de la 'moralina' y del 'activismo'. Nos adentrábamos a papos llenos en una visión estética del arte y de la vida de la que nunca con voluntad razonable y decidida quisimos salir, aunque luego —y ahora— los avatares fueran muy variados. Y digo, nótese bien, una comprensión estética, pero no una comprensión 'esteticista', porque la estética para siempre iba unida para nosotros a la ética y a la acción: lo

bello, lo verdadero y lo bueno ligados como ideal en tejido único, demasiadas veces roto.

Roberto Rossellini fue uno de los más cercanos. Casi todo lo que soy se lo debo a él. También Jean Renoir, al que entonces pude ver poco y mal. Eran quizá los más amados de Bazin, junto a otros que ya conoce quien sigue mi música. Contemplándolos discutimos y proyectamos lo que queríamos ser. Luego, desgraciadamente, con el tiempo nuestras vidas no siempre han sido lo que quisimos querer.

En el número 99, enero de 1959, François Truffaut, muerto ya, tiene una página de evocación maravillosa sobre André Bazin su 'maestro y padre'. Es la última de una serie de hermosísimas páginas de recuerdo añorante del amigo por sus amigos: «Bazin era un ser insólito a fuerza de inteligencia, de honestidad y de lógica; de primeras sorprendía y enseguida encantaba. Jamás se adaptaba ni a una persona ni a un medio, en todas las circunstancias permanecía él mismo y utilizaba idéntico vocabulario para hablar a un profesor, a una portera, a una actriz de poca monta, a un policía o a un cura. Esto a veces daba lugar a extraordinarios diálogos de sordos... Y Bazin en el restaurante, Bazin en el fontanero, Bazin en coche, Bazin en el coche-cama, eran florecillas cómicas y morales, porque André, como los compañeros de San Francisco, era de una bondad chusca y patética. Vivía con una pureza total en un mundo que se purificaba a su contacto, puesto que la honestidad, cuando es hasta ese punto efectiva y profunda, de manera sencilla se hace contagiosa... Para él lo que las personas hacen era menos importante que lo que son... Mas porque corajudamente había aprendido a vivir, pensaba que se podía, que se debía, ayudar a los demás». El camino de las realidades posibles como realidades artísticas nos estaba abierto para siempre.

Orígenes de mi intelección discursiva del mundo, decía, porque entonces es cuando se inició para mí eso a lo que tanto me refiero en mi música callada: la exploración de los mundos posibles, vaga a la vez que rotundamente lógica, y después la elección creadora del mundo real. Mundos posibles, pero no mundos de ensueño por los que enredarme para escapar, quizá, de una fastidiosa realidad. Mundo real, pero no mundo de facticidad dada de una vez por todas. Mundos posibles sobre los que cavilar, sobre los que decidir, mundos distintos de un mero imaginar, porque de la imaginación nos servimos para hacerlos reales. Mundo real, pues, abierto a la imaginación del futuro, con apertura a la razonabilidad del cambio, al diálogo, al convencimiento de que otros mundos posibles son mejores que el mundo real que nos va siendo, por los que hay que luchar y conseguir convenciendo. Mundo siempre de razón, pero una razón que no ahuyenta ni mucho menos la sensibilidad y el sentimiento; antes al contrario, que las busca y las llama, como siendo la otra mitad de sí misma. Pero entonces, la visión estética a la que me he referido, es claro, va unida a una visión de posturas verdaderas y de una acción de lo que es bueno.

Terminaba de escribir estas notas cuando he visto *Esta tierra es mía* de Jean Renoir, dirigida en 1943. Es una de las más hermosas películas que he contemplado en mi vida. Alguien al que no conocí y que murió hace treinta años, André Bazin, me enseñó a apreciar su infinita ternura.

Domingo 4 de abril de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 16 mayo 1992)

## 23.- Nicholas Rescher

Pienso que Nicholas Rescher es el más grande filósofo de los Estados Unidos, y uno de los filósofos vivos más potentes. En una reunión de filósofos que a comienzos de enero tuvo lugar en Roma, coincidí con Mario Bunge, conocidísimo filósofo de la ciencia argentino, profesor en Canadá, que publica en inglés casi todo lo que escribe. También para él Rescher es, efectivamente, el más importante filósofo americano actual y con una cualidad casi única en la filosofía de hoy: es un filósofo sistemático.

Porque, siempre lo he dicho en clase, en mis clases de filosofía, filósofo es quien tiene la pretensión de pensar y de pensarlo todo. Con la condición de que esa pretensión se haga luego realidad. Quien se dedica sólo a un pequeño aspecto del pensar, está bien, quizá muy bien, pero en realidad no es todavía un filósofo. Rescher es alguien asombroso: ha escrito sesenta libros, siempre sobre temas filosóficos, unos muy técnicos, otros más accesibles. Lo ha escrito todo, ha intentado pensar —¡y lo ha conseguido, claro!—, y pensarlo todo en sistema. Escribe ahora un compendio de su filosofía en tres volúmenes, editados por la Universidad de Princeton, en los que establece los puntos salientes de su pensamiento, articulándolos en un sistema coherentemente formulado.

Entre nosotros, pues, ha estado uno de los filósofos más grandes de hoy. Nacido en Alemania en 1928, se trasladó a Estados Unidos a los nueve años. Desde hace treinta años es profesor en la Universidad de Pittsburgh. De filosofía, claro. Y digo que es claro, porque también yo soy profesor de filosofía, y estaba entre los que le invitaron. Vino para hablar con filósofos, alumnos y profesores, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca. A los sesenta años se preguntó por qué de nuevo podría iniciar en su vida, y se puso a aprender español. Era ésta la primera vez que pisaba tierra hispanófona. Estaba encantado. Nosotros también.

He tenido la suerte de estar mucho tiempo con él. Lo traje en coche prestado desde Murcia, parando largamente en Toledo. Hablamos del cielo y de la tierra. Delicioso. Es un placer sosegado estar con él, escucharle, preguntarle, dar vueltas a las personas, a los pensamientos, a los monumentos, a los paisajes y a las cosas. Luego, tanto en las sesiones públicas —numerosísimas siempre, pues Salamanca en el pasado ha

estado llena de gentes con preocupaciones filosóficas y vuelve a estarlo hoy— como en privado, todos hemos podido ver la afabilidad de un hombre como él. Los tontos y los memos que de verdad nada saben y jamás han pensado más de un minuto seguido, que no les caben dos cosas juntas en la cabeza, deben estirarse cuando hablan con cualquiera. Las personas cargadas de valor hablan con todos, incluso con el más pequeño, llenándole con su respeto y atención, como para hacer surgir vocaciones por el pensamiento en quienes a ellos se acerquen. Se interesan por lo que hacen los otros, incluido el más joven, como para que surja pensamiento hondo en quien apenas se inicia. Este es el caso sorprendente de Nicholas Rescher.

¿De qué hablan los filósofos cuando se reúnen? De todo, del todo, del pensamiento de otros filósofos antiguos y modernos, de filosofía de la ciencia, de física y cosmología, de la sociedad y de política, de religión, de los entes de ficción, de arte, de lógica, de lo que sean los valores, de moral y de ética, de la verdad, de la existencia de Dios. De cómo es la realidad. De cómo interactuamos con ella, de cómo vamos siendo en la realidad —vamos siendo en realidad—, de qué manera creamos también nosotros realidad. De qué sea la realidad. ¿De qué si no hablarán los filósofos cuando se reúnen?

El jueves 9 de abril comenzamos el encuentro con una conferencia pública. Organizarlas, mucho más si son de filosofía, suele ser cosa hartamente enredada: ¿Aparecerán un par de docenas de escuchadores? Por eso, habíamos escogido un local pequeño para que se pudieran apretar en él cincuenta personas, si llegaba a haberlas. Es mejor que se recuerde ‘no cabíamos, había mucha gente’ —¡el local lo habíamos elegido pequeño con cuidada sabiduría!—, a que se diga ‘estábamos perdidos en la sala, no había nadie’. La conferencia, sin embargo, tuvo que celebrarse en el Aula Magna de la Universidad, rebosante. La leyó en español. Mientras leía, todos teníamos en nuestras manos un ejemplar de la traducción.

Es delicioso ver que gentes como Rescher no tienen empacho en ‘no quedar bien’, leyendo en una lengua que no es la suya, en lugar de ‘quedar bien’ leyendo en un original inglés que demasiados de los asistentes no entienden. El público se lo agradeció tanto que muy pocos se fueron antes de que terminara de hablar, cuando todos sabemos que en las conferencias una vez visto el bicho y escuchado empieza el desfile hacia la salida.

Por la tarde nos reunimos en la sala convenida, el Aula Minor, para discutir sobre la conferencia: éramos legión, hasta había gente sentada por el suelo. El viernes 10 de abril seguimos toda la mañana, de las nueve a la una y media, y aún dos horas por la tarde. Asistieron unos cuarenta. Hablamos de si es posible que en los esfuerzos por la racionalidad nos pasemos, siendo demasiado racionales —Rescher es un racionalista convencido, también yo lo soy—; luego de la filosofía en los Estados Unidos hoy y, finalmente, de la ficción. Fue apasionante. Normalmente Rescher respondía a las preguntas en inglés y Leonardo Rodríguez Duplá,



jovencísimo profesor de Ética de la Facultad, le traducía (asombrado como nosotros, dijo Rescher que era mejor la traducción que lo que él decía en inglés). Sobre la actual situación filosófica americana respondió en español. En los Estados Unidos, decía, los filósofos son como piezas que forman parte de un mecanismo, la ‘industria filosófica’. Cada filósofo es más una rueda en un mecanismo global, que un complejo mecanismo propio que funcione por sí como sistema.

Rescher, avezado conferenciante de los foros filosóficos de medio mundo se extraña: ¿qué pasa en Salamanca para que haya tanto interés por la filosofía? Pasión deliciosa dedicarse a la filosofía. Merece la pena.

Salamanca-Chiclana, martes 14 de abril de 1992

(*La Gaceta regional*, sábado 23 mayo 1992)

## 24.- ‘Europa, la calzada romana’

Rémi Brague es desde hace poco catedrático de filosofía árabe en la Universidad de París, en la célebre Sorbona, aunque en sus orígenes sea un especialista de Platón y Aristóteles que sabe muy bien hebreo, árabe y filosofía medieval. Brague, al que tengo la suerte de conocer hace más de doce años, es, junto a su amigo de siempre el también filósofo Jean-Luc Marion —parisino como él—, uno de los pensadores franceses que tienen hoy en día más porvenir, quizá porque es un personaje cuajado de inteligencia y de un exquisito bien decir, además de ser alguien repleto de múltiples saberes. Son católicos, como una parte grande de los filósofos que comienzan a poblar con su genio el espacio filosófico académico francés. Pues bien, acaba de publicar un librito que tiene por título el que llevan estas calladas notas (*Europe, la voie romaine*, París, Criterion, 1992), lo que nos va a dar ocasión de deleitarnos con su música.

La Romanidad es la esencia misma de Europa. Una romanidad que tiene como característica fundamental la de ser una cultura con una actitud típica y única, la ‘actitud romana’, aquella que para constituirse sabe estar llamada a un esfuerzo de renovación que continúa lo antiguo —lo griego, lo clásico—, algo que, sin embargo, atrayéndole como constituyente esencial de lo que ella misma es, no lo posee como propio. ‘Romano’ es así quien se sabe y se siente cogido entre un helenismo y una barbarie; quien se percibe como griego en relación con lo bárbaro y como bárbaro en relación con lo griego. Quien sabe que transmite como propio lo que no tiene por sí, y que es algo poseído de manera frágil y provisional. En absoluto se trata de alguien que reivindica haberlo inventado todo, enfrentándose a quienes nada han inventado. Decir que somos Romanos significa lo contrario de identificarnos con un ancestro prestigioso. Más que una reivindicación es una desposesión de: reconocer que en el fondo nada fundador hemos inventado, sino que, sin interrumpirla, hemos sabido transmitir una corriente que venía de lejos.

Europa tiene esa relación constitutiva con lo que le precede, lo griego y lo bíblico.

Para Brague, el cristianismo tiene en su misma esencia este carácter singular de la Romanidad. Vive en un Nuevo Testamento que sabe muy bien que nace de un Antiguo Testamento al que jamás podrá abandonar como algo definitivamente pasado —esa es la vieja herejía de Marción, quien en los orígenes del cristianismo defendió la exclusividad del Nuevo Testamento con relación al Antiguo, a rechazar por completo—, sino que es algo que siempre se tiene y se debe asimilar, transfigurándolo en la novedad en la que se hace actualidad una persona, Jesucristo. Como máximo, el cristianismo pretende poseer la llave que le permite interpretar aquello hacia lo que tiende el Antiguo Testamento, que la recapitulación de la historia pasada está dada en el acontecimiento de Cristo, plenitud de la divinidad (*Colosenses 2, 9*). Pero la exploración de las riquezas contenidas en esa pretensión, y su refracción en la santidad de la Iglesia, es una infinita tarea que requiere la historia entera por venir.

Por el contrario, el Islam no sería Romano. Su traducción de la antigüedad clásica buscó meramente absorber sus contenidos, asimilándolos a su propia lengua y cultura. Digirió para sí lo que le venía bien, rechazó fuera de sí lo que le venía mal, sin darse siquiera la posibilidad de comparación y distanciamiento que buscaba comprenderse a sí mismo. Es esta una actitud —distinta por completo de la actitud romana— en la que, ciertamente, pueden darse ‘despertares’, esfuerzos por remontar a la fuente, pero permaneciendo siempre en el interior de una tradición. Mas es una actitud en la que no pueden darse ‘renacimientos’, cuando la fuente se encuentra más allá de lo que es la propia continuidad de la tradición, en los que se trata de apropiarse de un origen con relación al que uno se siente extranjero, incluso alienado, pero que ejerce una atracción decisiva que nos saca de sí para llevarnos hacia un allá. En el Islam no han cabido los sucesivos Renacimientos de la Europa cristiana. La identidad cultural europea es así una identidad excéntrica, lo que hace que la cultura europea jamás puede llegar a ser ‘mía’, puesto que es el camino indefinido a recorrer para llegar a una fuente extranjera.

Recuerda las palabras de Ortega y Gasset a su vuelta de América: , para decirnos en una variante que . El europeo no posee su identidad más que como un cuadro vacío, cuya tarea será llenarlo. Un vacío con una forma, pues la forma de la relación europea a la herencia cultural está constituida, precisamente, por el cristianismo. La actitud cristiana ante su pasado, la secundariedad del cristianismo con respecto al Antiguo Testamento, esa es la ‘actitud romana’. Por eso, Europa es la vía romana.

No tiene sentido alguno, por tanto, creer que el peligro de Europa viene de ‘fuera’, por la simple razón que nada puede ser considerado como un ‘dentro’. El peligro, más bien, está en considerarse como un espacio cerrado, separado de los demás, para el que lo que viene de fuera, los que vienen de fuera, son un peligro. Los inmigrantes, por ejemplo. El

peligro está, igualmente, en cerrarnos a esa relación con sus orígenes que creó Europa, en convertirnos en ‘marcionitas’. Marcionismo tecnológico —el gnosticismo—, para quien el mundo debe ser rehecho, porque ha sido mal hecho. Para el cristiano, la ciencia y la técnica son una labor de perfeccionamiento. La naturaleza no es sagrada, sino profana, la debemos dominar, pero no para someterla a nuestro caprichos agotándola, sino sirviéndonos de ella como instrumento de nuestros actos de libertad, reivindicando así una legitimidad de la utilización técnica de la naturaleza. El rechazo del marcionismo y de la gnosis por la Iglesia —la primitiva y la posterior hasta hoy—, constituyó la posibilidad misma de Europa.

Chiclana, martes 14 de abril de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 30 mayo 1992)

## 25.- Ramón o el estilo

Nunca había leído nada de Ramón Gómez de la Serna hasta hace unas semanas en que compré los *Nuevos retratos contemporáneos*. Quería leerle hacía tiempo. Buscaba sus *Greguerías*, pero ya no se encuentran en las librerías. ¿Para qué seguir escribiendo después de haber leído a Gómez de la Serna, aunque sea sólo un poco, como yo he hecho? ¿No es Ramón el final de la escritura, porque la ha elevado a una tan alta estima; porque ha volado tan alto tan alto que a la caza casi ha dado alcance? ¿Cómo escribir después de la insuperable belleza de su escritura?

De él, apenas sabía más que la pintura despiadada de Rafael Cansinos Assens en sus memorias y el cuadro de Ramón en la tertulia del Café Pombo pintado por José Gutiérrez Solana. Pero lo he leído con mis propios ojos. He visto de cerca sus párrafos y sus páginas. Le he escuchado hablar de Pirandello y de Oscar Wilde. ¿Cómo seguir escribiendo tras esa visión? Lo que tengo la desgracia de escribir y que tantos trabajos me cuesta, tras leerle, es basura, bazofia, utilización de palabras sin tino ni sentido; pobre, además. Se diría que no sé qué hacer con las palabras, que no soy capaz de imaginar esa magia luminosa y sonora que es la suya. Peor, mis palabras son vulgares, ramplonas, mientras que las suyas son regias, enriquecidas por su mano, buscadas en algunas albardas que jamás he visto, cuyo contenido tengo la desgracia de ignorar. ¿Para qué seguir escribiendo después de haberle leído, aunque sea sólo un poco, como yo he hecho?

El punto culminante de mi desgracia es éste: tengo cosas que decir, o quizá creo tenerlas, imagino ilusionado tenerlas, pero me falta el lenguaje, su lenguaje lleno, su torrentera de belleza. Mis ideas, aparentemente ricas, al ser expresadas se quedan en poco, como desleídas; pierden su garra, se convierten en una cadencia deshidratada, se hacen deslavazado colorido. Su estilo, el de él, es tan perfecto que da

contenidos a su forma. La acumulación ordenada de sus palabras, en riqueza infinita, al instante se pone a decirme cosas ante mis ojos. De la misma manera que de las palabras arrugadas y oscuras del comienzo de *Volverás a Región* de Juan Benet surgen finalmente personas con sus vidas. Pero a mí, me falta estilo.

No es que el estilo sea sólo un esfuerzo de bien escribir que llega a su término. Escribir bien no es ya tener estilo. Escribir bien puede quedar en cosa académica. Algunos escriben muy bien, pero no tienen estilo; porque nada tenían que transmitirnos con sus palabras, y quien nada tiene que decir —porque nada es— no puede tener estilo.

Quizá otro día volveré con pelos y señales a lo que insinúo en el párrafo que sigue. A mí me pasa lo que a muchos otros. Creemos tener ciertos valores que enseguida decimos valores objetivos; incluso tenemos razones para pensar que nos sobran cualidades. Pero nadie me sigue; tampoco nadie les sigue a ellos. Por el contrario, hay otras personas que parecen tener pocos valores de esos que he dicho valores objetivos, que ni nos gustan ni los soportamos. Pero atraen tanto como la miel a las moscas. Algunos de ellos son tan atractivos para los demás que muchos, legión, les siguen; a veces cientos de miles de personas. A nosotros, en cambio, nadie nos sigue; ni siquiera en la plaza vienen las gallinas tras nosotros para picotearnos. Hace falta tener mucha perfección para no enojarse y llenarse de indignada soberbia, cuando esto acontece, y no la tenemos. Pero ¿cómo comprenderlo? ¿Cómo no dejarse llevar por un resquemor infinito, cuajado de retorcidos complejos? ¿Será posible a partir de ahora no mirarlo todo desde ahí y construir una opinión y una vida reactiva salpicada por la verde envidia? ¡Hay!, sin duda es cuestión de estilo.

Mas ¿qué es el estilo? Una persona que tiene la inmensa dicha de saber hacerse palabra. Porque el estilo es una persona que expresa la riqueza de lo que es fijándola en la riqueza de las arrugadas palabras, que sabe disponer de manera tal que la belleza de lo que es se ofrezca a quien lee lo que escribe, porque le incita a leerla, y leyéndola le inficiona de manera durable con su propia magia.

¿Será, por ello, que sólo llega a la belleza del estilo quien es bueno? ¡Hay!, desgraciadamente no. ¿Será que sólo llega a la belleza del estilo quien tiene algo verdadero que decir? ¡Hay!, desgraciadamente tampoco. ¿O quizá sí, si miramos con ojos profundos? El estilo es plasmación de belleza, y en cuanto tal es bondad y verdad. Pero el estilo, aun siendo la personalidad propia hecha magia bella de las palabras, sólo en los más grandes, quizá los racionalistas y los místicos, da a la caza alcance. Sólo entonces el estilo es representación de la límpida personalidad de quien, por ser transparencia de lo bello, resplandece con la blancura luminosa de la bondad, y la verdad se así hace luz iluminadora.

Ramón tiene estilo. La fuerza del estilo irrumpe en sus páginas. No es el único, pero para mí, que apenas ahora he comenzado a leerle, lo importante que en él encuentro no es la fuerza de las ideas que me quiere

transmitir —como podría ser el caso de Unamuno o de Ortega—, ni siquiera el mundo posible que reconstruye ante mis atónitos ojos —como ocurre en Benet, al que también apenas comienzo a leer—, por eso el estilo se me hace pureza de la persona, se me hace pura poesía. Encadenamiento mágico de las palabras que me hacen lo que soy. Sabiendo muy bien, sin embargo, que lo que soy no son palabras.

Hay estilo de palabras, estilo literario. Hay el estilo de quien hace películas. Hay sobre todo el estilo de vida de quien hace de su vida un estilo en el que belleza, bondad y verdad se unifican en una realidad que toca para siempre a quien la contempla. Así una vida se hace ejemplo para otros, para quienes quisieran vivir al estilo de esa vida, hecha ante sus ojos una posibilidad de vivirla. Mas ¿qué es el estilo? Una persona que tiene la inmensa dicha de saber vivir una vida en dignidad y de transmitir ese saber a quien tiene una vida junto a la suya. En el fondo, por tanto, el estilo es, efectivamente, una manera de vivir.

Chiclana, miércoles 15 de abril de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 6 junio 1992)

## 26.- Morille

Hace apenas unas semanas hablé de El Cubo de Don Sancho, que conozco mal. Hoy quiero referirme a otro pueblo salmantino, Morille, que conozco bien; mejor, que conocí muy bien. Del Cubo me referí a Marcelino Legido, su párroco. Sólo me faltó una pequeña precisión: fue a ese pueblo enviado por el obispo, provisionalmente, por dos años. La provisionalidad del envío dura ya veinte. Estuvo allí donde fue enviado, y sigue allí a donde el obispo le sigue enviando. En esto es admirable.

Por seis años tuve una extraordinaria relación con Morille, pues por seis años fui su párroco, su extraño párroco. Hace algún tiempo en el manuscrito de lo que iba a ser un librito mío puse esta dedicatoria: . La ‘fu de erratas’ hizo que se cayeran esas palabras de los dedos del tipógrafo y mis papeles convertidos en libro impreso no llevan ninguna dedicatoria. No importa demasiado, seguramente, pues una dedicatoria es lo que uno lleva en el corazón, y eso los dedos de ningún escritor lo pueden borrar.

Los que me conocen saben ya de esta anécdota. Es el momento de confesarlo en público. Llevaba un año ordenado de sacerdote, siendo ya profesor en la universidad, y conversando con varios, entre otros con Jesús García, entonces vicario del obispo de Salamanca, me ofrecí para alguna parroquia de un pueblo no muy lejano a la ciudad en la que entonces vivía y sigo viviendo. Jesús es hijo de Morille, entonces sin párroco, por lo que encantado me propuso su propio pueblo para que fuera a él. Pues muy bien, me dije. Quedamos en que sería él quien me presentara a sus vecinos el primer día que fuera. Esto sucedió el domingo

15 de octubre, día de santa Teresa. La misa era a las doce, si no recuerdo mal. Estaba yo, sin conocer a nadie, esperando. Pero Jesús no llegaba. ¿Qué hacer? Pues comenzar la misa. Y allá que empecé. La mayor parte de los no demasiados que estaban en la iglesia —se acercaba el terrible invierno de esa iglesia que me hizo tener durante seis años un grueso jersey de lana en la sacristía, que al llegar me ponía siempre encima de lo que llevara— eran personas bastante mayores que me miraban con ojos un no poco extrañados al verme, aunque ya tenían noticias de que venía uno nuevo. Allí estaban todos conmigo. Y llegó el momento de predicar. Ellos me miraban. Yo les miraba. ¿Cómo comenzar? Se me ocurrió entonces decir unas palabras de explicación: . ¡Ah!, ¡ah!, dijeron todos a una, ¡entonces, muy bien! Y desde ese instante nos hicimos amigos. Luego, a la salida, llegó Jesús García.

Jamás hubiéramos podido pensar ni ellos ni yo lo amigos que nos íbamos a hacer desde el momento de esa presentación. Los de Morille están entre las personas que más quiero, junto con mis familiares, junto con mis más cercanos amigos. Y, pásmense ustedes, el sentimiento es recíproco. En pocos lugares, fuera de mi propia familia y de mis más cercanos amigos, me he sentido tan querido y sé que me quieren tanto como en Morille. ¡Quién lo hubiera podido pensar! Pero ya ven ustedes, así resultan las cosas. Todo hubiera podido hacer pensar que el resultado hubiera debido ser muy otro. Un espectador imparcial de aquél día, viéndoles a ellos y luego viéndome a mí, de cierto que hubiera pronosticado el desacuerdo y el desconcierto mutuos. Pues miren ustedes, no fue así. Nuestro acuerdo fue rápido y duradero. Pero sólo seis años.

Tiempo después, me paseaba por el pueblo con mi amigo Emeterio Pato —traductor luego del profeta Isaías en la nueva edición española, magnífica, que acaba de publicar La Casa de la Biblia— hablando sobre qué hacer allá, qué ‘planes pastorales’ realizar en el pueblo. La verdad es que estábamos en esas conversaciones más secos que el Zurguén en verano, que por allí dicen que nace. Nos devanábamos los sesos pero no se nos ocurría nada como no fueran perplejidades. Terrible pregunta la del *¿Qué hacer?* Pero de pronto en un momento lo comprendimos para siempre: lo que hay que hacer es estar, estar sin más. Y estuvimos. Y estuve. Tuve suerte y me acompañaron bastantes: José Antonio, Joaquín, Luis Miguel, los seminaristas de la diócesis de Ávila —que varios años hicieron matanza en mi casa, la casa parroquial, para preocupación gravísima de la señora Hortensia y mía, pues vigilábamos cuidadosamente por si venía la maldita mosca a estropearles la cosecha—, Juanjo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Luego me di cuenta de que, casi sin querer, había acertado con el procedimiento. El único ‘plan pastoral’ de consistencia verdadera y real fue éste: estar. Pero sólo fueron seis años. En esto los del Cubo tienen razón.

El señor José Manuel, la autoridad moral del pueblo, se empeñó en que debía jugar un día al mus con él. Porfió tanto que no pude negarme. Jugué una tarde con él de pareja. Ganamos, claro. Ya nunca más he vuelto

a jugar a las cartas. ¿Para qué?, ¿donde encontraré una pareja con tanta autoridad como la suya? Todo en mis años morillenses fueron pequeñas cosas como ésta. Un buen ‘plan de pastoral’, sin duda, el mejor del que fui capaz, el mejor posible. La ternura. ¿Dónde hay mejor?

Estaba en Morille, mucho, muchísimo tiempo. Aprendí la cercanía de la gente, de la gente sencilla sobre todo, claro. Hacía mucho frío en invierno y muy poca gente. Preciosas puestas de sol en agosto y entonces todo estaba lleno. Estaba el cariño por todas partes, con el frío y con el calor. Tiempo en Morille, sí, pero también tiempo en la universidad y tiempo de rondar la ceca y la meca. Esa fue mi perdición, el motivo de mi engaño, ya me lo decía Juan Mari Laboa. Porque me dejé engañar, me engañé dejando Morille, aceptando dejar Morille. Me agobiaba cada vez que faltaba de allá. Jesús me insistía en que eso, dado el estar profundo, no importaba. Tenía toda la razón. Pero, repito, me dejé engañar. Creí en tonterías y dejé Morille, me fui a otros menesteres, peores todos. Pero, para mí, Morille y sus gentes son memoria viva, porque somos carne enmemoriada.

Chiclana, viernes 17 de abril de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 13 junio 1992)

## 27.- Semana Santa

La Semana Santa, para mí, es una fiesta íntima, callada, de extraordinaria y humilde limpieza religiosa. La tradición a la que pertenezco es la benedictina, es decir, litúrgica, contenida, despojada, en la que nada se deja a la sentimentalidad pura, sino que todo viene dado por la objetividad de la cosa misma, lugar en donde nace el sentimiento de la belleza. La Semana Santa en esta tradición es un (Lucas 23, 48) recogido, que se ciñe a los textos y a los gestos, escuetos y magníficos ambos, que ofrece la liturgia, la despojada del viernes santo, la exuberante en su contención de la noche de Pascua. Una celebración de la pasión, muerte y resurrección del Señor muy cercana, seguramente, a la tradición litúrgica antigua, icónica, románica, en todo diferente, incluso contraria, a lo que pueda ser una comprensión barroca de la Semana Santa.

Por tres veces he celebrado este tiempo en Andalucía. Dos de la mano de mi viejo amigo Miguel, benedictino navarro de Valvanera y El Paular que pasó quince años de párroco por tierras de Málaga, y ahora, retirado por el corazón, vuelve a ser monje, el P. Plácido, como siempre, en Leyre. Cuando estaba él de párroco en El Valle de Abdalajís, en 1979 celebré la Semana Santa en La Joya, pequeño, perdido pueblo, barrio más bien, lejos de Antequera, aunque pertenezca a su ayuntamiento, situado en la maravillosa ladera sur del Torcal; pueblo tan humilde y pobre que la iglesia era la misma aula de la escuela. Fue, por muchas cosas, inolvidable.

Entre otras, porque me dio ocasión de asistir en Antequera, por vez primera, a una procesión de la Semana Santa andaluza, la procesión del silencio la noche del viernes santo. Me quedé impresionado para siempre por la fuerza extraordinaria de lo que vi: La expresión de una profunda belleza estética, callada, anhelante, respetuosa, barroca, trágica en su complicada y bella simplicidad, que se convierte de manera natural en profunda experiencia religiosa personal y colectiva.

La segunda fue el año 1988 en Coín, en donde a su párroco, de nuevo Miguel, le acababa de dar un infarto. Corrí, cómo no, en su ayuda y celebré, junto a él, la Semana Santa en Andalucía por segunda vez. Inolvidable, de nuevo. Me extrañó entonces —aunque comprendí sus razones— la falla que separa de manera demasiado neta a los curas malagueños de las cofradías. Es un problema importante, pero no es la cuestión ahora. Viví por segunda vez la intensidad sorprendente en su barroquismo de la Semana Santa celebrada por los andaluces. Tan distinta a lo que es la sensibilidad con la que yo la vivo, pero a la vez tan rica, tan novedosa para mí en su profunda religiosidad. El que vivía por segunda vez me llegó hasta los escondrijos del alma. Aquello era también parte de mí mismo, una parte que se hacía lugar en mí. No sólo ya una experiencia de sobria belleza litúrgica que se hace religiosidad, sino también un desbordamiento en la experiencia estética del sentimiento que se hace igualmente experiencia religiosa desbordante.

Ahora, por tercera vez, estoy viviendo la Semana Santa en Andalucía, en tierras gaditanas, en Chiclana. Vivo en casa de unos amigos grandes, calle por medio del convento de las agustinas recoletas del Nazareno, de donde el jueves santo sale por la noche la procesión con el Cristo nazareno y la Dolorosa. Sale el Cristo por la puerta principal hacia la plaza. No se ve desde la azotea de mi casa. Pero luego, desde las ventanas de la casa en la que me encuentro, se ve la puerta lateral por donde sale el paso de la Virgen, cargada de luces y flores. Se la ve avanzar desde el fondo de la iglesia hasta la calle, apenas cabe por la puerta de salida, es una maniobra difícil y costosa, avanza hasta casi entrar por mi ventana, entonces los costaleros deben levantar a pulso el paso para cargárselo —prodigio de fuerza con peligro de que todo se venga abajo sobre ellos— y girar para seguir la línea de la calle hasta la plaza. Suena la música, tocada con primor por la banda de Chiclana, preciosa, compuesta precisamente para este momento, y los costaleros hacen mecer el paso de la Dolorosa, largamente, con un esfuerzo que parece ligero, con un genio emocionante, contenido, cuajado de diversidades sutiles, bellísimo. Se ve cómo estalla esa experiencia del sentimiento estético de la innumerable gente que se apiña en la plaza y en las calles. También en mí y en los amigos a los que acompaño. Una similar experiencia de emoción estética sentí y viví en la plaza de Anaya, junto a la catedral de Salamanca, la mañana de Pascua de hace dos años, en la procesión del encuentro del Resucitado con su madre.



Hay tradiciones distintas para vivir la experiencia religiosa. Una es la mía de origen, icónica, contenida, litúrgica; otra muy distinta la de los andaluces, barroca, callejera, exuberante, popular hasta la exultación. Pero en todas ellas se da el paso decisivo de una experiencia de belleza estética emocionada a una experiencia de profundidad religiosa emocionante. Porque la experiencia religiosa no es primordialmente una experiencia intelectual, ni una experiencia del deber, sino una experiencia inmensa de belleza, un en el que por el sentimiento de lo bello, adviene a mí, a nosotros, el sentimiento de la verdadero y de lo bueno. Porque, en Chiclana, como en Coín, en Salamanca, en la Joya o en Antequera, no es sólo sentimentalidad sin cauce lo que se derrama, sino sentimiento bellísimo de que se puede ser de otra manera, de que allá se nos muestra otra manera de ser y de estar en el mundo, de crear unos cielos y una tierra nuevos. Una manera en la que brilla la verdadera bondad. Una manera en la que se nos hace presencia viva la buena verdad de lo que pueden ser nuestras vidas si nos sumamos a la grandeza del . El derrame de la pura y mera sentimentalidad es peligroso en extremo, estamos de acuerdo en ello; pero aquí es sentimiento de belleza, de la belleza de un prodigioso, el de la pasión, muerte y resurrección del Señor, quien (Hebreos 5, 8).

Misterio profundo del que vivimos en Semana Santa.

Chiclana, viernes santo, 17 de abril de 1992  
(no publicado, por ahora)

## 28-. Sobre elecciones

No se preocupen, no voy a aconsejar al Gobierno el adelanto de las elecciones a una fecha propicia. No voy a dar consejas ni a usted ni a nadie. Ni siquiera me voy a echar el pego de señalarle a quién tiene que votar cuando llegue la fecha. Le supongo suficientemente mayor para saber qué deba hacer en ese momento, e incluso en cualquier momento. Si no es el caso, allá usted. Voy, simplemente, a hablar un poquillo con usted de la manera en que hemos vivido las elecciones totales o parciales de algunos de los países que nos rodean.

Comenzaré con un ejemplo curioso y sintomático. Sepa usted, por si acaso no llegó a leerlo, que nuestro Director General de la Guardia Civil me ha hecho saber a mí, y a quien quiso escucharle en una curiosilla entrevistas en un periódico del domingo, que sintió mucho que los conservadores ganaran las elecciones en Inglaterra, y que eso le parecía muy malo para Inglaterra y para Europa entera. ¡Sepan cuántos! Tamaño señor se toma la molestia de decirnos lo que no nos importa ni jamás hubiera debido decir, sea por decoro y decencia, sea por respeto al cargo por el que le pagamos los contribuyentes. Supongo que sabrá que las elecciones tuvieron lugar en todo el Reino Unido, no sólo en Inglaterra, y

los conservadores ganaron en el conjunto gracias al margen favorable de diputados que sacaron, precisamente, en Inglaterra, pues no ganaron en Gales ni en Escocia ni en Irlanda del Norte; ganaron con gran amplitud en la parte más industrial, poblada y rica del Reino Unido, precisamente. Supongo que estas cuestiones tan elementales, nuestro buen señor se las sabía, pero no era cuestión —supongo— de llenar demasiadas líneas de entrevista. Espero que no siempre sea así, y que sus opiniones sean más sabias y discretas en medios a los que pobres mortales como usted y como yo no tenemos acceso, reservados a personas importantes como él. ¿La ración de opinión rápida y pamfletaria quedará, pues, para la morralla?

Es cierto que cada cual puede tener la opinión que quiera sobre las elecciones británicas, con tal de que sea una opinión inteligente, si se trata de alguien con responsabilidad de gobierno. Pero no es seguro que sea así. Recuerden el ejemplo de la toma de postura casi oficial del presidente del Gobierno a favor del candidato demócrata Dukakis a las elecciones norteamericanas, que luego por amplísima mayoría ganó el presidente Bush. Una clara apuesta por el perdedor; una apuesta que ni sabía lo que allá se cocía ni venía a cuento ni tenía que haber emitido. Todos hemos visto luego cómo ha debido ponerse a bien con él. Entiendo que cada cual puede tener las opiniones que crea oportunas en política y en lo demás, pero no entiendo que personas que nos representan produzcan opiniones como las reseñadas. Son gentes a las que pagamos los contribuyentes. Y con ese crédito que les damos hay que ser muy sensatos y responder a los intereses que representan. Hagan lo que quiera, pero con su propio dinero.

¿Estuvieron atentos a las elecciones francesas, italianas, inglesas y las de dos estados alemanes? Me gustaría soñar calladamente con ustedes sobre cómo se nos dieron los resultados por la televisión del ministerio oficial de propaganda y por el que otro llama el periódico oficial. Hace tantos años que nos toman esos oficialistas por pequeños necesitados de precauciones oratorias al darnos las noticias que, de verdad, ya nada me asusta, ¿y a usted? Sueño, simplemente, con una televisión pública menos oficialistas, y sobre todo, con un gran diario inteligente, interesante e independiente. Otras músicas me llevarán a ese sueño.

Las elecciones francesas —complicadas— se desarrollaron en dos domingos. En el primero, elecciones regionales —gobiernos regionales—, proporcionales y a una vuelta; luego los elegidos nombraron a sus propios presidentes de región. En los dos, elecciones locales —diputaciones provinciales—, mayoritarias y a dos vueltas; en la segunda, sólo se votan los dos mejores clasificados en la primera y sale vencedor el que saque, sea en la primera vuelta o sea en la segunda, más de la mitad de los votos. Todos sabían, incluido Mitterrand, que los socialistas en el poder perderían con casi bancarrota las elecciones del primer domingo. Pero muchos creyeron que en la segunda vuelta toda la izquierda, independientes y verdes votaría a los candidatos socialistas. Mas no fue así.

La información oficialista nos habló de la invasión de la extrema derecha que anega el panorama francés —cuando perdió una pizca—, de la irrupción de los verdes y de que los ‘partidos tradicionales’ pierden posiciones. ¿Se enteró usted de que en las elecciones proporcionales a una vuelta los socialistas perdieron un diez y ocho por ciento, y que la derecha, aunque perdió a su vez un cinco por ciento, casi le dobló en votos? ¿Sabe usted lo que perdieron los comunistas? En seguida se insinuó que la derecha alcanzaría el gobierno de no sé cuántas regiones aliada con la extrema derecha, insinuando quizá que sean sus ‘aliados naturales’. ¿Sabe usted que no fue la derecha sino dos ministros del gobierno de Mitterrand los que salieron elegidos presidentes de región con los votos de la extrema derecha? Uno dimitió luego del gobierno y ahí sigue, mientras que el otro dimitió de la presidencia y ha vuelto a ser ministro del nuevo gobierno. ¿Sabe usted que en el cómputo global de las elecciones locales mayoritarias a dos vueltas la derecha sacó algo más del cincuenta por ciento y los socialistas el veinte por ciento? No, claro, de estas cosas la información oficialista no nos pueden decir nada, no sea que en su día se nos antoje también a nosotros hacer un juego similar. ¡Hasta ahí podían llegar las cosas! ¿Se nos tomará por niños que no podemos enterarnos bien de lo que ocurre en Francia, no sea quizá que ‘nos contagiemos’?

¿Vieron cómo, en las elecciones de Italia, nuestro oficialistas tenían más ganas de que perdiera la democracia cristiana y ganaran los socialistas de Craxi que de comerse una resma de ostras? Mas esta música se acaba.

Chiclana, sábado 18 de abril de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 27 junio 1992)

## 29.- Víctor Erice

Mi admiración por Víctor Erice —lo sabe ya quien me haya leído— es infinita. No le conozco. Sólo he visto de él su tercio primero de película en colaboración y luego sus dos únicas películas *El espíritu de la colmena* y *El sur*. Ha terminado otra ahora sobre la pintura de Antonio López. Durante años, tras ver *El sur*, tuve una carta escrita para él en la que le decía mi admiración absoluta por esa maravilla; pero no se la envié, pues nunca supe sus señas. Teresa Pellicer es culpable de que no pudiera ir con ella a correos, porque nunca fue capaz de conseguirme su dirección: está viviendo en un pueblo de Extremadura, está retirado en un molino, no sé dónde está, hace anuncios televisivos para seguir viviendo. Ahora soy yo quien no sé en dónde para aquella carta. Pero si algún día la encuentro de nuevo en la selva de mis papeles, y obtengo sus señas, se la enviaré.

He visto *El sur* dos veces en mi vida, en el cine, claro, no en televisión. La segunda vez viéndola sentí una emoción tan grande que

entendí que nunca más sería capaz de volverla a ver. Por eso, esta noche del 1 de mayo, cuando la den en la televisión, la grabaré en el video, pero no la veré. La dejaré ahí como un tesoro escondido.

Y no la veré esta noche, porque si de alguna película hay que decir que es obligado verla en la oscura sala del cine para que te tome por entero, para que te vacíes en ella hasta la hondura del alma, para que te dejes embargar por la emoción estética de la belleza sublime de los sentimientos que nacen en los colores, en las voces, en los paisajes, en los rostros, en lo narrado, en lo que llega hasta el propio sensorio del cuerpo y del alma, sin duda que esa película es *El sur*. Con ella me ocurre lo que me acontece también viendo *El acorazado Potemkim*, e igualmente viendo *Dies irae y Ordet*, como me acontece en *París-Texas*. Como me ha acontecido leyendo a Dostoyevski, a Bernanos, a Julien Green y a Éric Jourdain. Lo mismo que me acontece leyendo a Esquilo y a Sófocles.

Consiguen un derramamiento total de mis sentimientos estéticos y éticos. Esas obras han conseguido penetrar hasta una profundidad tan grande de mí que ni yo sospechaba siquiera poseer. Quizá porque son ellos los que recrean en mi mismo hondón ese mundo nuevo, que antes apenas si llegaba siquiera a ser un mero mundo posible. Y ellos consiguen en mí que ese derramamiento estético termine siendo incluso un derramamiento de lágrimas. Con ellos la experiencia del sentimiento se hace en mí tan poderosa que logran se me suelte por dentro una torrentera de lágrimas. Y no pienses que ando llorando en cada esquina. No pienses que cualquier acontecimiento me moja los ojos. Pero cuando la experiencia estética adquiere en mí una profundidad tan descomunal, tan decisiva, algo en el centro de uno mismo se anega en un sentimiento tan noble, tan fuerte, que las lágrimas acuden como un grito de sorpresa y de acción de gracias.

Una experiencia estética así nos hace mejores, porque nos hace distintos y consigue de nosotros lo que no sabíamos siquiera que estuviera ahí. Pero antes he dicho ‘recrea’ y no ‘crea’. Quizá lo interesante de esta experiencia estética a la que me refiero a propósito y provocado por *El sur*, no sea tanto que nos informe de novedades sobre la vida, el paisaje, la naturaleza humana o la historia, que desconocíamos; de aspectos de la vida de los que estábamos lejanos, enriqueciéndonos por tanto con melodías que no teníamos. Creo que ahí no está el punto clave de la experiencia a la que quiero referirme. Lo que era sin más un mundo posible en nosotros, pero que estaba ahí escondido, sin saberlo, sin que jamás hubiéramos reparado en él, se hace de pronto realidad en nosotros, porque los mundos posibles en los que apenas caíamos en cuenta, de los que no éramos conscientes y por tanto apenas veíamos siquiera como posibles, se nos reordenan —se nos ‘recrean’— de manera tal que todo se construye ahora como una realidad distinta, más consciente de sí, más rica, más llena, más abierta; una nueva realidad que se hace posibilidad de un futuro distinto, de un futuro mejor. Tal es el centro mismo de la experiencia estética. Y de ahí, ¿cómo extrañarnos que ante la avalancha de

lo que acontece en nuestro corazón, por tanto, fluyan en nosotros lágrimas de admiración, de agradecimiento, de pura alegría; puras lágrimas de gratuidad?

¿Será el arte, en su misma esencialidad, otra cosa que la experiencia a la que me refiero? Mejor aún, la expresión esencial del arte, ¿no será, precisamente, esta experiencia estética?, ¿no será esto lo que persigue el arte, lo que perseguimos nosotros con el arte? ¿No es el arte la creación por el artista de ese ofrecimiento del sentimiento en la obra que él ofrece, para que el espectador, recibiendo su creación, la haga suya, recreándola como certeza de un mundo nuevo que se le hace así realidad? ¿No será el arte, así pues, el camino en donde los senderos se bifurcan, los senderos que abandonando el mundo real nos llevan a deambular por los mundos posibles para convertirlos en mundo nuevo, mundo de realidad, por tanto, pero de realidad recreada, aparecida en nosotros? ¿No es el arte, así pues, una participación en la continuada creación del mundo, y como llevo dicho, una creación como recreación? ¿Qué de extraño tiene que el arte termine siendo icónico, una liturgia icónica, en donde aparecemos con el resplandor luminoso de la divinidad, que nos ha creado a su imagen y semejanza?

Si así fuera, en la obra de arte resplandecería la gloria de la creación como recreación. ¿Qué de extraño, pues, que en la fontalidad de esta experiencia, esté una alegría cuajada de lágrimas? Porque, es obvio por lo que llevo dicho, esta experiencia estética es también —como todas las humanas—, una experiencia del espesor de la carne. Y no tendría carnalidad si se quedara en una mera sentimentalidad externa, sino que aquí son esenciales las lágrimas y la acción de construir un mundo nuevo. De otra manera, esa experiencia estética no tendría espesor de carnalidad. Podría ser angélica, por tanto, pero en ningún caso humana.

El arte tiene aspectos diversos. Otros prefieren a Eurípides, no yo.

Viernes 1 de mayo de 1992

(*La Gaceta regional*, sábado 18 julio 1992)

### 30.- El porvenir del socialismo

“Reconstruir la izquierda”. Así se titulaba un artículo deseoso de volver a alcanzar un futuro que se escapa inexorablemente, aparecido en *Le Monde* del 11 de abril, firmado por Lionel Jospin, antiguo secretario del partido socialista francés y ministro de educación en el último gobierno del presidente Mitterrand. Ese mismo día, Daniel Vernet, director de relaciones internacionales del mismo periódico, dedicaba un artículo a “El fracaso del Partido Laborista ‘renovado’ ”. El *Financial Times* del 30 de abril escribía días después sobre la postura en que ha quedado este partido ‘renovado’ tras las elecciones británicas (véase un extracto en *El país* del 1 de mayo).

Algo está pasando a los socialismos europeos. Han perdido la hegemonía prácticamente absoluta que tuvieron durante decenios en Escandinavia. En Alemania, enfrentados a demócratacristianos endeble, no terminan de ganar elecciones, sino que consiguen perder junto a ellos. En Bélgica perdieron tanto como sus oponentes socialcristianos. Hace unos meses, en Portugal, perdieron estrepitosamente frente al gobierno conservador de Cavaco Silva, quien consiguió de nuevo mayoría absoluta. En esta música hemos escuchado lo que aconteció en Francia y esbozado lo de Italia. ¿Estamos en un momento en el que los partidos socialistas europeos son emergentes y se acercan inexorablemente al poder, o por el contrario se esboza más inexorablemente todavía el momento de una gravísima recesión, que les llevará, quizá, a desaparecer del mapa electoral en un futuro que tocamos ya con los dedos de la mano? El *Financial Times* respondía así: “El Partido Laborista debe reestructurarse o dejar vía libre a un partido más adecuado a las necesidades de los noventa. La reestructuración debe ser radical, quizá más de lo que los laboristas pueden tolerar”. ¿Qué pensar de este diagnóstico? Pienso lo mismo.

Oída desde aquí, puede parecer que es música celestial. Sin embargo, piénsese bien antes de creerlo. Hace muchos años que —en lo bueno y en lo malo— España no es diferente, y cada vez lo es menos. Lo que está aconteciendo y se plantea como problema grave en nuestros entornos va a acontecer enseguida aquí. Está ahí llamando a la puerta. Nuestros socialistas están en el mismo momento por el que los franceses pasaron tras el fracaso del socialismo duro del 81-83, que llevó su proyecto global a la bancarrota. Nuestro socialismo, por ir detrás del francés, no ha tenido ese trauma. O, quizá, ese trauma es el ‘guerrismo’. Si llegara a obtener las altísimas cuotas de poder que tuvo, sería la bancarrota fulminante.

Pero, ¿cómo lo olvidaremos?, el ‘guerrismo’ ¿no es una suerte de socialismo hispánico? No llegué jamás a verlo, pero sus esencias quedaron plasmadas en el ‘Programa 2000’, ¿se acuerdan ustedes? Está bien que los felipistas —que lo son todos porque es el ‘poder’, y lo serán mientras lo sea—, y sobre todo los serristas, los solanistas, los leguinistas y los solchaguistas, o quienes fuere, preparen el futuro. Pero ¿qué futuro preparan? ¿El futuro personal y grupal del disfrute del poder, puesto que siempre alguien tiene que ocuparlo, y ‘si nadie está, me propongo yo’?, su futuro en una palabra. O por el contrario, ¿un socialismo que entraña un verdadero programa ilusionante para la mayoría? Porque, una cosa es irse preparando para atender la gestión de una herencia anunciada, tomando posiciones estratégicas que le traigan a uno esa herencia, y otra muy distinta proponer al país una opción de futuro que atraiga los votos de una fracción grande de la población, sea porque ve una manera de gestionar los intereses propios de forma eficaz, sea porque con el programa son capaces de generar en muchos ilusión de futuro.

Pero ¿acaso no es el poder socialista en España cada vez más una máquina muy bien engrasada, capaz, por ahora, no tanto de generar expectativas, cuanto de ganar elecciones? Mas ¿será esto así por mucho tiempo? Nadie se llame a engaño. Esta situación, tal como hasta ahora se ha dado, va a durar bien poco. Puede ocurrir que las clases montantes, aquellas para las que se gobierna positivamente, opten por los socialistas porque vean en ellos los mejores gestores de sus intereses presentes y futuros. Pero, si así fuera, bastaría con un partido conservador, y esta evidencia terminará llevándose el gato al agua. Hasta ahora el partido socialista español ha gobernado por una alianza electoral entre esas clases montantes y las clases desfavorecidas en régimen de subsidios, como, por ejemplo, el del paro. Mas tal alianza contradictoria no es posible seguir manteniéndola. De ahí la insidiosa importancia que pueden volver a tener los ‘guerristas’, que siguen aportando a los segundos un cierto semblante de ideología socialista. Y si esa alianza ya no es factible, ¿qué programa ofrecen los ‘nuevos socialistas’? No vayan a creer, sin más, quizá por simple inercia, que el futuro sigue siendo suyo; eso es rotundamente falso.

¿Notan ahora la importancia tan decisiva que se ha dado en los medios oficialistas a una interpretación de las elecciones europeas y al crecimiento de los votos de la extrema derecha? El espantajo de ese crecimiento —que muchos analistas ven como meramente episódico— no va a valer a los socialistas para ganar de nuevo elecciones. ¿Han visto ustedes que, sociológicamente hablando, cuanto más rico y culto cada vez se vota menos socialista? Y España es cada vez más rica y más culta.

Nadie entre nosotros, pues, se llame a engaño. El problema que a los laboristas se plantea en Gran Bretaña o a los socialistas en Francia o en Italia, llama a nuestras puertas para hacerse también problema nuestro. Y quien no quiera verlo es que está políticamente ciego. El Partido Socialista español ¿tiene algo que ofrecer que sea consistente para los noventa? Si no, prepare sus maletas para partir pronto del poder que durante diez años ha recibido. No le bastará con estarse en donde está, bien anclado. Debe decirnos qué nos propone y, todavía, convencernos que eso es lo que todos ansiamos. Porque, nadie lo puede olvidar, los españoles comenzamos a saber que existimos y que podemos tener un proyecto común.

Viernes 1 de mayo de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 25 julio 1992)

### 31.- La historia del cosmos

Todo lo tocante a la astronomía es un enorme rompecabezas al que poco a poco se le va dando sentido. El astrónomo norteamericano Edwin Hubble, estudiando el corrimiento al rojo de la luz que procede de las

galaxias, más fuerte cuanto más lejos están de nosotros, había sugirió por los años veinte que el universo debía estar en expansión. Luego, por los años treinta, un profesor de astronomía de Lovaina, sacerdote católico, George Lemaître, discípulo y amigo de Albert Einstein, siguiendo sus consideraciones cosmológicas, ideó una hipótesis en la que el universo entero estaría en evolución expansiva a partir de una situación singular primigenia en la que toda la materia del cosmos estaría en un pequeño pelotón; la expansión se debe a que se salió de esa situación primigenia mediante una tremenda explosión de la que todavía dependemos. Era el modelo cosmológico del Big Bang. La hipótesis cosmológica se hacía en muchos aspectos tan cercana al comienzo del Génesis que el propio Einstein dijo a Lemaître: Nos van a achacar que planteamos estas hipótesis porque usted es sacerdote católico y yo soy judío. Pero la fertilidad de esta hipótesis quedó establecida hasta nosotros, y ha terminado por convertirse en la hipótesis cosmológica establecida.

Ahora bien, nadie piense que esta hipótesis es algo asegurado, como si hubiéramos descubierto al cosmos convicto y confeso de lesa explosión inicial. Nadie piense que los cosmólogos lo vieron. Simplemente —como la ciencia en general—, la cosmología es un conjunto sorprendentemente complejo de supuestos que se sostienen unos en otros y unos a otros, hasta formar un todo coherente. Lo que se sostiene es el todo. Las cosas en la ciencia se ven, además de con los ojos de nuestro instrumental con otros ojos que son tan importantes como éstos, si no más, me refiero a los ojos de la inteligencia. Bastaría que alguien tuviera la hermosa idea de pensar que la luz, en su largo caminar a través del cosmos ‘se cansa’, por lo cual con el paso del tiempo su correr deberá hacerse cada vez más cansino, para que todo el edificio que la cosmología de hoy ha montado como historia del universo caiga como castillo de naipes. Ahora bien, esto no puede acontecer, porque esa hipótesis de que la velocidad de la luz es una constante universal es el criterio fijo con el que Einstein pergeñó su Teoría de la Relatividad, sin la cual casi nada en la física moderna funcionaría.

¿Meras imaginaciones? No, en absoluto. Se trata de una elaboración rigurosa de criterios sobre los que se va construyendo con esfuerzos pasmosos de racionalidad el edificio entero de la ciencia. Luego vendrán, quizá, hechos que por ahora —ya veremos lo que pasa en el futuro cuando llegue— sólo podrán interpretarse dentro de esas hipótesis, en nuestro caso dentro de la hipótesis recibida del Big Bang o gran explosión inicial.

Por los años sesenta no era la hipótesis más en boga, pero en 1964 aconteció que dos astrónomos, Wilson y Penzias, jugando con un aparato de la Bell construido para escuchar sonidos procedentes de los satélites artificiales y que servía ya sólo para el desguace, escucharon un ruidillo de lo más extraño. Una vez que se convencieron de que lo que oían no procedía de interferencias debidas incluso a una pareja de palomas y sus excrementos, quedaron sumidos en enorme perplejidad. Lo que



escuchaban correspondía a lugares en los que, según los mapas de estrellas y galaxias, corresponderían zonas sin ningún ruido propio y además, para su propio pasmo, por todas partes escuchaban ese mismo ruido, el correspondiente a un ‘cuerpo negro’ de unos 3° Kelvin, por tanto originado por una radiación de una extraordinaria pequeñez. Perplejos nuestros científicos tomaban un día café cuando se encontraron con un grupo de cosmólogos que comentaban lo maravilloso que sería para su querida hipótesis de la explosión inicial que alguien captara un ruido uniforme por todo el firmamento que correspondiera a un ‘cuerpo negro’ de unos 3° Kelvin, que debería ser como los restos fósiles del enorme ruido producido por la gran explosión inicial. ¡Imagínate la sorpresa increíble de unos y otros al contarse sus respectivas historias! El Big Bang ganó de un golpe.

Desde entonces esa hipótesis cosmológica se ha hecho la ‘hipótesis recibida’, desbancando a cualquier otra. Pero los científicos no pueden parar en sus imaginaciones —¡y hacen bien!—; en los últimos años muchos cosmólogos se han lanzado a la búsqueda de nuevas hipótesis que sin dejar de lado una ‘historia del cosmos’, sorteen los problemas de la singularidad de un comienzo del universo en el tiempo. Además, siempre queda la cuestión de si esta manera de ver las cosas del cosmos no terminará siendo demasiado teológica, puesto que parece poner en evidencia al universo como creación, y eso no es bonito para quien quiere ser materialista.

Se pensaba en los desarrollos teóricos de la cosmología, que en el momento de la gran explosión inicial, ocupando toda la materia del universo un espacio tan diminuto, no pueden valer las leyes normales de la física, sino las leyes de la mecánica cuántica, y según éstas se han de originar fluctuaciones cuánticas extremadamente pequeñas, que explicarían la ruptura de la homogeneidad e isotropía, producidas 300.000 años después de la explosión inicial. Esas pequeñas fluctuaciones en la radiación de fondo darían lugar a fluctuaciones cada vez mayores que, por efecto de la gravitación universal, provocarían acumulación irregular de materia que daría origen a galaxias y estrellas. Pues si todo fuera homogéneo e isótropo, no sólo en las grandes dimensiones, sino en lo mediano y en lo pequeño, ni tú ni yo estaríamos leyendo el periódico.

Precisamente hace muy poco acaba de darse un nuevo ‘apoyo experimental’ a la hipótesis del Big Bang. El satélite llamado COBE, lanzado en noviembre de 1989, ha enviado una inmensidad de datos que finalmente han sido entendidos por científicos como una confirmación de esas fluctuaciones presentidas. Además, parecen apoyar la hipótesis de que más del 90% de la materia del universo resulta oscura, invisible.

Viernes 1 de mayo de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 1 agosto 1992)

## 32.- Se equivocan: así no es posible

Precedidos de este cartel salieron las manifestaciones convocadas el 1 de mayo por los sindicatos. Me gustaría reflexionar sobre lo que dicen y significan esas palabras. Ellos lo aplicaban al Gobierno y al plan de convergencia económica con la Comunidad Europea, sobre todo en lo que toca al decreto que reduce las prestaciones del subsidio de paro. Tocaban así un grave problema y un gran malestar en una parte de la sociedad española, precisamente la más desfavorecida. Pero no sé si los sindicatos tenían razón en la imagen de su protesta. Hablo aquí de ‘imagen’.

Grave problema. Estamos inmersos en un cambio notable para adecuarnos a las medidas de salubridad económica que la Comunidad Europea ha decidido para sus miembros. Son duras para nosotros, es verdad, pero quizá sería más duro todavía que nos desvinculáramos de ella o que ocupáramos un nivel de segundo rango por no ser capaces de llegar a unos mínimos de ‘sanidad’ económica global. Y son duras para nosotros, en parte, supongo, porque procedemos de un régimen económico que viene de largo con disfunciones y deficiencias muy graves. Recuérdense el mal funcionamiento atávico de las empresas públicas en nuestro país y el lastre fantástico que hemos venido arrastrando desde los mismos tiempos de Franco. Se tomó una equivocada política de nacionalizar por medio del INI industrias privadas que funcionaban mal, para inyectarles mal torrenteras de oro que salía del bolsillo del contribuyente. Ahora poner orden en este mundo es una cuestión de múltiples complicaciones.

Todo ello ha llevado, es evidente, a reestructuraciones drásticas en muchos sectores de la producción industrial. Y todavía falta no poco. Esto es una medida económica que todos vemos como absolutamente necesaria para sanear de una vez y de manera decisiva la economía española. ¿Qué hacer? Creo que los sindicatos aquí, cuya obligación es defender a sus sindicatos, no han optado por posturas inteligentes, porque han querido en lo que pudieran defender lo indefendible por encima de todo. Al menos en la imagen pública, pues todos sabemos que luego en lo menudo las cosas pueden ser muy distintas. Los sindicatos han tomado una postura de estirar el diálogo hasta el rompimiento y la huelga salvaje —contra el contribuyente, claro—, cuando se trataba de empresas estatales, y de ser perfectamente dúctiles con las empresas privadas. Lo segundo es, de cierto, una medida de infinita prudencia, puesto que si se cierran, se cerraron y ya está. Pero han tirado demasiado de la otra cuerda, pensando, quizá, que mamá-Estado tiene para todos, y al fin y al cabo su dinero al no ser de nadie es de todos. Ahora bien, eso es una política muy poco inteligente, decía. Porque el dinero que maneja la Administración es tan privado como el que maneja la empresa privada, pues al fin y al cabo aquél es el tuyo y el mío, y ahí no hay más habas que las que suenan. El dinero de la Administración procede de nuestros impuestos, es decir, de nuestros esfuerzos, y debe ser administrado con

exquisita prudencia y con inteligencia de lo mejor para el futuro, siempre dejándose llevar de un criterio imperioso de solidaridad, pero en ningún caso de mero derroche. El resolver mal las cuestiones aquí es, como muy bien dijo el ministro de Trabajo en el Parlamento—y sabéis lectores y lectoras que seguís mi callada música que el Gobierno no me paga, que soy inmisericordemente libre en lo que digo—, es pan para hoy y hambre para mañana.

La imagen que los sindicatos que gustan llamarse mayoritarios han dado, al menos, que me han dado, no ha sido buena. Ante algo que sabemos necesario, se han limitado a gritar, diciendo que el Gobierno se ha limitado a imponer. Ante el atajo al desmadre cierto en el que había caído una parte del subsidio del paro, que hacía insostenible la continuación económica del conjunto, se han limitado a gritar, diciendo que el Gobierno se ha limitado a imponer. Ante la situación gravísima por la que atraviesa la sanidad pública de la Seguridad Social, que se hace insostenible hasta tal punto que todos los entendidos saben que cuando llegue mi generación a la edad de jubilación —precisamente la que comenzó a pagar su cuota desde la primera hora de su trabajo—, la Seguridad Social estará en quiebra y nos quedaremos al humo de las velas. Aquí de nuevo los sindicatos se han limitado a gritar, y aquí el Gobierno todavía no se ha atrevido a imponer.

Son problemas graves, gravísimos, en los que nos jugamos como país un futuro mejor que tenemos al alcance de la mano, por nuestro trabajo serio y bien hecho desde hace ya muchos años. Y, si no me equivoco en la ‘imagen’ que los sindicatos mayoritarios me han dado, éstos se limitan a gritar ante todo ello. A gritar siempre. Gracias a Dios que el Gobierno y el Parlamento no están en sus manos. No tengo, ni mucho menos, la certeza de que estén defendiendo de la mejor manera posible y de la forma más inteligente los intereses de los más débiles, que los hay, y muchos. Defienden, quizá, más a sus afiliados y sus afiliaciones que una salida digna e inteligente ante los problemas que debemos resolver con bien.

Hablo de la ‘imagen’ que han dado, que me dan. Y esta es una imagen gritadora, poco dialogante, arrebatada, basta, que mira más bien a viejos tiempos de los que ya hemos salido hace tiempo, como si estuviéramos todavía en la transición, como si tuvieran que fomentar por necesidad un espíritu prerrevolucionario, de no se bien qué revolución. Y, para colmo, mi impresión es que no tienen en cuenta el criterio de la solidaridad. Quién lo iba a decir, pero me parece que el Gobierno tiene más en cuenta ese criterio decisivo de la solidaridad con el conjunto de la sociedad que los sindicatos llamados mayoritarios. Y esto no me parece bien. Entiendo que los sindicatos y las asociaciones profesionales un día se harten y se planten ante el Gobierno, como ha ocurrido en Alemania. No entiendo que la actitud de los sindicalistas sea pasar la vida entera hablando perrerías del Gobierno, sin más que decir. Quienes han perdido

imagen son los sindicatos. Tienen que cambiar en profundidad. Si no, ¡ellos sabrán!

Sábado 2 de mayo de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 8 agosto 1992)

### 33.- Escribir

¿Por qué escribo? ¿Para quién escribo? No es que me preocupen especialmente estas preguntas, pero me parece interesante responderlas, quizá de esta manera me aclare un poco sobre mi propio escribir.

Escribo porque me gusta. Me parece un gran placer éste de ponerse frente a un teclado para que las palabras vayan desgranando su sentido. Sin embargo, uno no se pone sin más ante el papel y comienza a escribir, como si fuera una fuente de la que mana el agua del arroyo. Ni mucho menos. Al menos para mí. Sólo puedo ponerme a escribir cuando las ideas se me sobran por encima de los oídos y se me salen por los ojos. Entonces es cuando los dedos comienzan su importante trabajo. Lo que digo no significa, casi nunca, que las palabras hayan revoloteado primero por mi cabeza y luego vayan saliendo fluidas por los dedos. Es verdad que en alguna ocasión es así, en parte, en alguna frase o cosa parecida, aunque suele ocurrir cuando lo que recorre el interior hace de bandera o signo decisivo de lo que se quiere decir. Normalmente es una idea lo que me ronda primero por la cabeza, algo que querría decir y que no sé muy bien, o al menos no sé del todo, qué es. Sólo cuando los dedos se ponen a su labor es cuando voy sabiendo más o menos perfectamente lo que quiero decir, y mirando hacia dentro, se hace claro lo que allá revolaba. Sin ideas no es posible ponerse a escribir. Sólo con ideas no es posible tampoco ponerse a escribir. Pues escribir es una unión, cuanto más perfecta mejor, entre las ideas y el acto mismo del escribir en el que fluyen las palabras con su complejidad intrínseca y van dando sentido al decir.

Digo ideas, pero no son sencillamente conceptos, aunque también los haya, pues son muy importantes las imágenes, el qué decir. Hay algo que quiero decir, pero ese algo no es una realidad hasta que no se ha dicho, y este último es, evidentemente, un decir en palabras. Sólo cuando quiero decir algo, sólo cuando me he hecho una idea clara de qué es lo que quiero decir, sólo cuando tengo una imagen clara de la cuestión, sólo entonces los dedos comienzan su larga fluencia. Y sólo entonces lo que digo es lo que quiero decir. Hasta tal punto, que ya nunca oso ponerme a escribir sin saber qué quiero decir, sin tener una idea clara de lo que voy a decir, sin saber qué es lo que quiero decir. No oso hacerlo ni escribiendo ni hablando.

Hace meses arrastro una ponencia que deberé presentar de aquí a un mes. Habíamos concertado terminarla y enviarla previamente, ya hace dos meses. Daba vueltas a las cosas en la cabeza, pero nada salía. No tenía

claro qué es lo que quería decir. Me ponía al teclado y no me salía ni la i. Inicié un procedimiento nuevo. Tengo una diminuta grabadora. Esperaba en la estación de San Fernando al tren —que llegó con retraso, claro— y me puse a hablar. Monté en el tren y seguí hablando. Llegamos tarde —¡claro!— para tomar el AVE y esperé en la estación de Santa Justa de Sevilla tres horas. Y seguí hablando. Monté en el AVE —¡magnífico!, ya hablaré de ello— y continué hablando. De esta manera me salió en palabras, como cavilación conmigo mismo. Es un método nuevo para mí. Seguramente así preparé el borrador primero de mi ponencia, entre exclamaciones, silbidos y el tracatrá del tren —¡no del AVE!—. Veremos si sale el procedimiento, que no es más que el de siempre, pero ayudado por alto con la grabadora.

Para escribir, para hablar también, debo tener algo que decir. El acto de hablar es como el de escribir, pero con una espontaneidad mayor. Por eso una conferencia, al menos para mí, jamás puede ser algo leído, sino hablado, en donde las palabras van fluyendo para dar sentido a lo que se tiene en la cabeza. Y si no tengo nada en la cabeza, lo mejor es callar.

No es por dinero por lo que escribo, no. Con todo lo que he ganado en mi vida como escritor no pago los libros que he comprado desde el último enero. No se me ha dado la capacidad de convertir en oro lo que toco, no.

¿Para quién escribo? Para ti. Me apetece mucho ponerme en contacto contigo, a quien no conozco, a quien apenas conozco, a quien, quizá, algún día he de conocer, para decirte una serie de cosas que tengo dentro y quiero comunicarte con el ejercicio de mis dedos y luego el de tus propios ojos. Es como un diálogo callado contigo. Como si habláramos por lo bajo, en confidencia y en susurro. Me fío de ti, y hablándote te escucho. Para iniciar un diálogo de verdad, por fin, en un país en el que normalmente todo es diálogo de sordos y de mudos. Porque me fió de ti y de tu opinión, por eso me atrevo a darte la mía, a conversarla contigo. Por eso mi música es siempre una música callada, que no busca ni fanfarrias ni zarandajas, sino que busca tu oído para llegar a tu inteligencia y a tu corazón y, allí, entablar diálogo abierto. Conversamos. Conversemos.

Luego estas pequeñas páginas de música las fotocopio y se las envío a amigos que de otra manera no las leerían. Y es ésta, también, una razón importante de mi escribir. Porque así sé que ellos las leerán, y entraré igualmente en conversación con ellos. Soy muy mal escritor de cartas. ¡Me cuesta demasiado escribir! No tengo tiempo para todo. Debo hacer sólo una cosa cada vez. Por eso, envío fotocopia de estas notas a amigos y amigas que están lejos. Se quejan a veces de que no las acompañe con una carta de mi puño y letra. Pero, cómo, Ana María, no te diste cuenta que las fotocopias de mis notas estaban escritas de mi puño y letra.

Hace años me impresionó mucho saber que Xavier Zubiri no escribía cartas, porque había tenido que decidir entre la correspondencia y su obra. Y optó por su obra. El hizo bien. Para mí esto es, quizá, una trampa, pero es que no me caben todas las cosas a la vez en la cabeza. Conozco a

uno que si tiene que dar una conferencia a las ocho, está en sus trabajos, distintos, hasta las ocho menos cinco, coge corriendo el coche y los papeles y a las ocho comienza su conferencia. Paul Ricoeur, en cambio, tiene que mirar una y otra vez sus ideas y papeles largamente antes del comienzo. A mí me pasa lo mismo, pero desgraciadamente mi cabeza tienen menos cabida que la suya. ¡Qué le voy a hacer! Tendré que aceptarme como voy siendo.

Sábado 2 de mayo de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 15 agosto 1992)

### 34.- Andalucía

He pasado doce días y sus trece noches en Chiclana, en casa de mis amigos Juan y María, junto con Jesús y M<sup>a</sup> del Mar, Emilio y Salvador, Juan José. Estando con ellos, han conseguido que esté también deliciosamente hermanado conmigo mismo y con la luz esplendorosa de esa tierra. Gracias.

Desde hace muchos años, junio de 1969, conozco Andalucía, la parte Oriental, sobre todo Granada y Málaga y sus inmensos paisajes. En Granada se casó mi hermana M<sup>a</sup> Pilar, y he estado en muchas ocasiones en su casa —¡demasiado pocas!—; por Málaga estuvo quince años mi amigo Miguel, antes y ahora el P. Plácido. Creía haber visto ahí la tierra más bonita de todas, la que más me ha emocionado. Pero ahora estoy en confusión y perplejidad: he conocido Cádiz. No la ciudad, porque varias harturas de fritura me hicieron reposar en casa desganado en lugar de ir a verla.

Estuve en Chiclana casi todo el tiempo, sin salir, escribiendo cosas calladas, queriendo pensar en mi ponencia. Yendo un atardecer a la playa de La Barrosa, inmensa, vacía, maravillosa, con el sol poniente sobre la isla con el castillo y los restos del templo de Hércules, quedé sobrecogido por la unión final del cielo abovedado con la tierra horizontal en la línea de luz del sol, al que, incluso a punto de desaparecer sobre el horizonte de la isla, no podía mirar. Un día fuimos a Jerez de la Frontera; fui, sobre todo, para ver la Cartuja. Sólo estaba abierto el primer patio; era Sábado Santo. Lo sentí porque me encantan las cartujas, por su arquitectura y por lo que significan. No me molestó ni me apené; me solidaricé con los cartujos en ese día. Además, en aquél patio abierto me encontré con Jesús, el librero salmantino, mi amigo. El paisaje me estremeció de alegría por su belleza. Era comienzo de primavera y su belleza estaba tintada de verde claro. En San Lucar de Barrameda quise quedarme para siempre. Esto sólo me ha pasado en Granada, en Roma, en Viena y en Londres, y en Salamanca, claro, donde estoy. Qué hermosura. Mi prima Rosario ya me lo había advertido; pero no podía imaginarme que tuviera razón hasta ese punto.

Otro día, con un coche que me prestaron, corrí a Sevilla. Ciudad que dicen embrujada, pero a la que conocía mal, apenas de paso. De entrada fui a la Expo. Me tintaron la mano y la entrada para que pudiera volver al recinto de la feria. Paseé por la ciudad en la calma calurosa ya del mediodía. Volví a la exposición. Me di cuenta de que aquella tintura de la entrada y de la mano no señaló ninguna lucecita en el aparatillo, pero, claro, con buen criterio y sin decir nada, el buen hombre me hizo pasar.

No soy amante de ferias y, sin embargo, la de Sevilla me cautivó. Voy a decir por qué. Porque junto a la entrada por la que llegué, me topé con el pabellón de la Santa Sede. Me pareció insólito encontrarme con él y quise entrar diciéndome: Que tendrán ahí esos chocholos. Allá estaba, junto al pavo real de la India, idea extravagante y llena de encanto, diseñado por el arquitecto Pellicer, hermano de Teresa; entonces todavía no lo sabía. En el primer lugar que entré, pues, fue el pabellón de la Santa Sede. Me quedé sorprendido, pasmado, entusiasmado. Estaba dentro todo lo bello. De un diseño espectacular; luego me he enterado que, evidentemente, se debe a Velicia y los de *Las Edades del Hombre* —la mejor exposición que ha habido en España—, y que fue hecho a las prisas —¡benditas sean!—. Un contenido emocionante. Jesús me había pedido noticias sobre los arcángeles arcabuceros de la catedral de Salamanca, y allí estaban. Todo, pero sobre todos un Caravaggio. Un placer sin par de los sentidos. Carne enmemoriada.

Me cautivó la arquitectura del conjunto. Me cautivó la gente. Me cautivó el paseo larguísimo por la feria y por la ciudad: nueve horas, sin parar, sin sentarme, comiendo simplemente un bocadillo en el pabellón holandés. No quise hacer otra cosa que pasear hasta quedar extenuado por la belleza. Tenía que liberarme, además, de la pretenciosa y horripilante fealdad del pabellón francés. No pude entrar en el pabellón español, había demasiadas colas; ni en el japonés. Pero vi el hielo y me gustó. Muy desgraciadamente la Cartuja misma estaba cerrada; se abre, me dijeron, el 19 de mayo. Tendré que correr alguna otra vez para verla. Y, sin duda, ella es lo más bonito de todo el recinto al que da nombre.

Al día siguiente, ya el último, fui a Zahara de los Atunes para ver a Antonio García Madrid, que estaba allá con los suyos. Fui con tiempo, en el coche prestado. Subí a Vejer de la Frontera. Pasé por Barbate. Luego fuimos hasta Bolonia. Dios mío, qué sitio todo ese conjunto. Espacios abiertos hacia el mar y hacia la tierra. Por el mar cerrados sólo por barcos que invitan hacia una América por descubrir y un Trafalgar que recordar. Por tierra, abiertos a colinas puntiagudas y a lo lejos la sierra traslúcida. Allí el pálido verdor de la primavera deslizaba con prontitud hacia espigas endoradas. Bellísimo espectáculo. La horizontalidad de ese color, la planicie del mar, la luz pálida y refrescante que emanaba del cielo —para suerte eran días muy claros, pero un poco difusos por una ligera neblina fruto del levante—, todo convergía hacia el descubrimiento de una verticalidad divinizadora. Aquello, ciertamente, es la tierra de María Santísima.

Volví en tren. Desde Sevilla en el AVE. El de Cádiz llegó tarde. Un empleado amable me cambió el billete. Era de turista y me lo dio de club, por las molestias. Fue de una extremada cortesía. Se lo digo yo que he tenido broncas épicas con empleados de Renfe: algo está cambiando. Algo ha cambiado y me parece que de manera definitiva. La Exposición de Sevilla y el AVE son la puerta de entrada en una España diferente. Había ya muchas personas, cosas, empresas e instituciones que estaban en el umbral del por venir, del siglo XXI. Ahora tengo el convencimiento de que es más. Estamos a disposición del futuro. España ya no es un país de botijo y pandereta, sino que emerge entre nosotros, realizada ya, una esperanza de que somos capaces de pactar con el futuro sin renunciar a lo que somos, incluso apoyándonos, precisamente, en lo que somos. Y uno de los futuros más anchos de España está en Andalucía, la nueva California.

Domingo 3 de mayo de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 22 agosto 1992)

### 35.- El último, puchi

Cuando en Bilbao un chaval o incluso cualquiera de fuera del grupo de los propios chavales pero dirigido a ellos grita: “El último, puchi”, todos los demás corren con todas sus fuerzas para no llegar el último y ser puchi. ¿Qué es ser “puchi”? Nadie lo recuerda, o al menos ninguno de los chavales que corren hasta extenuarse lo sabe. ¿Correr para llegar a dónde? ¡Ah!, eso no importa, pues lo único importante es salvarse del desastre y de la vergüenza. Pase lo que pase, hay que correr para no llegar el último. A donde sea, ¿qué más da? Lo terrible tras el grito es llegar el último y ser “puchi”. No veas las carreras que dan los chavales para no ser eso que no saben muy bien qué es y para llegar a un sitio al que nunca habían pensado llegar, pero que abrazan como tabla de salvación, con tal de no haber sido el último en aquello que se gritó. No veas la enorme desolación que alcanza al chaval que, por descuido o por correr menos, todos los demás, por ser el último, le llaman: Puchi, puchi, eres puchi.

Pues bien, el “progresismo” entre nosotros fue una especie de “puchi”. Parecía que se gritaba entre nosotros: Puchi el que no sea más progre. Tampoco se sabía muy bien qué significaba eso de ser progresista, pero bastaba que se escuchara el grito ritual, para que las carreras en desbandada, sin saber muy bien hacia donde se iba, se hicieran casi compulsivas, alocadas. Nadie quería dejar de ser “progre”; como entre los chavales de Bilbao, nadie quería ser “puchi”. Bastaba, simplemente, con que alguien dijera: Es “progre” el que haga esto o diga eso o vaya en esa dirección, para que, al punto, todos los chavales de la cuadrilla, de la transición y del cambio, corrieran desafortunadamente para que nadie les cogiera en el crimen de lesa majestad de no ser “progre” y, por tanto, de ser “puchi”. Era cándido preguntar hacia dónde se corría y por qué



razones se corría de esa manera. Más que cándido, puesto que quien preguntaba eso, al punto era señalado con el dedo de todos y todas las voces al unísono le gritaban para su terrible oprobio: Puchi, puchi, eres puchi.

No es seguro, ni mucho menos, que progresista significara lo mismo que liberal, y el progresismo se identificara con el liberalismo. No, era algo mucho más visceral, cargado de tripas. Se quería ser progre por encima de todo, o mejor aún, cada quien era capaz de hacer lo que fuere necesario con tal de que nadie le tildara de que no era progre. Si a uno le decían que no era guapo lo llevaba mucho mejor que si le decían que no era progre. Ser progre era la aspiración máxima. Como si se saliera de algún escondido sitio del que todos querían huir por encima de todos y de todo. Ser progre era, así, no ser de allí de donde se partía; quizá la muestra más fidedigna de que no se era franquista y la prueba del nueve de que nunca se había sido. Quizá era por esto por lo que había la enorme cantidad de gente que necesitaba exteriorizar ante el resto de sus circunvecinos que era progre.

Una persona al que he terminado por tenerle una gran simpatía, Francisco Fernández Ordóñez, era casi el prototipo pintiparado de ese progresismo al que me refiero. La verdad es que, al menos en él, ya pasó, y con el paso del tiempo se ha convertido en uno de los políticos que han conseguido un mayor cariño por parte de todos, porque ha terminado siendo de una honradez insobornable. Y ahora, mirando hacia atrás sin ira, comienzo a ver toda su trayectoria desde el tardofranquismo —con el que estuvo muy vinculado— con gran simpatía. Pero, lo reconozco, durante no poco tiempo, lo acabo de decir, fue para mí el abanderado de los niños-puchi, pues bastaba que alguien dijera “el último que llegue a tal sitio es puchi”, para que al punto una legión de gentes, capitaneadas por Fernández Ordóñez dijera al punto “y yo más”, antes de iniciar una veloz carrera para llegar el primero a ese lugar.

Comprendes, pues, benévola lectora, amable lector, que, mirando hacia atrás, no veo ahora con demasiada antipatía a los que corrían para no ser puchis. Con el tiempo, lo he comprendido más bien como una necesidad compulsiva de nuestra propia historia interna. También es verdad que ahora está de moda el reírse de los “progres”, y ésta es la manera actual de no ser puchi. Lo triste es, quizá, cuando el juego se alarga demasiado y sus jugadores no son ya chavales. Lo tristísimo es cuando hoy en día todavía ve uno a alguien que sigue jugando a ese juego de ser más progresista o, simplemente, de ser progresista, pero sin dar ningún contenido concreto a ese deseo. Eso acontece, para desgracia suya, a los viejoverdes.

Qué sabio el juego, tan serio, de los chavales bilbainos —nosotros no decimos bilbaínos—, es una manera deliciosa de grupalidad, de emulación, de andarse siempre de correrías, de nunca quedarse indomablemente fijado en un lugar o pegado correosamente en una opinión, sino saber siempre que todo —bueno, casi todo, porque tenemos

ya mucha música escuchada— es relativo, sin por ello caer en el escepticismo de los que han llegado al final de la mala vejez y se dicen a sí mismos: Que me las den todas juntas, a mí que me va en ello.

Al final el grito grupal de “El último, puchi”, termina siendo lo que es entre los chavales bilbaínos, un grito endiablado de juguetona juventud, una manera de ir tomando posiciones en la vida, de sentirse solidario y de hacer propia esa solidaridad.

Al terminar con esta música, me han entrado ganas de investigar un poco qué demonios puede significar eso del “puchi”, y me he ido a donde debía, es decir, a mirar el encandilador *Diccionario Etimológico* de Joan Corominas y José Antonio Pascual. Sus deliciosos y sabios autores indican que puches-puchas son las gachas; que en el Oeste de Navarra tiene el sentido de “borona”; que en Bilbao se sigue empleando “pucha” por “cuajada”. A esto añado que en Bilbao, en el colegio, a Urraza, un amigo muy majo, de pueblo y brutote, pero encantador, le llamábamos “Borono”. Una señora muy mayor, Gabriela, a la que consideré como mi tercera abuela, manchega de Torrenueva, cuando se enfadaba, es decir, casi nunca, decía como máximo signo de enojo: ¡Pucha!

Domingo 3 de mayo de 1992

(*La Gaceta regional*, sábado 29 agosto 1992)

### 36.- Ser universitario

Durante más de un año participé todos los lunes por la tarde en el programa con ese título de Arturo Merayo, estupendo profesional de la radio, profesor como yo en la Universidad Pontificia de Salamanca. Apenas nos conocíamos cuando me fichó. Sólo conocía entonces a Fernando Gordón, a través de la Residencia Tomás Luis de Victoria. Fue un buen fichaje; conocí a Arturo y a un delicioso grupillo de estudiantes de su Facultad de Periodismo que con él hacían el programa. Viéndole a Arturo, sobre todo, pero también a Fernando y a las otras gentes, aprendí todo lo que sé. Además, me encandilaron para siempre.

Curiosa cuestión. Todo el mundo está con la oreja pegada al altavoz, pues desde el mismo día en que me estrené, cantidad de gente me dijo: Te he oído por la radio. No pocos que conozco nos oían regularmente. Y lo que dice uno por ella cala más que los gruesos mamotretos que uno escriba, mi diversión principal, quizá porque éstos siempre se indigestan.

Hablar por la radio me ha encantado. Una vez perdida la mirada vaga que le entra a uno por los ojos con un micrófono delante, que vuelve más espesas las palabras y consigue que las ideas se arrecujan en lo más escondido de la lengua, las cosas en la radio comienzan a ser bellas. Se me pasó enseguida esa aflicción: nunca me lo tomé en serio —gracias a Dios, nunca me tomo nada en serio— y jamás me puse esos horripilantes cascos que le hacen a uno ser un marciano. Hablar por la radio es un placer

extraordinario en el que me he encontrado a gusto, lleno de jugosa espontaneidad, con una ganas alocadas de chanfainear y decir lo que me parecía con sencillez y claridad, con una palabra hablada, no leída, evidentemente, fruto de un clima cálidamente acogedor que allá en el estudio se había conseguido por parte de todos los componentes del grupo.

Pues bien, resulta que hasta Vicente Muñoz, colega en la Facultad de Filosofía, me escuchaba, cuando yo le creía engolfado en abstrusos y viejos papeles en los que se dejó escrita la historia de la lógica medieval salmantina. Al parecer, pasaba los días y las noches espionando el momento en que me aconteciera hablar por la radio. Me hizo mucha ilusión cuando me lo dijo. Seguro que quería ver mis bigotes por la radio, pues ellos y las integrales son su envidia.

Entiendo que el tipo raro debo ser yo. No oigo la radio jamás fuera de los noticiarios de la mañana —muy temprano, como quizá recuerden los asiduos que escuchan mis calladas notas— y luego la dedicada por entero a música clásica. Debo ser el único del globo que no vive englobado por las ondas hertzianas. En fin, qué le voy a hacer, lo habré de llevar con paciencia. También es verdad que debo ser muy raro, porque prefiero la música de Bruckner o de Olivier Messiaen a la de los Hombres G o Quita de ahí que me han pisado el callo. Qué le voy a hacer, insisto; con la mía lo paso muy bien, con la otra, me sobrevienen al anochecer grandes bostezos acompañados de lágrima que enseguida me derrumban en la cama.

Por eso, ¿cómo me podía entender con Alejandro Fierro —tan preciso, tan imaginativo, tan cáustico, tan tierno—, él que siempre correteaba en busca de esas extrañas músicas, a las que, según decía, nunca podía encontrar, pues los apoyos oficiales y privados favorecedores de esa música eran del espesor del silbo?, ¿qué le habría tocado decir de la mía? ¿Cómo estar de acuerdo con Marian Valverde, que siempre jugueteaba dándome tirones de pelos? ¿O con Celia Sánchez y Pat Campo que pasaban el tiempo en languidez ligeramente fuera de sí, denotada por una cierta gran apertura de los ojos, nunca supe si con asustamiento producido por nuestra causa o por el terror microfónico? ¿Cómo estar de acuerdo con Carlos Vicente y Luis Miguel Pedrero, tan grandes profesionales ya desde ahora, dedicados con inmensa eficacia al cine radiofónico, a quienes —quizá porque todavía no tienen maduradas hasta el hartazgo como yo las tengo las calzas verdes del ver y sentir en la oscura sala— se les olvidó —para mí imperdonable pecado original del gusto referido al cinematógrafo— ensalzar por encima de cualquier película no tanto *Telma y Louise* —que yo no he visto—, como, evidentemente, *El sur* —que ellos han visto poco—? Con todo y con eso, aunque deben aceptar la profundidad de mis críticas, ¡qué bien lo hacían! Por Dios, qué digo, ¡qué bien lo hacíamos! Delicioso también hablar de continuo durante el programa con Rafael Francés.

Con discreción, a partir de un cierto día, me fui. ¿Por qué? Debe ser un rasgo de mi carácter. Pero también porque a mí me acontece lo que le pasaba al antiguo presidente Ford: sólo podía hacer una cosa cada vez. Es curioso, pues todos coinciden en que ha sido el presidente más culto de los Estados Unidos. Pero el pobre tenía una gran desgracia, si saludaba en lo alto de la escalerilla del avión, no podía a la vez comenzar a bajar, porque terminaba siempre por los suelos. Si hablaba, no podía pasear a la vez, porque se tropezaba. Si reía, no podía mascar chicle, porque se le caía de la boca. En fin, rasgos éstos que, con el paso del tiempo, me lo han hecho entrañablemente cercano, pues a mí me pasa lo mismo.

No puedo callar en estas notas y susurrar palabras por la radio a la vez. A mi pesar, pues, tuve que optar por hablar por este micrófono y dejar de Ser universitario. Claro, todos pensaban, seguramente, que yo iba a la radio, y ya está. Lleno de mi natural encanto y espontaneidad, todo salía como el agua de la fuente. Pero, ya lo sabes, eso al menos a mí no me acontece. Entre pitos y flautas, unos minutos de radio en la tarde del lunes me arrancaban la tarde entera. Comenzaba a no tener tiempo para nada, y cuando el tiempo se estira por entre las manos, lo mejor es cerrarlas y encerrarlas, para que algo quede. Además, si alguno sobraba allá, por mil razones, ése era yo, evidentemente. Y no digamos el reguero incesante de libros que debía comprar y leer, simplemente para decir los lunes por la tarde cuatro calzonzilladas deliciosamente pequeñas. Y aprendida la puerta de salida, cuesta más encontrar la de entrada.

Jueves 7 de mayo de 1992

(*La Gaceta regional*, sábado 5 septiembre 1992)

### 37.- ¿Constante con los aspectos negativos?

. Me decía a altas horas de la noche mi amigo Miguel Ángel Ruiz de Azúa en el *Oliver*, refiriéndose a mi callada música. Charlábamos un grupo de viejos amigos lovanienses: Teresa, Laura, Antonio y M<sup>a</sup> Luisa, Carmen y César. Siempre nos convoca Miguel Ángel; hasta cuando llego yo desde la lejanía. Teresa me insinuó lo mismo, y creyó redescubrir en mis notas una veta anarquizante. Lo que me plantean mis amigos me cala muy hondo.

Tengo una manera central de ver las cosas en lo tocante a nuestra sociedad: la defensa de la sociedad contra el poder absoluto del Estado —un Estado que, ya sabes lector mío, es sólo estado—. En esta particular manía está la clave de mi respuesta. ¿Por qué? Porque la postura que sostengo como central es la causa —quiere serlo, al menos— de mi posición en lo referente a asuntos que tocan a la política ciudadana.

Es bueno, además de ser constitucional, que existan partidos políticos y que haya gentes que se afilien a ellos, aquellos que tienen aspiración a incidir en la toma de decisiones de la cosa pública, compartiendo proyectos y objetivos del partido al que escogen

pertenecer. Ahora bien, no pertenezco a ninguno, aunque luego en las elecciones voto a quien mi buen entender me dicta en cada ocasión. Creo que es bueno para mí —para mí personalmente, sin querer que esta actitud sirva de norma para nadie, ahí queda para que la tome quien le plazca, claro— no pertenecer a ninguno, sino estar expectante ante ellos; libre con respecto a ellos.

Me acontece esto en todas las circunstancias de la vida; de ahí, quizá, mi veta anarquizante, como me insinúa Teresa. Creo que las razones y el lugar en el que se está, la realidad que nos va siendo es lo que determina el conjunto entero de las opiniones de cada hoy. No sé si esto es ser intelectual ni me importa; el nombre más bien me disgusta, al menos si se me aplica, pero ni esto tiene importancia. Es la mía una actitud de base, de libertad absoluta para afrontar el contenido cambiante de las razones de cada hoy, procurando mantenerme en línea de continuidad —cambiante también— de lo que fui y de lo que aspiré a ser, de lo que quisiera ser; de lo que fuimos y de lo que quisimos ser, de lo que queremos ser mañana.

A lo único que quisiera apegarme aquí es a lo que me gusta llamar “razón práctica”, y en ningún caso a una (mera) “razón teórica”, que en estos terrenos es lo que más se aproxima a una toma de posición ideológica, es decir, a la ideología corriente y moliente. Daría ésta lugar a un sistema preestablecido de preguntas y de sus soluciones, recibidas de antemano, resueltas en lo esencial de una vez por todas; cambiantes sólo en lo accidental. Sería como un cuadro de pensamiento que encuadraría la acción política en un marco inmóvil —o casi—, fijado de antemano. En estas fijezas no creo. Y en estos terrenos quiero ser montarazmente libre, puesto que quiero ser seguidor de mis propias razones, sobre todo —gracias a Dios— cuando no tengo razones que me apeguen más de lo que sería razonable a un cierto tipo de razones prefijadas de una vez por todas.

Esta libertad, es evidente, no me impide equivocarme, pero me empuja a no estar de acuerdo con quienes, gobernándonos, tengo razones particulares o generales para discrepar. Deberé hacer aquí una distinción. Discrepar en aquello que no comparto con nuestros gobernantes o con los que tienen esperanzas de gobernarnos es mi elemental obligación, empujado por las razones de mi discrepancia. De aquí, quizá, una cierta negatividad, sobre todo frente a quienes nos gobiernan con los hechos —los gobernantes— y no con los deseos —los que aspiran a gobernarnos—. Pero en ningún caso es una discrepancia desde otro lugar que el de mi propia libertad, desde las propias razones que me la consiguen. No es la mía —no quiere serlo— una labor de zapa o la introducción de ningún caballo de Troya tras las líneas enemigas para vencerle desde una postura política de partido. No soy de nadie, sólo soy de mi mismo, pero tengo opiniones asendereadas. Y produzco —o quiero hacerlo— las razones de mis opiniones. Es verdad que ocurre demasiado, para mi desgracia, que no lo consiga.

Lógico es que en estas circunstancias la crítica negativa vaya más bien a quienes nos gobiernan. Todos lo sabemos: hasta que se abrió no hace mucho la veda, quizá porque se olieron tiempos políticos distintos, los grandes criticadores de los ochenta no criticaron a quienes detentaban ningún poder, ni al poder político ni a los banqueros ni a los militares ni a los dueños de los medios de comunicación, se limitaron, con gran cara dura, a criticar a los obispos, por así decir. Cuando uno dice lo que piensa y expresa sus críticas, no es bueno que dé la extraña casualidad que jamás se critica a alguien que tenga poder real. Eso no es sino plegamiento a la voluntad del poderoso. Y Dios nos libre de pensar y bailar al dictado de los poderosos. Siempre ha sido así, no veo razón para que ya no lo sea.

No entiendo de muchas cosas; no soy especialista de cuestiones políticas ni sé aportar soluciones técnicas a muchos de los problemas que deben solucionar los políticos. Pero tengo criterios de acción y de juicio; pero encuentro deseables ciertos fines y me parece adecuado reflexionar razonablemente por la mejor manera de caminar hacia ellos. En el ejercicio de mi libertad, acepto como una obligación formarme opiniones razonables sobre cuestiones que considero interesantes y, en cuanto pueda, quiero expresarlas calladamente.

Una de mis inquietudes mayores en estos últimos tiempos es la desmoralización colectiva en la que hemos caído. Y ello tiene que ver con una des—moralización en cuanto que hemos sido des—moralizados. Son muchos los factores que han incidido ahí, pero, indudablemente, uno de los más importantes ha sido la acción de gobierno de quienes nos gobiernan desde hace diez años. Esto me parece no sólo preocupante, sino muy grave. Y, ahí, la negatividad no procede de mí

Domingo 10 de mayo de 1992

(*La Gaceta regional*, sábado 19 septiembre 1992)

### 38.- Un verano que se me alarga

El invierno próximo se me presenta como un verano que se alarga. El verano es tiempo para sí. Tiempo, pues, para mí. El mes de julio en Trieste, junto a lo que era un amigo y ahora se ha convertido en un puñado de ellos. En agosto, algo más de quince días terribles. Di en una universidad de Brasil, en Porto Alegre, cuatro horas diarias de clase, de ocho a doce, durante dos semanas. Terrible digo. Tengo la mala ocurrencia de ser un profesor que habla sin notas —quizá porque ha perdido sus papeles—, y resistir así cuatro horas es duro. Cuánto más cuando al otro día, y al otro, y al otro, hay que continuar de la misma manera. Llevé libros para prepararme —a mi amigo Paco Rodríguez Pascual, compañero de muchas fatigas, y a mí nos cobraron veinticuatro kilos de exceso de equipaje—, pero nos bastaba con sobrevivir en el frío y desapacible invierno del extremo sur brasileño. Maravilloso por el

conocimiento de varias personas. Maravilloso por los seis días pasados luego en Buenos Aires. Maravilloso, sobre todo, porque comienzo ahora un año de exilio lovaniense cargado de intenciones y de libros.

En Trieste me apasioné por mi viejo amigo Pier Paolo Pasolini y comencé a leer a Italo Svevo. Me he traído también a Emanuele Severino, el filósofo italiano de hoy. Me queda para otra vez Claudio Magris, al que no conocí, y otro al que conocí pero cuyo nombre se me va de los dedos. En Porto Alegre cargué con los siete volúmenes de la novela *O tempo e o vento* de Erico Verissimo, el más grande de todos los novelistas brasileños para los de Rio Grande do Sul. Volviendo de Buenos Aires, que conocía ya por las tres únicas novelas de Ernesto Sabato —las leí seguidas hace una docena de años, de manera atropellada y alelante, tomado por una fuerza imperiosa que me las pegaba a las manos hasta acabar con ellas—, me he venido, claro, con las *Obras completas* de Jorge Luis Borges.

Trieste es Italia, y por ello venía conmigo mi inmenso amor por ese país que tiene la mitad de las obras bellas de todo estilo que se han producido en el mundo entero —la mitad de la otra mitad es de España—. Además estaba allá mi amigo Óscar Martínez —Oscár dicen los porteños como él, aunque sean ya italianos— con sus amigos que ahora son también míos. Hace años que él mismo me hablaba de su Buenos Aires. Además allá estaba Marisa Canosa y sus hijos Diego y Rodrigo. También Ricardo Ferrara.

Por muchas cosas la Argentina, y sobre todo Buenos Aires, me son familiares; están en el mundo real de mis mundos posibles. Sin embargo, Brasil no estaba en ese mundo. Y mucho menos ese sur del Brasil, tierra de gauchos que siempre beben mate y comen interminables churrascos; pampa ya, aunque en una abierta lengua portuguesa. No estaba preparado para esa tierra. No había leído a Verissimo; peor aún, nadie me había dicho que existía, que murió ya hace diez y siete años. Porque Jorge Amado, sabido aunque no leído, es otro Brasil, y *O Cangaceiro*, todavía otro. Estaba lejanamente preparado para ver cualquier Brasil, excepto el que vi: el estado de Rio Grande do Sul. Estaba preparado para cualquier calor, excepto el que vi: un frío perro en una tierra no preparada para el invierno, como ocurre en Motril. Hasta un día perdí la voz —y con ella una clase de cuatro horas—, lo que jamás me había acontecido en casi veinte años de perorar en la universidad. No sabía que allá entienden mejor a profesores salmantinos que dan sus clases en castellano que a uno de Oporto que les habla en portugués. Nunca había sabido de tantas diferencias como se dieron entre la colonización española y la portuguesa. La primera universidad brasileña se fundó en 1930. No sabía nada de nada.

De Verissimo leí en Porto Alegre *O prisioneiro*. Novela ambientada en la guerra del Vietnam. Me cautivó. Un teniente estadounidense, mulato que quiere ser blanco. Un prisionero vietnamita, terrorista, casi un niño, al que hay que arrancar por cualquier medio —la tortura— un secreto que salvará muchas vidas. Mas sólo le arrancan la vida, y justo cuando el

secreto se acaba de saber. Leyéndola aprendí mucho de cómo son los brasileños. El teniente es hijo de padre negro y madre blanca, como uno de mis alumnos, el Padre Ari, el único sacerdote secular ‘café con leche’ —como decía él— de toda la zona de Porto Alegre, profesor de filosofía de la religión en la universidad de los jesuitas, persona maravillosa. En el 69, cuando se publicó la novela, había en Brasil una dictadura militar. Aprendí también que en el abierto portugués del Brasil se puede escribir sobre sentimientos; que allá la novela, por mágica que llegue a ser, no abandona los sentimientos, eso tan central en nuestra vida de humanos; no los esconde bajo siete llaves. ¿Por qué, al contrario, la novela en castellano carece de sentimientos, refleja un mundo sin sentimientos? Nunca lo he entendido; nunca lo he compartido. Me decepciona en profundidad que sea así. Creo que hay ahí una limitación terrible de nuestra literatura, por más que tenga otras aberturas infinitas, por más que Gonzalo Torrente Ballester haya escrito algunas páginas cuajadas de sentires. Pero esa falta indica, quizá, que no nos queremos ver como somos: seres de carne y de sangre. No sólo hijos del esperpento y de la milonga, coetáneos de las mariposas amarillas que vieron cómo Remedios la bella ascendía a los cielos, sombras de un mágico realismo, sino que somos, sobre todo, seres que vivimos en el mundo real de nuestros haceres y de nuestros sentires.

Me atraen las ciudades grandes. Me atraen las grandes extensiones, muy especialmente las desérticas. Pero primero voy siempre a ver a personas. Personas, ciudades grandes, desiertos. Buenos Aires era un mundo para mí ya antes de llegar. Cuando me empape de Verissimo y de Amado, sobre todo, de Machado de Assis, Mario de Andrade y Graciliano Ramos, también, podré volver con pasión de humanidad para ver a Ari Antônio da Silva y sus amigos, porque entonces ese mundo posible, aún lejano, se me habrá hecho real, estará enredado en mis sentires. Precisamente por eso, Rio Grande do Sul —Brasil es demasiado grande todavía— puede llegar a ser para mí un mundo real.

Lovaina, 14 de septiembre de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 26 septiembre 1992)

### 39.- Trieste

He pasado el mes de julio en Trieste. Apenas sabía de esa ciudad sino que fue el único puerto del Imperio austro-húngaro, su playa más cercana, su único mar, en realidad; que en ella vivieron escritores famosos, el irlandés James Joyce, el poeta alemán Rilke; y que tiene fama de bella.

Mirando el mapa de Italia en el extremo más oriental se nota algo raro: la ciudad de Trieste está en una estrechísima lengua de tierra que sale de Italia para quedarse con un trozo más de las bellísimas costas del



Adriático. Como si de algo robado se tratara. Si se sigue con el mapa, se ve que también Croacia toma a Bosnia-Herzegovina —repúblicas ex-yugoeslavas ambas— casi toda la costa adriática de lo que antiguamente se llamaba la Dalmacia. ¡Cosa extraña para un ignorante como yo!

Toda esa lengua de terreno que bordea el Adriático formó parte de la República de Venecia, y por eso toda esa costa —apenas sólo unos pocos kilómetros mar adentro— es una zona de antiquísima influencia italiana, que luego pasó al imperio austro-húngaro, siendo ampliamente tocada, como todo el norte de Italia, por los tumultos napoleónicos y las convulsiones del siglo XIX. La pequeña franja adriática tuvo desde la Edad Media, pues, una fuerte implantación cultural italiana en medio de pueblos eslavos. Trieste es ahí, desde siempre, una ciudad italiana. No fue agregada a Italia, con toda su zona de influencia de la bellísima península adriática de Istria, hasta el final de la primera guerra mundial. La segunda guerra convulsionó de nuevo la zona hasta la exasperación. Una terrible historia la de toda esa zona. Faltó poco para que el Friuli italiano (encima de Trieste y pegando a las montañas eslovenas), y con él Trieste, se convirtiera en una república independiente de Italia y sumada al proyecto yugoeslavo; los partisanos de las columnas Garibaldi —italianos con dirección comunista, de hecho integrados ya en un único mando con las tropas de Tito—, querían asegurar que al menos ese trozo de Italia se librara de manos capitalistas. El único hermano de Pier Paolo Pasolini murió a manos de partisanos garibaldinos por oponerse a ese proyecto. Luego las cosas no salieron por ahí, gracias a Dios. Trieste quedó desmembrada de su gran provincia.

Todo historia; todo artificio. Todo olvidado; todo presente. Desde Trieste se oyen con más fuerza las bombas que asolan las tierras vecinas en lucha fratricida de inaudita virulencia. Verdadera guerra civil, parecida en ferocidad a la nuestra. Algún día, pronto, dedicaré a ella algunas notas.

Esta historia complicada y trágica da una especificidad propia a Trieste. Una ciudad abierta al mar como ninguna otra de las que conozco. La plaza de la Unidad, como la plaza del Comercio de Lisboa, tiene sólo tres lados, el cuarto es el mar. Pero aquí en Trieste, con un mar sin mareas —no más de medio metro de diferencia—, y una gran profundidad de calado en todo el muelle, esa apertura es tan física que allí mismo, en ese cuarto lado de la plaza principal, el muelle se hace paseo y atracan en él barcos tan grandes como el crucero de guerra *Vittorio Veneto* —cuya pasarela daba a la misma plaza— o enormes cruceros de pasajeros que al pasar junto a ellos se ven tan desmesuradas como se veían en *Amarcord* de Fellini. Ciudad centroeuropea, casi vienesa, y a la vez italiana, con claras influencias orientales. Ciudad del siglo XIX. Mezcla sorprendente de bellezas conjuntadas. La más rica de Italia, sólo recientemente sobrepasada por Milán. Una ciudad para volver. Una ciudad para vivir.

Allí estuve un mes, para mi suerte. Leyendo, charlando, paseando un poco. Contemplando, claro, cómo ganaba Induráin y también algo de los Juegos Olímpicos de Barcelona. No sólo vi con mis propios ojos lo bien

que discurrieron, sino que todo el mundo se apresuró encantado a decírmelo (luego, en Porto Alegre y en Buenos Aires, todos me lo repitieron también). De Sevilla ya he susurrado algo en estas calladas notas. Un éxito clamoroso, digno de los esfuerzos del país que ya somos. Ahora, es verdad, tenemos que pagar la cuenta, lo que incluye algo bastante grande de imprevisión económica. Pero ha merecido la pena, creo, porque seguramente nos hemos dado cuenta de lo que somos capaces cuando nos ponemos a ello.

Coincidió con la corrupción de las ‘tangentes’ —los políticos que se queda con comisiones, el dinero se les va por la tangente— y la guerra de la mafia —el asesinato del fiscal Bordelino—; con las primeras medidas del gobierno Amato. La corrupción política italiana me indignó por demás. Es específica del norte italiano rico y toca —no en exclusiva, gente de todos los partidos están en el pringue— a los socialista de Bettino Craxi, los que se decían regeneracionistas. La imagen que por quince años se nos ha dado de Italia —sobre todo por un antiguo y nefasto corresponsal en Roma— era pura labor de intoxicación —en aquél, no más que lerda inepticia—. El gravísimo problema de la mafia tuvo un reflejo que me espantó: las palabras de un viejo profesor milanés, inspirador y dirigente de las Ligas independistas lombardas. Para él, ese problema tiene rápida solución: desvincularse de Sicilia y del sur, que resuelvan ellos sus propios problemas, no nos afectan y nos desentendemos de ellos. Por todas partes he creído percibir en Italia algo que me pone los pelos de punta: una profunda falta de solidaridad de unos con otros. Unos porque aprovechan sus cargos electos para robar y mezclarse en infinitas turbiedades; otros porque quieren, ricos, desvincularse de los más pobres. En todo ese mar con profundas agitaciones de fondo me admiró el valor del presidente Scalfaro y del gobierno Amato. Tengo para mí que la razón pasa por ellos. He creído percibir que muchos italianos tienen conciencia de donde está el país y voluntad de salir del agujero negro en el que se encuentran. Deseo que sea solidariamente, no en la desbandada de sálvese quien pueda.

Volví de Trieste reposado y admirado, pero también conmocionado y decepcionado. Perplejo con la de cosas decisivas para la comprensión de la realidad que desconocía, teniéndolas tan cerca. Esperanzado y a la vez con profundos temores. Sobre todo, con unas inmensas ganas de volver allá.

Lovaina, 20 de septiembre de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 9 enero 1993)

## 40.- Buenos Aires

«Perfilados bien por un fondo de paredes celestes o de cielo alto, dos compadritos envainados de seria ropa negra bailan sobre zapatos de

mujer un baile gravísimo, que es el de los cuchillos parejos, hasta que de una oreja salta un clavel porque el cuchillo ha entrado en un hombre, que cierra con su muerte horizontal el baile sin música. Resignado, el otro se acomoda el chambergo y consagra su vejez a la narración de ese duelo tan limpio. Ésa es la historia detallada y total de nuestro malevaje. La de los hombres de pelea en Nueva York es más vertiginosa y más torpe».

Estas palabras de una belleza de luna no son mías —¡ya me gustaría!— sino de Jorge Luis Borges (*O. C.*, I, p. 311). Dicen con una claridad maravillosa cómo se ven a sí mismos los porteños en la leyenda inventada. Retención desaforada. La vida como una narración que llenará los tiempos de la vejez por venir. Una ilusión alucinadora. Una pasión contenida. El alejamiento convertido en un deber de amistad hasta en la muerte. Todo excesivo. Todo ambiguo, con una ambigüedad que toca incluso la esencia misma de un desaforado machismo. Todo como la vida misma. Todo aspaviento. Todo retención contenida. Muerte que viene del espectáculo de la belleza. Belleza que implica la negrura del odio y del asesinato. ¿Serán así los porteños? Si no lo son, qué invención sorprendente; qué manera extraña de ver su propio ser en el mundo de la ciudad. Por eso, seguramente, las cosas psicoanalíticas se han hincado tan profundamente en el alma de la colectividad porteña; más que en cualquier otro lugar del mundo. Fenómeno extraño.

Buenos Aires es así. Con esa belleza de luna de la prosa borgiana. Belleza alada de sus innumerables parques londinenses —el parque Palermo, sobre todo, paradigma de lo porteño: junto al dilatado mar de agua dulce, pero, como la ciudad entera, cerrado a cualquier mar, sentado a sus espaldas para siempre—. Belleza humilde de sus barrios inabarcables con pequeñas edificaciones; belleza austera de sus newyorkinos barrios céntricos. La ciudad que, en su vastísimo centro, más se parece a Madrid de todas las que hasta hoy he visto. Sin embargo, un inmenso Madrid en el que caben barrios enteros del París de fines de fines de siglo y principios de éste. Una ciudad que desborda con amplitud a todo lo madrileño en sus inacabables villas —barrios— de casas pequeñas con azotea, esencia última de la ciudad antigua y de la ciudad nueva. Villas miseria, a veces; terribles siempre. Ciudad hermana, ciudad amiga. El conjunto se me representó a Londres desde el mismo momento de mi llegada y por todo el tiempo de mi estadía —amor y odio por lo inglés se mezclan en el argentino en un entretejido inseparable—. La ciudad a la que menos se parece de las que llevo mencionadas, quizá, pero que, sin embargo, la resume por entero cuando se mira a Buenos Aires con aire amistoso y soñador. Mi ciudad.

Terrible ciudad Buenos Aires. Terrible la historia de la Argentina desde los setenta a mediados de los ochenta. Una historia cuajada de violencia inaudita y vejatoria. Mi ciudad. Casi se me había olvidado. Para mí aquella violencia estaba en la lejanía de los tiempos, pero no para algunos de los porteños que son mis amigos. Viéndoles comprendí la importancia de una memoria histórica que no estaba en mi propia

memoria y que, por ello, me ponía en trance de no poder comprender nada. Para ellos, lo que aconteció durante aquellos terribles años es todavía un recuerdo doliente; un recuerdo que no pueden ni quieren perder, que les indica caminos para no transitar de nuevo. Ahora ya no se podrá volver a aquella terrible violencia. Nadie la quiere. Los militares, además, como en Brasil, quedaron sin posibilidad política ninguna, perdido su prestigio: no sólo no resolvieron los problemas, sino que los aumentaron, los llevaron a su paroxismo. Pero hablar de 'los militares' es, parece, demasiado fácil. No eran sí mismos, sin más. Eran fruto de la política argentina, una política llena de contradictorias enemistades entre peronistas y radicales.

A los europeos nos es difícil entender la política argentina, puesto que no vislumbramos ni de lejos el fenómeno peronista. A lo más, los españoles pensamos que el general Perón era una especie de José Antonio Girón. El efecto del postperonismo de Isabelita, aquella pobre mujer histérica, presidenta de la República, hizo que de la manera más natural, tomáramos postura por los radicales, pero en su vertiente más nueva, menos tradicional, la corriente socialdemócrata de Raúl Alfonsín. Una toma de postura que, basada en aquel acto de indignidad argentina —fruto en toda su compleja contextura de una situación explosiva, caótica, amarga, tragicómica de los primeros setenta—, se nos adelantó en el tiempo para juzgar el peronismo del pasado y del futuro, borrándolo de nuestra mirada. Salíamos, queríamos salir, de nuestro propio franquismo, y por ello, en aquella situación bien datada, el peronismo —católico y populista— nos parecía un resto extraño de un extraño pasado. Creímos que era una broma de mal gusto. Más aún cuando supimos que los porteños bien, la gente bien educada de Buenos Aires, era, obviamente, partidaria del partido radical, como nosotros. El discurso regeneracionista del presidente Alfonsín, que quería devolver al pueblo argentino —decía— la dignidad perdida, nos convenció. Y sin embargo, luego las cosas no resultaron así. El alfonsinismo resultó una debacle económica que agravó los problemas de Argentina.

¿Qué ocurrió? ¿Por qué parece que nos está vedada una comprensión de la realidad argentina que haga posible vislumbrar lo que allá se juega? Algunos de mis mejores amigos porteños son peronistas, precisamente quienes tienen una postura éticamente desinteresada ante la vida. Los más realistas de entre ellos son partidarios de Menem; los más idealistas, siguen un peronismo disidente de izquierdas, contrario a Menem. Los instalados y florecientes, por el contrario, éstos son radicales y aborrecen la política de un real-peronismo que es la del presidente. ¿Qué pensar?

28 de septiembre de 1992

(*La Gaceta regional*, sábado 17 de octubre 1992)

## 41.- De nuevo cine

Hace tiempo que mi amigo José Antonio Méndez me dice que lo que más le gusta de lo que escribo es cuando hablo de cine. A mí también. Hoy quiero de nuevo referirme al cine. Ya he terminado de leer el primer volumen de la novela de Erico Verissimo *O vento e o tempo* —aquí en Lovaina tengo mucho tiempo para leer, casi todo, en realidad—. Me ha encantado hasta decir de ella que es esplendorosa, una verdadera maravilla; lo he pasado muy bien leyéndola; me ha emocionado; me han dado grandes ganas de precipitarme a leer los seis volúmenes que me faltan todavía de ese larguísimo libro. Y, sin embargo, ayer fui al cine a Bruselas, y, ¡ah!, eso son palabras mayores. Por supuesto que no siempre el cine me capta, pero cuando me encandila, como ayer, lo hace con una profundidad que ningún otro arte consigue en mí. Ya lo he dicho, mi arte es el cine. Suelo decir que dejaría todo por escribir sobre cine.

Cuando andaba en aquello de ser universitario —recordarán los lectores de estas calladas notas—, Carlos Vicente me decía con frecuencia que sí, mucho de cine, mucho de cine, pero siempre termino refiriéndome a vejestoriedades. Qué insensatez la suya. Como si Hitchcock fuera un vejestorio; como si lo fueran Cervantes o Charles Péguy. Además, en mis demasiados breves escritos sobre cine, he hablado de los clásicos, claro es, pero me he referido siempre con enorme fuerza a Víctor Erice —no he visto aún *El resplandor del membrillo*—; también a Wim Wenders, sobre todo el de *París-Texas*. Quiero hoy añadir a esa lista otro nombre al que me adhiero, el de Gus Van Sant. Y una adhesión se hace para siempre.

Nada más sé de él que esto: he visto dos películas suyas —ni siquiera sé si ha hecho más— y las dos me han emocionado, me han gustado hasta el alborozo: *Drugstore Cowboy* y, ahora, *My own private Idaho*. Reconozco no haber visto nunca *Telma y Louise*, y quizá haya hecho mal, aunque no consigo arrepentirme. De Woody Allen sólo vi la primera de sus películas, hace ya muchísimos años; era a finales de los sesenta, si todavía no se me ha olvidado, y nunca jamás he vuelto a ninguna otra. Y sé que he hecho muy bien. Algunos artistas son tan grandes que su pequeño pueblo, su pequeña historia e incluso su pequeño ombligo se convierten en imagen del mundo, en simbólica creación nueva de todo lo que hay. Otros dicen ser artistas porque creen que el entero mundo de la creación, incluidos tú y yo, nos reducimos a su ombligo. Pero de cierto que no es el caso. Allá ellos y los que les suponen artistas; ya caerán del guindo alguna vez. Pues bien, lo que he visto de Gus Van Sant me ha gustado tanto que lo quiero traer enseguida a estas notas.

También él es cineasta de la ternura. Seres jóvenes marginales hasta el extremo de la degradación más grande; en la primera, el drogado que pierde la esencia misma de su ser —interpretado con enorme vigor por Mat Dillon—; en ésta, el chaperó —River Phoenix— enfermo de nostalgia por el mundo perdido del primer cariño, en busca continua de su madre, jamás encontrada. Siempre de nuevo, una y otra vez, con la sensación que él tiene de lugar conocido —y que nosotros tenemos con él, pues el

áspero asfalto de esa carretera desolada es lugar ya de nuestra propia vida—, en el asfalto de una carretera de Idaho que a lo largo de la película se nos hace central y querida; camino largo en una rectitud cortada, bello paisaje de desiertos trigales, sólo el chapero en medio del mundo, con sus propios fantasmas que vuelven y vuelven en juego maldito. Un mundo siempre cruel en su desgarrada despreocupación, en su infinita miseria, ni siquiera advertida. Seres jóvenes que no saben siquiera que hay un mundo en el que perderse, que hay un mundo en el que están irremediabilmente perdidos, compadecidos sólo por ser tan marginales como ellos mismos —el sacerdote católico viejoverde y drogadicto de la primera, el desconocido automovilista que le recoge del asfalto, en la segunda—. Un mundo, sin embargo, siempre lleno de infinita ternura, de una nostalgia infinita por una ternura infinita: nostalgia de Dios, un Dios Amor que, sin aparecer jamás, está siempre presente.

La tonalidad, la luz, el color de *My own private Idaho* es una mezcla sorprendente de *París-Texas* y de *Sangre y salsa*. Contiene, además, un juego de variaciones sobre *Campanadas a medianoche* de Orson Welles —adaptación de Shakespeare— a través del amigo de Mike, Scott —Keanu Rives—, hijo perdido —y luego recuperado— del alcalde de una gran ciudad, y de un nuevo Falstaff con sus amigos perdidos y pringosos del arroyo. Todo distinto, claro, y todo igual. Medido el abandono pelado de Mike con un abandono que es juego-protesta, el de Scott, con suficientemente entidad para tener ahora a Falstaff y luego todo. Abandono total el de Mike a su soledad, a sus propias nostalgias, a su necesidad de cariño, a su ser arrojado en el mundo, en las cloacas del mundo, a la presteza de las nubes que pasan desaforadas —recuérdese *El chico de la moto* de Francis Coppola—, a la luz de un sol esplendoroso de poniente que ilumina nuestro propio Idaho. Una luz que es casi la única ternura que envuelve a Mike, sin duda que la de mayor cercanía. Nostalgia también de la luz dorada.

Gus Van Sant es un enorme cineasta, pues, como los más grandes, no necesita discursos vanos —ni siquiera necesita ombligos— para ofrecernos una imagen total del mundo en toda su complejidad. Le basta con la luz, los rostros, las figuras y sus movimiento, la historia que nos cuenta, la música, el color, el asfalto y las nubes que pasan raudas y su enorme saber de artista para hacernos presente quiénes somos y cuál es el mundo en el que vivimos y que hemos ayudado a crear. Para hacernos presente, sobre todo, qué puesto queremos ocupar en el mundo, cuál queremos que sea nuestro punto de vista sobre un universo en el que estamos por completo inmersos. Porque, como todo artista grande, el arte de Gus Van Sant es una toma de postura moral sobre el mundo. Una meditación contemplativa que nos invita a tomar postura en el mundo que es el nuestro.

Lovaina, 27-28 de septiembre de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 31 octubre 1992)

## 42.- ¿Defensor de qué?

En mi plácido destierro sabático lovaniense me llega por dos amables caminos una entrevista que Miguel Ángel García me hizo un par de días antes de venirme para acá y que se publicó el domingo 13 de septiembre pasado en el periódico que toma mis calladas notas. Es curioso verse en los papeles con foto. Fue una larga y amistosa conversación con Miguel Ángel García, al que conocí en aquél momento. Como conocí al director del periódico en el momento mismo en que fui a entregarle mis primeras calladas notas musicales, por si le interesaban. Por cierto, era también el día anterior de otra salida hacia Lovaina, a comienzos del pasado diciembre. Va para cuatro años que Lovaina vuelve a ser parte de mi vida. Como lo fue en años pasados. ¿Qué pasará después?

Pero volvamos a nuestros corderos. La entrevista tiene un título muy rotundo y rimbombante, lleno de cachupines: . En tanto que defensor acérrimo de la sociedad puedo llegar a ser enemigo de un estado que la quiere suplantar, y que busca hacerlo, precisamente, porque una parte de la propia sociedad o individuos burocratizados de ella han suplantado de antemano el estado, que ya no será para siempre otra cosa sino el Estado. Cuando el estado no es más que la administración —puede decirse sin problema la Administración, pues en su propio significado queda patente que es la administración que la sociedad se da a sí misma—, entonces no sólo no tengo ningún problema con él, sino que también soy acérrimo defensor del estado, al serlo de la sociedad. Ahora bien, cuando una parte de la propia sociedad o individuos burocratizados de ella se alzan por encima de la sociedad —en nuestro caso de la sociedad que elige democráticamente a sus representantes— con el enorme poder de lo que ahora llaman Estado, entonces soy, evidentemente, acérrimo enemigo del Estado. Y el título de la entrevista es perfecto.

¿Por qué? Porque, ya lo he indicado, hay una suplantación de la voluntad general por una voluntad particular que dice encarnarla, y lo hace hasta tal punto que intenta por todos los medios que esa voluntad no se exprese ya si no es por medio de los cauces que el propio Estado establece. Porque a partir de entonces ya no será más el estado quien esté, por definición de su propio ser, al servicio de la sociedad —como su Administración que es—, sino que será ésta quien deberá estar a la atenta escucha del Estado para conocer sus deseos, pues escuchándolos, le convencen, encuentra la expresión de sus deseos más verdaderos, cuya existencia se da sólo en esa suplantación estatal. Hablar del Estado, si no me confundo, fue invento franquista. Franco habló el primero del Estado Español cuando se autoproclamó, por un error de los astutos copistas, Jefe del Estado, en vez de Jefe del Gobierno del Estado, como había sido elegido por sus pares militares. Fue la primera vez que España no eligió

ser un Reino o una República, sino que se nos dijo: Sois un Estado. Pero, como el Rey Sol, el Estado soy yo.

¿Cuestión todo de palabras? Quizá. Pero con Platón y con el viejo Popper, no discuto de palabras. Dígase como se quiera, llámese con mayúscula o con minúscula, lo que quiero indicar es bien simple. Nadie encarna la voluntad de la sociedad como no sea ella misma con los elementos administrativo-estatales que quiera darse. Nadie me puede decir, sin más y en teoría, que un servicio público debe ser de propiedad estatal; que si no es así no cumple la esencia misma de su ser servicio. Ni creo que haya esencias, al menos aquí, ni entiendo por qué todavía no se ha estatalizado el servicio público de taxis, que normalmente, como todo el mundo sabe, funciona muy bien. Una cosa es que la Administración regule y dé los criterios de funcionamiento de ese servicio público; otra cosa es que por esencia la propiedad de ese servicio deba ser estatal. ¿Recuerdan que tras la revolución de los claveles los autobuses portugueses fueron estatalizados? Un marasmo. Dejaron de funcionar al punto. Volvieron atrás.

Incluso no me importa que, en algunos casos, la propiedad de un servicio público sea pública y no privada. Hasta eso concedo, que puede ser a veces conveniente —habrá que verlo en cada caso—. Así ocurre con las universidades británicas, por ejemplo, o con la mayor parte de los grandes bancos franceses. Ahora bien, el funcionamiento no es un funcionamiento burocrático. Me explico. No acontece que una casta dentro de la sociedad, los funcionarios, se adueñen de esos servicios públicos como si fuera un bien propio y campo de sus propias regalías. Me explico. Entre nosotros nadie parece concebir que la Administración dé dinero a las universidades privadas. ¿Por qué? Por eso, porque son privadas, propiedad privada, y al serlo, aunque lleguen a cumplir un servicio público, no pertenecen al Estado. El Estado —parece evidente en el razonamiento estatalista— tiene sus propias universidades que llena con sus propios funcionarios y por eso las paga como es debido. El razonamiento parece ser mera evidencia: lo público paga a lo público, y ¿qué viene a hacer aquí lo privado?, que se lo pague él. Lo que es público, pues, es el Estado y las castas que genera como propias. Y lo público es lo que se paga con las propias arcas del Estado, que para eso es. Cierto que se intenta hacer todo ello —en principio— de la mejor manera posible. Cierto, también, que no parece salir la cosa del todo bien. Será, piensan, cuestión de cambiar una ley aquí y otra allí.

Pues no, creo que no es así. El llamado dinero del Estado es el tuyo y el mío. Lo que prima es el servicio público en cuanto servicio a la sociedad. Desde aquí es desde donde deben verse las cosas, jamás desde el Estado —mera encarnación de intereses revestidos de la ideología de lo estatal como un bien necesario que nunca podremos abandonar—. Que nunca podremos abandonar, claro es, si queremos que ese Estado subsista, pero que deberemos abandonar si queremos que la



Administración que la sociedad se da a sí misma funcione bien. Yo lo quiero. Pero vale ya.

Lovaina, 10 de octubre de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 7 noviembre 1992)

### 43.- Una cosa es hablar y otra escribir

Esteban Peña es un viejo amigo, cuidador de mi casa no sea que sufra demasiado de soledad. Una suerte su amistad, y una suerte porque me hace de agente en Salamanca, mientras yo me dedico a vacar en la contemplación —en un día maravilloso, como casi todos los que llevamos desde que estoy por acá—.

Pues bien, Esteban me envía fotocopia de un artículo de Julián Marías aparecido en el *ABC* que se titula *Palabra hablada y palabra escrita*. No leo a Marías desde que tengo veinte años, seguramente por meras manías personales. Pero la cuestión no viene a cuento, pues es un gran escritor. Dice algo elemental: es distinta la palabra escrita y la palabra hablada; insiste, sobre todo, en que parece que hoy nadie sabe hablar, se limita a leer papeles. Pero recuerdo también un comentario del francés Rémi Brague, que conoce el castellano casi a la perfección: Escribís como habláis; esto, para él, no era una alabanza, sino más bien un reproche.

Muchos amigos me dicen cuando me leen: Parece que estás hablando, como si te estuviera escuchando. Es posible, pero ¿es necesariamente una alabanza? Según y cuando. Si se refieren a una cierta espontaneidad, a un esponjamiento; si se refieren a , como hace un par de días me escribía mi amigo Fernando, entonces gracias por la flor. Es cuestión de estilo. Sería magnífico para mi nervioso teclear en esta maravilla de ordenador portátil que poseo —y que llevo a todas partes como si fueran un talismán—; en mi pequeñez tendría lo que, por ejemplo, Ramón poseía a raudales: estilo. Si se refiere a que no sé escribir, sino que recojo con los dedos lo que mi lengua dice en sus resoplidos. ¡Ah!, entonces ya son palabras mayores, pues, quizá, lo que se le olvidó a Julián Marías es precisamente la otra cara de la moneda. Es verdad, son unos petardos los que no saben dar una conferencia sin leerla. Como dice con gracejo nuestro escritor: . Tanto es así que —lo confieso con rubor— raramente voy a una conferencia, como no sea a ver el bicho. Hay excepciones maravillosas, la de quienes escriben bien y leen aún mejor, con espontánea belleza, pues entonces la arquitectura pausadamente larga de la frase escrita puede convertirse en la belleza de una frase pronunciada. Pongo dos ejemplos tomados de dos ámbitos muy diferentes: Gonzalo Torrente Ballester y Miguel Herrero de Miñón. ¡Ah!, señoras y señores, escuchar hablar a gente como ellos, incluso cuando leen, es un deleite del espíritu. Pero en la vida normal una conferencia leída es, de verdad, una lata de conserva.

¿Sabes? En el Parlamento británico si descubren a un parlamentario, escondido en la negrura de su escaño —cada uno habla desde su sitio en esa sala alargada e inverosímil— que utiliza chuletas, se organiza al punto tal griterío de sus compañeros, supongo que comenzando por los de la oposición, que el pobre, encarnado, no tiene otro remedio que sentarse. Qué lección para nuestros pobres parlamentarios, llenos de buena voluntad —se la supongo hasta prueba de lo contrario— y de mala lengua.

Cierto, escuchar un parlamento o una conferencia leída es algo insufrible. Propongo que, a partir de ahora, cada vez que asistas a una conferencia en la que el conferenciante tenga la cara dura de ponerse a leer, promuevas y organices un enorme pataleo, para que el encarnado parlador salga por sus fueros. No conozco a nadie que sea buen escuchante de conferencias leídas. Bien es verdad, y nunca he entendido por qué, que casi todos hacen semblante de escuchar con atención, y se empeñan en no bostezar o dormirse, que sería lo propio, lo natural y educado.

Pásmate. Imagina una conferencia de alguien que, por ejemplo, se dice filósofo y habla —leyendo, casi siempre, con una capacidad asombrosa de aburrimiento que cae inexorablemente sobre el escuchador— digamos que de abstrusas cuestiones sobre Heidegger. Pues bien, no lo entiendo, al terminar uno o varios asistentes hacen preguntas —confieso que nunca las entiendo, mejor, nunca comprendo si tienen que ver con lo leído, quizá porque ya antes no entendí al leedor, sumido como estaba en el tedio y el bostezo—; preguntas tan incomprensibles como lo leído, pues siguen siendo parte de un discurso meramente leído, y que son comprendidas como si fueran agua cristalina. Fíjate, en mi bendita inocencia he llegado a una conclusión: nadie ha entendido nada de lo leído por el conferenciante, pero todos hacen semblante de estar en el asunto —y todos a una guardan celosamente el secreto—, e incluso luego los insensatos más osados hacen preguntas que no se entienden sobre cosas que no han entendido, y que el conferenciante, seguro que sin entenderlas, responde como si las hubiera entendido y los escuchadores tragan con placer como si lo entendieran todo. Ya se ve: un mero problema de entendimiento.

Una palabra en público —sea en una conferencia sea en una clase— es una palabra que uno transmite a quien le escucha para decirle algo. Lo que se transmite debe ser claro —incluso, quizá, en su complejidad— y debe ser comprendido por quien escucha. Debe establecerse entre ambos una comunicación. Una comunicación eminentemente racional, aunque se una racionalidad que viene acompañada de muy diversos encantamientos. Por así decir, la comunicación tiene un contenido racional, y ese es el centro de lo que allí acontece. Mas ahí sólo cabe la palabra hablada. La palabra escrita, ahí, me parece un engaño, casi un fraude. Una facilidad, además, pues la palabra hablada exige mucho más la claridad neta de lo que se quiere transmitir y la aplicación a que el rostro de quien escucha lo comprenda. Ahí está el misterio de la palabra hablada en conferencias y

clases. Pero demasiadas veces el conferenciante o el profesor se salta a la torera este esfuerzo de claridad comunicativa y esta capacidad de tomar en mano su palabra para que transmita efectivamente lo que quiere transmitir a quien le escucha. Una inmensa labor de humilde ascesis.

Lovaina, 11 de octubre de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 14 noviembre 1992)

#### 44.- Hace quinientos años

Quinientos años. ¿Qué decir ante la complejidad terrible de esos quinientos años en los que se entremezclan lo bueno y lo malo, lo negro con lo blanco y con el claroscuro, lo peor y lo mejor? Las llama Manuel Zapata Olivella en su novela *Changó, el Gran Putas*. (Bogotá, Rei Andes—Letras Americanas, 1992; publicada por vez primera en 1983).

¿Cómo vivir esta vigilia que precede al día en que se cumplen quinientos años en que un europeo gritó desde la carabela española: “¡América!”? Presagio de este otro largo grito del comienzo poético del libro de Zapata: «“Pero América / matriz del indio, / vientre virgen violado siete veces por la Loba / fecundada por el Muntu / con su sangre / sudores / y sus gritos / —revelóme Changó— / parirá un niño / hijo negro / hijo blanco / hijo indio / mitad tierra / mitad árbol / mitad leña / mitad fuego / por sí mismo / redimido”. / ¡Eía, hijo del Muntu! / La libertad / la libertad / es tu destino».

He querido vivir la vigilia de este día en dos porciones, en dos lugares. La primera, comenzando a leer *Changó*, que hace unos días me envió Dorita Piquero de Nouhau, astur-parisina entrañable que todo lo sabe de literatura, profesionalmente y por el gustoso placer de la lectura inteligente y sensible. Fue ella quien, en la lejana Porto Alegre en donde coincidimos dando cursos de doctorado, me habló por vez primera de Manuel Zapata Olivella, al que ella tiene por uno de los más grandes escritores de hoy en castellano. *Changó* es una larga novela escrita por un colombiano mestizo, desconocido hasta entonces para mí, mitad negro, mitad blanco, en tierra de mitad indio; alguien que sabe bien cómo “la historia para los oprimidos debe mitificarse para que se convierta en herramienta para las luchas futuras” y que, valiéndose de palabras de Octavio Paz, escribe en la última página de su novela: .

La segunda parte de la vigilia la he querido pasar asistiendo a un rato de oración que ha reunido a los religiosos y las religiosas de Lovaina, además de un pequeño grupo de amigos, en la capilla del monasterio de las benedictinas, junto a mi casa, amigas fieles, amigas de antaño.

Lengua y religión. Ambas han configurado almas y países de una buena parte del continente americano haciéndolo parte de mí mismo y también logrando que yo sea parte de él. Gabriel García Márquez nos lo dijo —¿recuerdas?—: España es también nuestra. Hoy, conmocionado,

digo: La América que habla mi lengua y que tiene mi religión, es también mía; yo soy suyo. Soy europeo, no lo dudo, pero también soy americano, si cabe, más americano que europeo: me unen indisolublemente lengua y religión. Buenos Aires es mi ciudad, la Pampa mi paisaje, y no puedo seguir porque, por ahora —Dios quiera que sólo por ahora—, no conozco más de esas tierras que también son mis tierras, tierras de las que yo mismo soy uno de sus hijos. Me niego a pasar mis días entre la simple vergüenza y la simple alegría de lo mucho que me toca de estos quinientos años: historias olvidadas del futuro, futuras historias del pasado. Son parte querida de mi propio ser. Esas historias son también mis historias, las del futuro que pasó, las del pasado que no vino. A nada renuncio. Pido perdón a todos por lo que otros como yo hicieron, en la seguridad —¡me gustaría!— de que yo no he de hacer lo mismo. Me solidarizo con aquellos que lucharon con su vida para que la vida de todos los americanos —hijo negro, hijo blanco, hijo indio— hubiera sido distinta de lo que fue demasiadas veces, de lo que es demasiadas veces, vida terrible, con la seguridad —¡me gustaría!— de que también yo he de hacer lo mismo. Me gustaría poder decir de verdad —¡y que lo sea!—: también yo estaré en las luchas futuras y pasadas que aún quedan hasta alcanzar esa libertad vuestra que nunca llega.

Aborrezco la actitud de algunos que acá y allá —¡hipócritas!— meten el dedo en lo más podrido y revuelven bien para marcar sólo de negro quinientos años terribles. Hipócritas de toda su propia historia. Como si los quinientos años de acá y cualesquiera otros quinientos años hubieran sido sabiduría y paz. Como si ellos creyeran, con dedo fustigador, no ser culpables de tantas historias olvidadas del pasado, que de seguro les llevarán a repetir en el futuro las sangrientas amapolas de las batallas, fruto de su terrible hipocresía. Hipócritas que descargan sus pecados —bien reales— sobre las espaldas de otros pecadores —bien reales también—, para sentir sobre sí, supongo, la inmaterialidad alada de los ángeles.

Por eso, para dar gracias y para pedir perdón, la segunda parte de la vigilia la he pasado en la iglesia, rezando, junto a otros muchos acá y allá a lo largo del ancho mundo que es el nuestro. Dar gracias por lo mejor y pedir perdón por lo peor. Pedir perdón por lo que a mí mismo y a nosotros nos toca de aquellas viejas historias en las mis historias de hoy, y dar gracias por las pocas de entre mis historias de hoy que son paralelas a tan grandes historias de ayer. Dar gracias y pedir perdón por lo que no soy como ellos. Dar gracias y pedir perdón por lo que soy como ellos. Solidario con ellos. Distinto que ellos. Igual que ellos. Pidiendo perdón a Dios por lo que ellos fueron. Dándole gracias por lo que ellos fueron. Pidiéndole que nosotros seamos como ellos fueron. Rogándole consiga de nosotros que no seamos como ellos fueron. Pues ellos —¿como yo?, ¿como nosotros?— fueron lo mejor y lo peor, carne entremezclada. Por eso yo, carne enmemoriada, doy gracias y pido perdón, a Dios, a ellos, a vosotros, a nosotros, a ti, al mundo entero, a las historias olvidadas del futuro, a las

futuras historias del pasado. Carne enmemoriada que pasa la mitad de esta vigilia pidiendo a Dios que no sea yo, que no seamos nosotros, causa de más demoras en esa libertad que todavía no llega; que mis pasos, nuestros pasos, la favorezcan, dándole gracias por lo que ellos fueron, ejemplo de lo que yo y nosotros deberemos ser y no hemos sido, pero que seremos.

Lovaina, 11 de octubre de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 24 octubre 1992)

## 45.- Camino de Maastricht

Dicen que el malhechor vuelve siempre al lugar del crimen. He vuelto a Trieste el pasado sábado. En el aeropuerto de Milán me esperaba mi amigo Luca Cattaneo. Me llevó a casa de sus padres —se casa el 6 de febrero—; viven a una treintena de kilómetros, en un pueblo que casi no vi: había una espesa niebla. El domingo, apareció Oscar, el triestino, pero no fue para caminar hacia nuestro destino —depender de él es entrar en las aventuras de las mil y una noches—. Tras correrías y visitas, tomamos un trenín que en una hora nos dejó en un pueblecito al noroeste de Milán, junto a Suiza. Me olvidaba de las comidas. En Giussano fue una maravilla; en Gavilate también, como luego en Trieste y en Milán. Me gusta la pasta: muchas veces tomo de primer plato pasta y de segundo también pasta. Los italianos amigos son muy acogedores. Oscar y yo, el lunes, volvimos a Milán en donde tomamos un tren para Venecia. Paramos algo más de tres horas. Es una ciudad bellísima, llena de sorpresas. Llegamos a Trieste pasadas las ocho de la noche. Me gustaría vivir en Trieste. El martes, todo fue preparar el texto traducido al italiano de mi conferencia en el aula de grados de la Universidad: *Las cosmologías enfrentadas de Newton y Leibniz*. ¡Qué cosas! Me invitaban gentes que no sabían mi relación especial con su ciudad. Las últimas páginas de la traducción —pues la impresora, al final, se empeñó en poner problemas a los organizadores— me llegaron en mitad de la conferencia, cuando ya sólo me quedaba por leer de lo que tenía una hoja y media. Luego un diálogo. Hablo el italiano como los perros, o quizá como los cerdos; pero bueno, allá quedó. Entre los escuchadores estaba un peruano, físico y filósofo de las ciencias, profesor en Nueva York, en año sabático en Oxford, que se paseaba —como yo— por Trieste y que en diciembre estará en Salamanca invitado por los que me echaron: Alberto Cordero. Fue un placer conocerle. Luego, claro, me invitaron a cenar.

El miércoles salí muy temprano de Trieste, a las 5,45. Estaba oscuro ciego. Pero había una hermosísima luna llena. Hasta Monfalcone el tren va junto al mar, por preciosos acantilados, a buena altura, como la antigua carretera de Deva a San Sebastián —sin darme cuenta, señalo que para mí su origen es Bilbao—. La luz de la luna se reflejaba —rielaba— en la piel

manchada del agua. Sólo por verlo mereció la pena todo el viaje. Luego fuimos más tierra adentro y comenzó la niebla. Leía uno de los dos gruesos nuevos libros de Pier Paolo Pasolini que había comprado; hace años que él está entre mis preferencias más cercanas. En Milán visité a mi viejo amigo Sante Bagnoli, el editor de las cien mil ideas sorprendentes y geniales. Sabía que me buscaba. Sabía que le buscaba. Fui a ofrecerme. Me pidió ideas para un proyecto grandioso de enciclopedia que tiene entre manos. Me salí con un volumen, y con muchas más posibilidades de colaboración. Cualquier día lo dejaré todo para irme definitivamente a trabajar con él. ¡Si no fuera por los agobios encandilados de las clases —cada una, una nueva aventura, la invención de un pensamiento, la resolución de un problema ante los ojos (atónitos o aburridos) de escuchadores e interpeladores—; si no fuera por la filosofía teológica y la dogmática que me tientan hasta llevarme a lo suyo, para lo que me dejo arrastrar con pasión empeñada; si no fuera por la callada música de lo que quiero traerme entre manos con este ordenador portátil; si no fuera por las infinitas solicitudes de lo que me tienta, quien me buscara me encontraría en Milán!

Pasolini es uno de los escritores y cineastas que más me gustan por el constante ejercicio que hizo en su vida de una arriesgada libertad. Apasionado de muchas cosas, pero sobre todo de la verdad. Crítico bestial de la situación italiana. Al final tan crítico que muchos se alegraron de que fuera asesinado en la playa de Ostia por un macarra de diecisiete años. ¡La culpa era suya, él se lo había buscado! Un intelectual de una independencia asombrosa, exultante, exaltante, arriesgada. Con los ojos abiertos a la realidad cambiante de Italia; con una palabra fustigadora de toda ñoñez farisea. Con bellísimas ideas propias. Capaz de ver luz allá en donde la había, aunque fuera escondida en lo profundo de la inmundicia. Jamás se vendió al poder ni por oro ni por un plato de lentejas. Prefirió la muerte.

Pues bien, Sante tiene ideas muy precisas sobre Maastricht. Es europeísta acérrimo, pero, por ello, enemigo acérrimo de lo que representa el tratado. Le parece una locura que España, Francia e Italia se aten para siempre las manos, ahora que son ellas, precisamente, las que tienen todas las capacidades para hacer valer un papel mediador importantísimo en el mundo complejo que se nos viene encima. Suficientemente ricos para ser independientes, suficientemente escuchados en todas partes para asumir un papel de mediadores de racionalidad e impedir la nueva política de bloques que se avecina. Capaces de sostener una política centenaria que se hace en diálogo en torno del Mediterráneo, que, al contrario, se va a romper. Capaces de apoyar de manera decidida la laicización de los países musulmanes, empujados por los bloques nacientes a un fundamentalismo que busca quebrar los pies de antiguos bloques y repartirse así mejor las nuevas zonas de influencia. Países los nuestros que han perdido todo decir en la terrible guerra de los Balcanes. Alemania es uno de los bloques

montantes, y estos tres países se venden a ella, atándose las manos quizá para siempre. Sante tiene ideas muy precisas sobre lo que está significando el desmembramiento de los países comunistas y lo que esto conlleva para el nuevo orden mundial. No vamos a colaborar en la construcción de una balanza que proponga racionalidad, sino que nos vamos a entregar irracionalmente a uno de los nuevos garantes del orden que llega. Para Sante, el tratado de Maastricht significa el plato de lentejas por los que Francia, Italia y España —¿tendrá algo que ver con esto las políticas socialistas en los tres países?, para Sante sí, claro— venden un futuro decisivo para laborar por un orden internacional justo y por una paz mundial real y duradera. Me dio mucho en que pensar.

Lovaina, 15 de noviembre de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 21 noviembre 1992)

## 46.- Viaje a Londres

He estado algo menos de cuarenta y ocho horas en Londres, mi ciudad amada. Soy feliz, sobre todo, en ciudades grandes. Y no, precisamente, porque no haya sido feliz, por ejemplo, en Morille, pequeño como la mitad de una de las placitas de aquélla. Pero es que soy un gran paseante de ciudad. Si me dejan sólo en mitad de un monte o en mitad del campo, la verdad es que no sé dónde ir ni qué me hago allá: me pierdo en el horizonte. Pero si me sueltan en una gran ciudad sé muy bien qué hacer: pasear, pasear, pasear hasta casi el agotamiento. Si esta ciudad de paseo es Londres, el placer es casi infinito. Es una ciudad que durante siglos muchos hombres y mujeres inteligentes han diseñado especialmente para que pueda ser paseada con un placer siempre renovado. No es grandiosa como París, sino que tiene el encanto de sus centenares de plazas cuadrangulares con recoleto jardín. Una ciudad inefable con sus bosques interiores como el Hyde Park: inmenso césped verde con sus enormes árboles dejados aquí y allá, al azar de la naturaleza. Una ciudad con sus casas tan poco ostentosas, tan misteriosamente iguales en sus leves contrastes entre un ladrillo oscuro —pero no siempre— y un blanco cremoso. Con sus inefables autobuses rojos de dos pisos. Una extraña ciudad plagada de gente. Gentes de toda raza y condición, pero en donde los que obviamente no son ingleses parecen estar tan integrados como ellos en los colores de calles y plazas. Una ciudad en donde se guardan todavía lo que eran caballerizas —los Mews—: callecitas a espaldas de las grandes manzanas con las casitas de servidores y palafreneros, en donde se vive en el silencio de un pueblito salmantino. No es en absoluto una ciudad rumorosa —ya he tocado otra vez en esta música el ruido ensordecedor de las tachuelas de los zapatos en la plaza en la que viviera el filósofo John Stuart Mill—, y además está inmensamente llena de pequeños remansos de paz. Una ciudad en la que, desde hace muchas

generaciones, sus moradores han impuesto a los gobernantes el cuidado de su calidad de vida: no han permitido que gentes ilustradas vengan desde lo alto a imaginar una ciudad maravillosa, sino que han dejado a la fuerza del tiempo y de la inteligencia de las generaciones el ir construyendo una hermosa ciudad encantada. En París, los dos Napoleones imaginaron una ciudad bellísima y la impusieron con toda naturalidad a la voluntad de los parisinos. Resultó así una ciudad sorprendente por su belleza casi excesiva. Los londinenses no permitieron que tal cosa aconteciera en su ciudad. Prefirieron ser ellos mismos, en su voluntad colectiva, los que edificaran una muy extensa ciudad cuajada de los primores de la vida individual de sus habitantes. Y consiguieron que fuera respetada en el tiempo la fuerza de su voluntad democrática.

Ciudad, claro es, de problemas infinitos y casi irresolubles, porque sólo se les olvidó una cosa: una ciudad —aunque sea Londres— no puede añadir millones a los millones de sus habitantes. Una ciudad no puede admitir razas y colores a lo que ya existía sin que se creen tensiones y confusiones. Pero los londinenses se dijeron: Intentémoslo para bien de todos, para reunir en un sólo acerbo cultural las riquezas de nuestras diversas culturas. Y lo consiguieron. Una ciudad industrial paga su actividad con consecuencias graves en su contorno ecológico —irremediablemente cambiado por la actividad humana—, pero el empeño inteligente de sus gentes ha llevado de nuevo al Támesis a pájaros y peces que habían desaparecido por causa de las primeras poluciones ya en el siglo XVII. Una ciudad que, por voluntad de sus habitantes, ha ordenado drásticamente el problema del aparcamiento: si vas a Londres no se te ocurra dejar el coche aparcado en donde está permitido, pues es un lugar previsto para los coches de los residentes del barrio: cuando vuelvas te encontrarás con que tu coche ya no está. No digamos si lo aparcas en un lugar prohibido. Bueno, pensarás que tú no eres un incauto y te dices: Lo dejaré en un parking. Ya ves, si no lo haces, la policía se llevará tu coche. Si lo haces, te costará un ojo de la cara. Los londinenses se han dicho que no quieren verse anegados por los coches; prefieren vivir, no han querido que su ciudad sea un caos.

Y te preguntarás: A qué habrá ido este buen hombre a Londres al poco tiempo de haber estado zascandileando por Italia. Pues ya ves, a nada. Estaba un día en mi casa y me llamó por teléfono mi hermano Alberto. Me dijo que él con su mujer Pilar y mis hermanas M<sup>a</sup> Pilar y M<sup>a</sup> Teresa con sus maridos Miguel y Alfonso, se encontrarían en Londres —M<sup>a</sup> Pilar y Miguel viven en Granada— un fin de semana de jueves a domingo, que si quería ir yo también. Y allá me fui. Tenía clase el viernes hasta las seis de la tarde. Salí después. Tuve la suerte de que los ingleses —listos que son, un día diré por que— llevan sus relojes con una hora de retraso, lo que facilitó que poco después de las diez me encontrara en el hotel con ellos. Una maravilla, pues por la fuerza de las cosas no nos vemos tanto como nos gustaría. El sábado y el domingo correteamos, compramos, paseamos, charlamos, comimos, nos mojamos, nos cansamos, entramos



en los pubs. Tuve ocasión incluso de visitar a mis maravillosas amigas religiosas de Kensington Square: las hermanas Ana M<sup>a</sup>, M<sup>a</sup> Cruz y las otras, a un lado de la plaza, sister Joseph y sister Gerard del otro lado de la plaza —con aparentes nombres de hombre, pero deliciosas viejecitas que hace años que pasaron la barrera de los ochenta—, junto a sister Elisabeth y las demás; una visita encandiladora, deliciosa, que ha agudizado en mí el afán de vivir: texto y contexto. Ganas, necesidades, ansias de volver el próximo verano en lugar de ir a dar clases en el frío invierno brasileño, pues ¡mira que tener el invierno en agosto! Aunque, todo hay que decirlo en estas calladas notas escritas desde mi exultante exilio lovaniense, es verdad, me lo dijo Antonio García Madrid, con el paso de los meses el recuerdo del Continente —así llaman los de Rio Grande do Sul a su tierra brasileña— me saldría cariñoso, una vez que los achaques del momento comenzaran a olvidárseme en favor de los recuerdos preciosos que de allá me traje.

Lovaina, 23 de noviembre de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 28 noviembre 1992)

#### 46.- Carta a José Luis

Lo que fuimos y lo que somos. Lo que quisimos ser y lo que vamos siendo. Lo que llegaremos, finalmente, a ser. Creo que ahí está uno de los grandes misterios de lo que es una vida humana. Al alborar la vida vemos las cosas con esa nitidez lúcida de la aurora. Hacemos entonces un proyecto con nuestra vida. Un proyecto hablado, hablado con aquellos que son como nosotros, a quienes queremos, con los que compartimos esperanzas y maneras de ver; aquellos con los que iniciamos el camino de la consciencia, salidos apenas de la niñez. Los años discurren, de las ilusiones que tuvimos unas pasan —quizá la mayor parte, quizá todas—, otras se encarnan en lo que somos —sólo unas pocas, quizá ninguna—. Quienes fuimos, sin embargo, queda ahí, encarnado en nuestra propia carne, testigo mudo muchas veces, pues le impedimos que nos recuerde lo que quisimos ser, incómodo las más de las veces, pues nos dice quién hemos llegado a ser, tan lejos de aquél nosotros mismos en quien habíamos puesto nuestra esperanza para llegar a ser lo que quisimos. Cada uno sabe lo que fue el proyecto de su vida. Evidentemente, también yo sé cuál fue el proyecto de mi vida. Proyecto que compartí con otras personas, que realicé en común con ellas, ayudado por ellas. Entre esas personas estaba José Luis C. Ahora vive en una pequeña ciudad española. Teniendo mi edad, está jubilado hace once años por enfermedad. Lector empedernido. Trabajador nato en lo que le apasiona. Apasionado por lo que le gusta. Le gusta pensar. Recortado por los cuidados que le impone la enfermedad. También él —como tú y como yo— carne enmemoriada. Hace tiempo que me rondaban palabras y frases inconexas por la cabeza.

Ayer por la tarde, enfermo yo mismo por un odioso y desencarnado catarro, al final, en vez de meterme en la cama derrengado, me puse a escribirle, por fin. Seguro que no le parecerá mal que emplee casi todo lo que le dije en estas calladas notas de música opaca —supongo— para quien no sabe escuchar, pero música —al menos hoy— clara y lúcida como la del día que se levanta desde la noche oscura.

«Debí escribirte en septiembre. Lo dejé y el tiempo se me fue poco a poco entre las manos. Pero hace ya días que te me estás haciendo presente. Luego, ayer, escuché la *Rapsodia para un tema de Paganini* de Rachmaninov y hoy he seguido con el *Concierto para piano n° 2* y luego la *5ª Sinfonía* de Beethoven. Hete aquí, pues, que estás ahora junto a mí. No es que me hayan venido recuerdos y nostalgias, sabes que no soy nada nostálgico, que soy demasiado racional y demasiado cariñoso. Soy, simplemente, carne enmemoriada.

«A partir de los diecisiete años recién cumplidos —los cumplí un 30 de agosto y nos conocimos un 1 de septiembre al comenzar a estudiar ingeniero industrial— fuiste, fuimos uno para el otro, parte importante en mi vida. Tú, precisamente, dentro del grupo que éramos, representaste la parte más intelectual de mí mismo, la más interesada en la música y en el cine, la más filosófica, la más teológica, sobre todo, la más religiosa. Contigo comencé a leer la Biblia, tras conocer el Monasterio de Valvanera y al Padre Casiano. ¿Recuerdas que fue en el permiso de mi jura de la bandera, y que aparecí vestido de soldado —como también conocí Salamanca vestido de soldado—? Todo entonces lo compartimos, lo hablamos durante horas infinitas y lo discutimos marcándonos muy de cerca, pero siempre en una fiel amistad. ¡Y éramos estudiantes en la Escuela de Ingenieros de Bilbao! Debíamos de ser un tanto extraños, pero lo pasábamos muy bien: éramos capaces de irnos una tarde en el 600 hasta Pau para ver una película, con las carreteras que entonces había, toda una aventura.

«Compartimos lo que queríamos ser, lo que podíamos ser, lo que queríamos creer, lo que creíamos. Compartimos lo que éramos y lo que llegaríamos a ser. En ese contexto de reflexión alocada al cabo de los años, cinco exactamente, mi vida dio un vuelco: decidí seguir la vocación que se me apuntaba en lo que íbamos siendo. Y digo que íbamos siendo porque hacía ya años que tú eras un creyente meditativo y casi perdido en las profundidades de la oración. Yo no. Llegué mucho más tarde que tú. Proseguí en ese camino. Tú, al cabo de los años, no.

«Este es el misterio que me conmueve. Necesito que también tú creas en lo que creímos. No puedo soportar —me hace demasiado frágil— que ahora podamos decir: fueron cuestiones de cuando éramos casi niños. No entiendo que lo puedas decir. Mi fe en el Dios de Jesucristo, curiosamente, pasa por ti. Te necesito a ti en ella. Hasta el punto de que si me dijeras que no crees en él en absoluto y de manera absolutamente fija y definitiva, me pondrás en un aprieto grave, romperías mi propia fragilidad. Te quiero demasiado para que eso pueda ser verdad. No es

posible que, mal que bien —más bien mal que bien—, yo haya permanecido en aquello a lo que fuimos juntos y tú no estés ahí. Comprendo que los caminos de la vida son tan largos y tortuosos, que lo que quisimos ser es tan lejano de lo que luego hemos venido a ser, que los pensamientos han madurado de tal manera en nosotros, que todo ahora es profundamente distinto. Respeto como puedes imaginar lo que tú crees y lo que no crees. Pero hay algo más: lo que creímos y lo que creemos. Yo creo con todas mis fuerzas en el Dios de Jesucristo, nunca he dejado de creer en él —y poco más que creer, bien es verdad, qué digo poco más, bastante menos que creer debería decir—, pero te necesito a ti para creer hasta el final en él, necesito que tu creas conmigo. Necesito que aquello en lo que creíamos siga siendo esto en lo que seguimos creyendo. Si no, me duele el alma.

Ahí la carta casi entera. Aquí, pues termina hoy mi callada música.

Lovaina, 26 de noviembre de 1992

(*La Gaceta regional*, sábado 12 diciembre 1992)

## 47.- Mirando hacia adelante

Mirando hacia atrás, a finales de los sesenta y comienzos de los setenta veo dos personajes que para mí han sido claves: Louis Althusser y Pier-Paolo Pasolini. Mucho de lo que soy se debe a ellos, a su influencia ideológica y artística, a mi comprensión de una manera de estarse en el mundo. Se añadía a otras: los *Cahiers du Cinéma*, lo que significó la troika de Juan XXIII, Kennedy, Kruschew, y la decisiva del Concilio Vaticano II.

Dos destinos trágicos. Althusser, inmensamente influyente en el pensar de entonces, marxista ortodoxo perteneciente al partido comunista francés, pero siempre en tensión ideológica con él. Uno de los que me llevaron de su mano —hay otro, Mendibelzúa— a la pasión por la filosofía. Una filosofía que, siendo más que Ciencia, era Teoría que abarcaba en coherencia toda la realidad; ya una acción racional, el arma ideológica del cambio revolucionario. Corrían rumores de que tenía frecuentes períodos de enfermedad. Pasado su tiempo, cuando por su propia deriva teórica cada vez más ortodoxa y por la deriva ‘sesentaiochista’ de todos sus lectores ya no tenía seguidores, nos enteramos con pasmo en noviembre de 1980 que en su casa de la *École Normale Supérieure* de la *rue d'Ulm* de París había matado a su compañera de siempre, Hélène, con la que nunca se había casado. Entonces supimos que sufría una gravísima enfermedad depresiva ya desde antes de cuando permaneció cinco largos años en Alemania como prisionero de guerra. Fue declarado irresponsable. Se sobrevivió todavía diez años hasta su propia muerte en octubre de 1990.

Ha salido el volumen primero de una biografía apasionante, inaudita en la fuerza de su interés: Yann Moulier Boutang, *Louis Althusser. Une*

*biographie. I. La formation du mythe (1918-1956)*, París, Grasset, 1992, 509 p. Falta todavía el volumen de los años de la gloria y de la muerte. Un católico convicto que a comienzos de los cincuenta ‘entró’ en el Partido. Bulle en su historia la problemática de las que han sido mis propias concepciones sobre el lugar de lo cristiano. Lo encuentro todo cuando, finalizada la guerra, comunista de pensamiento ya, rompe con la Iglesia. Hay algo en sus opciones filosóficas que lo ha hecho irremediable: una cierta concepción escatológica de la Historia, que se encarna en la clase proletaria. Desde ahí, su cristianismo queda fuera de un suelo nutritivo enraizado en la ‘tradición’ eclesial y en lo que la encuadra y dirige. Se ha disuelto la particularidad de la religión cristiana como revelación de Dios. El suelo nutricio es ahora sólo la clase obrera en lucha, que sale de la guerra en la Resistencia. Su pensamiento es ahora sólo el que representa el pensar objetivo de esa clase en lucha ascendente hacia el final feliz de la Historia, es decir, el marxismo de los comunistas dirigidos por el Partido.

Hay algo absolutamente asombroso en que las cosas hayan podido darse así. Pensaron que el ‘final de la Historia’ había llegado y tenían una prisa imponente por no perder esa última oportunidad. Pensaron, además, que esa era la manera verdadera de expandir hasta su centro mismo el mensaje recibido por Jesús en la Iglesia. Hay, pues, una falta de realismo asombroso. ¿Cómo puede uno pensar que sus tiempos son ‘los últimos tiempos’? ¿No hay en ese pensamiento una soberbia absolutamente demoníaca, narcisista, mejor? ¿No es una necesidad imperiosa de no dejar escapar la última oportunidad de tomar el tren que marcha hacia el final de la Historia, es decir, el tren del poder? ¿Cómo pudo darse esta inflexión? ¿Qué aconteció para que se perdieran los papeles de esta manera? ¿No es tanto aceleración de la historia —que la hay, evidentemente—, cuanto carrera para no dejar escapar la última oportunidad, para llegar a tiempo a la ‘Historia que adviene definitivamente’? ¿No hay un dejar la propia razón, el meditado estudio de las razones, para adherirse a las razones-sin-razón de quien te ofrece el carro del poder? ¿No es, en definitiva, un tomar posiciones frente al lugar que uno quiere ocupar en el imperio del mundo?

No me refiero ni mucho menos sólo posiciones de interés personal; en el caso de Althusser, seguramente, es más bien interés en tomar posiciones de pensamiento que sean las correctamente acertantes con lo que es ‘la Historia que ya ha advenido definitivamente’ en nuestra historia. Estar en el pensar acertante con lo que es lo que, como se cree saber con certeza de ciencia, ya ha advenido. La Revelación se nos ha hecho así Historia. Hay algo asombroso en esta manera de ver las cosas. Motor de pensamiento y de acción, aguja de marear para ir por la vida del pensar acertadamente, para hacer que la acción del pensamiento siga los caminos de lo que debe ser porque es la revelación definitiva de lo que es. Hay así algo de fijista en la Realidad definitiva de lo que es. La Ciencia de

la Realidad, pues, ha llamado a las puertas del pensar. Mas pensar esto ¿es racional o no lo es?

¿Cómo es posible haberse dejado enrollar en esto? ¿O será que todo enrolla es siempre eso 'un enrolla', el enrollarse con los tiempos, con el espíritu de los tiempos, con los intereses de los tiempos; en el fondo, la manera propia de querer uno hacerse con su parte de poder? ¿Cabe alguna alternativa entre esa postura y el escepticismo de quien ya ha visto tantas cosas en las que ha tenido que dejar de creer que no quiere ni puede creer en nada? Tiempos los del final de la guerra tan parecidos a una cierta prisa de los cristianos por el socialismo de los setenta y de algunas corrientes de la teología de la liberación. Paralelismo asombroso. Algo que se repite, al parecer, una y otra vez en la historia de lo acontecido.

¿Qué hay tras esta aparente repetición? Me resisto a ponerlo todo en un vago interés, aunque se dé. Hay algo más profundo ahí: la certeza de haber encontrado el espíritu del tiempo, pero un Espíritu del Tiempo que muestra la inexorabilidad de la Historia que ya llega. Quien siente las cosas así, ¿cómo no se dará prisa por subirse al carro de esa Historia? Si no lo hiciera, se sabría condenado por haber perdido la ocasión de oro, la última posibilidad de salvación que se le ofrecía. Pero ¿cómo es posible pensar y sentir esto? Mirando hacia delante, ¿no es ello mera irracionalidad?

Lovaina, 2 de diciembre de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 19 diciembre 1992)

## 48.- Navidad

En nuestros viejos países de Europa y en otros muchos países del mundo entero la Navidad es una fiesta preciosa. Quizá la más entrañable de todas las fiestas. Algunos se empeñan en decirnos que celebramos con ella el renacimiento del sol, justo en el momento en que éste parecía morir en la noche que se alarga, pues dicen que la conmemoración del nacimiento de Jesús en Nazaret se hizo aprovechando una fiesta pagana que se celebraba por estas fechas de diciembre. Quizá tengan razón, porque tantos años después la luminosa fiesta de Navidad, como todos podemos ver, vuelve a ser de más en más casi una mera fiesta pagana.

Pero, con todo, durante dos milenios, en estos días se ha celebrado en los países cristianos una cosa sorprendente. Dios hizo el mundo creándolo de la nada, como dice el cristianismo, pero no todo termina ahí en sus afirmaciones, pues hay una segunda afirmación que es mucho más importante todavía: los cristianos celebramos que el Verbo de Dios, el Hijo de Dios, se hizo carne, se hizo hombre, hombre como nosotros, en todo igual a nosotros excepto en una cosa.

Y ¿por qué la encarnación? Para algunos, el hombre y la mujer con el pecado —la única cosa en la que la Palabra encarnada no es igual que nosotros— de tal manera rompieron los planes de Dios para la creación, que Dios mismo debió intervenir en el mundo para rehacer la creación con una nueva recreación. Para otros, el motivo de la encarnación es más bonito, pues Dios desde su siempre quiso encarnarse porque desde su siempre quería lograr la divinización real del hombre. Las dos ideas son hermosas. Las dos maneras de entender la encarnación de Dios, de entender el nacimiento de Jesús de la Virgen María, insisten en algo que vuelve a ser sorprendente: el hombre es la finalidad de la creación del mundo por la Palabra de Dios y de la encarnación de la misma Palabra de Dios —. Hay, pues, finalidad, y la finalidad del mundo no es otra que tú y que yo, que nosotros todos.

¿Se puede afirmar de una manera más radical y fuerte lo que los cosmólogos de hoy gustan llamar principio antrópico? La Navidad nos pone en el centro del mundo la gruta de Belén con el niño Jesús en el pesebre, con María, su madre, con José, con los pastores, con el buey y el asno, con los Reyes Magos, con Herodes y los niños mártires —¡ya entonces niños muertos!—. La Navidad nos dice que esa imagen tan normal, tan pobre, tan pequeña, de los nacimientos —que inventó ese personaje singular y maravilloso que era san Francisco de Asís—, muestra un mundo diferente, ya recreado, un mundo nuevo, un mundo en el que nuestra divinización se hace posible, en el que podemos de verdad comenzar a cantar a pleno pulmón con los ángeles de Belén: . Un mundo en el que lo expresado en los nacimientos comienza a ser nuestra verdadera realidad.

Que las cosas sean así nos calienta el alma. Pero ¿son así? Sí y no.

Hay elementos por los que podemos decir en verdad que ese mundo nuevo, ese mundo recreado, ese mundo en el que el hombre es Dios porque Dios se ha hecho hombre, en el que Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios, que ese mundo tan distinto está ya entre nosotros, en nuestro propio ser, en nuestra propia realidad. No sólo en un corazón que parece calentarse un poquillo estos días, sino en una realidad que aparece en nosotros y entre nosotros. Realidad nueva. Realidad real.

Estoy seguro que también tú conoces algunas personas y algunas situaciones, quizá muchas, en las que esa realidad nueva está emergiendo. Luz en mitad de la noche que te sirven también a ti de referencia para saber hacia dónde ir. Pero, ¡ay!, seguro que te pasa como a mí: no siempre quiero caminar en dirección de esa luz que aparece en la oscuridad.

Quizá por eso, hay otros elementos —¡muchos!— que, al contrario, parecen indicarnos que el mundo nuestro es un mundo viejo y reviejo. El mundo de la guerra, del hambre, de la injusticia, del racismo. El mundo terrible de Somalia y de Bosnia. En el que unos hombres matan a otros hombres, unos hombres dejan morir de hambre a otros hombres. Un mundo en el que la pobreza se hace cada vez más presente entre nosotros. Un mundo en el que, una vez más, los ricos se enriquecen en la

riqueza y los pobres se empobrecen en la miseria. Un mundo, en todo caso, en el que el sufrimiento, la enfermedad y la muerte tienen toda nuestra presencia; en el que demasiadas veces también tú y yo nos empeñamos en hacer crecer ese sufrimiento. En el que nos olvidamos del rostro del otro.

¿Será que tienen razón los que dicen que todo esto de la Navidad son chanfainas y que no es más que un ligero barniz —de dos mil años— que recubre una fiesta meramente pagana de renacimiento del sol? Hay veces que también yo lo pienso así. No porque los pazguatos se escandalicen con los gastos de estos días. Aunque la Navidad no fuera sino poco más que un gran negocio para las tiendas de comidas y de regalos, no estaría mal, también ellos tienen así la posibilidad de vivir de su trabajo. Las fiestas son importantes para todos. La fiesta nos hace en lo que somos.

Pero la Navidad es más: nos podemos hacer niños. Lo que en estos días nos ofrecemos es un don, un símbolo del cariño, de la memoria de lo que hemos sido y somos unos para los otros. Siquiera por unos días vivimos lo que deberíamos vivir siempre. En el mundo de las oscuridades invernales no es poco, no está mal. Pero está mucho mejor si también nosotros vamos a Belén con regalos y presentes y comprendemos de qué manera lo que allí vemos es el centro mismo de nuestra vida y de la realidad. Un mundo en el que en tu corazón y en el mío crece una luz distinta, luz divinizadora, en el que comienza a alumbrar un mundo diferente, un mundo nuevo, un mundo de justicia y de paz, un mundo que mana leche y miel. La nueva creación ha comenzado ya.

Navidad es también esto, sobre todo esto.

Lovaina, 17 de diciembre de 1992

(*La Gaceta regional*, sábado 26 diciembre 1992)

## 49.- De nuevo la universidad

Espero que mis callados lectores no se quejen de que vuelva a hablar aquí de quien, al fin y al cabo, me da los garbanzos: la universidad.

Un norteamericano a quien conozco, profesor de metafísica en una universidad canadiense, afirma sobre la universidad dos cosas fantásticas. Viendo la sociedad, dice, que en su seno había bastantes chiflados, construyó un recinto que rodeó de un alto muro, puso una sola puerta para entrar y encima de ella inventó una palabra: Universidad. Su segunda afirmación es todavía más cáustica. Dice este buen hombre que la universidad es, de entre las muchas instituciones todas democráticas que nos legó la edad media, la única que sigue todavía siéndolo, y añade con salero: Por eso no funciona.

No comparto las opiniones del buen metafísico anglófono, pero quiero decírtelas, no sea que hubieras pensado tú algo por el estilo.

El otro día me invitó a cenar en su casa de Bruselas un profesor de matemáticas español; su familia vive acá. Le conozco desde hace años. Me cae muy bien. Estimo mucho sus opiniones sobre cuestiones científicas. Pero el desconcierto en que anda es asombroso: Nadie —rezonga— se dedica ni a las matemáticas ni a la investigación pura. A nadie le interesa. Los mejores estudiantes —se queja con amargura— van a cosas que huelan más a dinero. Vamos quedando en la universidad —termina— los que no tenemos a dónde ir y ningún joven valioso quiere dedicarse a ella.

Tampoco comparto del todo la desazón de mi buen amigo el matemático. Quizá porque, gracias a Dios, desde hace muchos años me desenvuelvo en la universidad en torno a la filosofía y a la teología, y de cierto que por ahí no hay ningún olor a dinero —tontería, quizá, billetes, ninguno—. No tener ese sentido tan fino del olfato tiene ventajas: uno se dedica a lo que le gusta, aunque sólo tenga un plato de ricas lentejas.

Algún día hablaré musicando esta Lovaina de mis amores a la que llegué por primera vez una fríasima mañana de un domingo de enero del lejano 1967 —creo que el día 21—. Pero cada cosa tiene su tiempo.

Mas todos estos preámbulos son para referirme a un artículo que leí en *El País* del día 8 de diciembre. Sus autores son María de las Nieves Muñiz e Isidoro Reguera. No los conozco. Pero Reguera es amigo de Jesús María Ayuso, profesor de filosofía del Instituto de Trujillo hace lo menos doce años, al que conozco desde el mismo día en que puso sus pies en la universidad. Y los amigos de mis amigos son mis amigos.

El artículo se titula ‘Corrupción en la Universidad’. Es durísimo. Tienen sus autores más razón que un santo. El método con el que se nombran los profesores en la universidad (estatal) española es una mera corrupción endogámica. No quiero repetir lo que Muñiz y Reguera dijeron tan bien y con tanta fuerza de denuncia. Todos los que estamos al tanto de la universidad (estatal) española lo sabemos desde hace años. Eso es una pura vergüenza. La muerte sin remedio de la universidad.

Pero no podemos olvidar que eso va unido a lo que decía mi amigo el matemático medio bruselense. Porque las cosas nunca van sueltas. Sin su contexto, la endogamia en la universidad no es necesariamente corrupta.

No hay nada que hacer cuando a una facultad, por buena que quiera ser, sólo pueden llegar los alumnos de unos kilómetros en torno de sus puertas; alumnos, además, que tienen unos intereses bien definidos entrar, por ejemplo, en la segunda enseñanza como profesores burócratas. No hay nada que hacer cuando toda la red de universidades (estatales) está montada para que no haya competencia entre ellas; ni competencia de profesores ni, menos aún, competencia en la captación de alumnos. Esto, además de todo el asunto de la corrupción del nombramiento endogámico de los profesores, hace que el conjunto entero sea falso, que todo sea mentira, todo mera cuestión de repartos de poderes y de dineros.



Porque, todo hay que decirlo, en otras maneras de concebir la universidad, ésta tiene siempre procedimientos absolutamente propios para nombrar a sus profesores. Procedimientos que bien pueden ser de pura endogamia si quiere, eso es lo de menos. Lo importante es que, en ese régimen universitario, si una universidad comienza a nombrar profesores mediocres o malos, enseguida sus facultades empiezan a ser peores, los alumnos mejores prefieren ir a otras universidades y se establece así un círculo tremendo. Nombras a quien quieres, eso sí, pero si no aciertas te la juegas. Y lo que te juegas es, sin más, la supervivencia, el cocido de todos los días. Nadie en una universidad que se precie, claro es, quiere que esto acontezca. Hasta el punto de que, cuando así acontece, todos quieren que se tomen medidas para que el procedimiento vuelva a su pureza, porque el nombramiento de buenos profesores es la piedra fundamental de una buena facultad y de una buena universidad. Algo que interesa a todos.

En la enseñanza universitaria (estatal) española nada de esto importa. Pues todo se paga del presupuesto general del Estado —¡con mayúscula, faltaría más!—, aunque entren profesores mediocres o zopencos como elefantes, no importa. Al menos los alumnos de los alrededores están asegurados. Y si no hay alumnos, no importa. El dinero está asegurado para siempre. ¿Que ésta o la otra universidad son una vergüenza? No importa; la de allá y la de acullá todavía lo son más. Nada importa, todos son meros burócratas. ¡Viva, viva, vivamos en nuestro regio palacete!

¿Que exagero? Si tú no estás en el asunto puedes pensar que sí, pero si en algo me escuchas en esta callada música, por favor, créeme en lo que te digo. Si estás en el asunto, lo sabes igual que yo.

Sólo falta que, como en el cuento, partiendo de algún niño insensato, claro es, vaya corriendo la voz de la cruda realidad: El rey está desnudo. Nadie quiera confundirse. En mi cuento el rey es la universidad española.

Y mientras tanto, en ese descuajeringado mundo, la enseñanza universitaria española libre sin poder asomar siquiera la nariz.

Lovaina, 17 de diciembre de 1992  
(*La Gaceta regional*, sábado 2 enero 1993)

## 50.- Catecismo

No me acuerdo siquiera si alguna vez estudié el catecismo. Supongo que sí, visto que tanta gente parece recordarlo con todo el detalle de sus preguntas y respuestas. Astete y Ripalda, porque eran dos. Recuerdo con cariño a una persona cercana a mí que, tras el Concilio Vaticano II, perdió todo rastro de fe pues, como decía, .

El lunes 16 de noviembre de 1992 se hizo la presentación de la edición francesa del nuevo catecismo, titulado *Catecismo de la Iglesia Católica*. El martes 17 se puso a la venta y lo compré. Fui ese día a Lieja a visitar a mi amigo Vincent Baguette, compañero de estudios teológicos en la vieja Lovaina. Cuando fui a comprar el catecismo se había agotado. Muy fastidiado, paré en la vieja Lovaina, camino de la nueva, y allá, en tierra de flamencos, sí que pude comprar mi ejemplar francés del catecismo. Lo miré en el tren. Leí con muchísimo gusto las primeras páginas y lo ojeé en su conjunto. Me pareció algo de una solidez que no esperaba. Digo solidez no por el formato, sino porque está muy bien construido, con un cuidado exquisito en la coherencia del conjunto, de las razones que se van engarzando unas en otras. Como a esto le doy una gran importancia en el pensar filosófico, me agradó sobremanera ver que los autores del catecismo habían querido hacer un gran esfuerzo de pensamiento teológico. Eso es algo que lo hace valioso en sí mismo. Llegué a mi Lovaina y ya no he tenido ocasión de volver sobre él. Lo haré, pero siempre los vientos del momento me llevan acá y allá, fuera de mi catecismo.

Al día siguiente en la biblioteca de la Facultad de Teología le transmití mi impresión a un estudiante chileno amigo que buscaba el ejemplar del catecismo. Se quedó un tanto sorprendido de mi brevísima opinión —la gente bien, supongo, debe estar en contra—. En nuestra pequeña conversación intervino una persona, antigua religiosa ahora casada con un antiguo sacerdote, que trabaja en esa misma biblioteca. Días después se me acercó e inició conmigo una indignada charla sobre el catecismo. Estaba muy fastidiada por mi opinión. Sostuvimos una conversación curiosa, a la que tontamente me dejé llevar. Le parecía inaudito que se hubiera publicado ese libro. Era evidente que, para ella, cada uno tiene derecho a decir lo que piensa o lo que quiere; todos, claro, menos los obispos y el Vaticano. Rezumaba indignación. Había leído cosas que le indignaban sobremanera, que habían dejado de decirse y sostenerse hacía mucho tiempo. A mí, como quiere ser un “catecismo universal”, me parecía bastante inteligente que dijera cosas más bien seguras y que tienen bases en la Biblia y en la tradición católica. Confieso que no esperaba que fuera un baúl de innovaciones y no me parece mal que sea como es, aunque entiendo que acá caben muchas discusiones. En todo caso, los responsables del catecismo optaron por un modo de hacer capaz de una gran extensión en el mundo católico. A mi interlocutora, en cambio, le parecía una vergonzosa vuelta atrás, hacia lo seguro y lo superado.

La opinión más o menos fundada que acabo de reflejar me parece que ha sido la opinión preponderante en los medios de comunicación y entre mucha gente más o menos intelectual antes de la publicación y en el momento de ella. Por ejemplo, era la opinión una y otra vez expresada del periódico *Le Monde*. Habría que haber leído esos días los periódicos españoles, algunos sobre todo, o haber visto la televisión. El tono seguro que era el mismo, cuando no peor. El catecismo pareció iniciar la vida con

el sambenito puesto y calzado con el sombrero picudo del santo oficio, vestido con el capuchón maldito de los nazarenos. En los augurios de muchos su nacimiento era vergonzoso, aunque no importaba demasiado porque —decían— el catecismo nacía muerto.

Y sin embargo ocurrió entonces algo extraño y sorprendente.

En la primera página del *Le Monde* del jueves 10 de diciembre se hablaba ya de 400.000 ejemplares vendidos de la edición francesa. Por esos mismos días salió la edición española y la italiana, que yo sepa, y en dos o tres días se agotaron ediciones de más de 100.000 ejemplares. Se han vendido ya cientos de miles de ejemplares también en español y en italiano. ¡Cierto que falta todavía leerlo!

El 25 de diciembre de 1992 apareció en *Le Monde* un artículo de Paul Valadier, profesor en el Centro Sèvres de París, religioso, pensador católico muy conocido en la iglesia francesa, que se titulaba “El último catecismo”. Notable. Verdaderamente notable. Muy mal, pero que muy mal. Veamos por qué. Le parece una vergüenza el desmadre mediático para un texto que tratando . Hablaba de cosas que deben ser terribles, de violaciones del embargo y de divulgaciones interesadas. En fin, no sé cuantas crueldades mediáticas más cuya culpa era, evidentemente, del mismo catecismo y de sus turbios propaladores. Entre ellas, una obviedad: este catecismo no barre el enorme esfuerzo catequético de los años pasados y sus frutos en los numerosos catecismos que se han publicado. Lo entiende cualquiera: este catecismo, gracias a Dios, ha sido hecho también por catequetas, no por arcángeles. Valadier sabe que el texto del catecismo no es tan intemporal como parece. También yo lo sé, ¡sólo faltaría!, como tampoco lo es el propio artículo, ¡nadie se chupa el dedo! Le indigna también que se cite por igual a Juana de Arco y al Nuevo Testamento, pues esos textos no tienen idéntico valor. ¿No te habías dado cuenta al leerlo? Te confieso que yo sí, pero quizá hace falta gran capacidad de lectura para llegar hasta ahí, y sólo hemos llegado Valadier y yo. Le indigna, por último, que todo se ponga por igual, sin “calificar” su valor teórico-dogmático. Gracias a Dios no estudié aquellos cursos de teología de la BAC escritos en latín que sí ponían a cada afirmación su “calificación teológica”. Eso sí que no está en la Biblia.

Lovaina, 15 de enero de 1993

(*La Gaceta regional*, sábado 16 enero 1993)

## 51.- Francisco Lacueva

Pongo ese nombre con cariño, un poquitín melancólico. Muchas veces lo he tenido presente. Me vuelve ahora porque mi amigo Felipe Hernández me ha enviado hoy un libro de Francisco Lacueva con extraño título: *Nuevo Testamento interlineal griego—español*, publicado en 1984 por Editorial Clie (Galvani 113, 08224 Terrassa). Hace dos o tres años,

cuando me enteré que lo había escrito, me dijeron que había muerto hacía poco.

Celebramos estos días la semana de la unidad de los cristianos. Es importante. El primer día creo que debe ser dedicado a ver de qué manera hoy entre nosotros los católicos se dan tantas divisiones, desconocimientos, incluso odios, que nos deben llevar a temer divisiones profundas, a iglesias sectarias que ya no se reconocen, como ha acontecido en otros momentos.

En este contexto quiero dedicarle un recuerdo amoroso a Francisco Lacueva. Conviví con él más de un año. Fuimos amigos. Nació en Tarazona. Un aragonés muy cercano, pues, a mi Navarra. Hijo único —¿o tenía una hermana?— de una madre muy piadosa; su padre murió enseguida. Entró en el seminario de su pequeña ciudad, porque su madre, decía, quería tener un hijo sacerdote. Hombre intelectualmente muy dotado, fue un estupendo estudiante de filosofía y de teología. Llegado al final de sus estudios, ¿cómo no ordenarse? Hubiera sido, me contaba, un disgusto terrible para su madre. Prefirió no ponerse en evidencia y se dejó ordenar de sacerdote sin decir nada a nadie. Como era brillante en todo lo suyo, al poco tiempo sacó la oposición de canónigo magistral de la catedral de su ciudad. Me decía que nunca debió ordenarse, pero también que no quiso hacerle daño a su madre.

La vida de Francisco Lacueva fue por ello una continua zozobra. Además, no se encontraba nada a gusto en una pequeña diócesis aragonesa en el tiempo anterior al Concilio y en la España franquista. Enseguida fue un rebelde. ¡Pero tenía a su madre, con la que vivía!

Me contaba cómo siempre había supuesto que su ordenación sacerdotal no había sido válida, cómo llegó a ella pensándolo y cómo se ordenó sabiéndolo. Se interesaba mucho en la dispensa del sacerdocio obtenida por Xavier Zubiri a principios de los cuarenta, cuando probó su falta de libertad y que en realidad nunca había sido sacerdote católico puesto que en el momento de la ordenación le había faltado ese requisito indispensable. Zubiri defendió su propia causa y probó que nunca había sido sacerdote por cómo había llegado a la ordenación. Su caso era igual. De idéntica manera, Francisco Lacueva estaba seguro de que nunca había sido ordenado válidamente. Me contaba que se entendió muy mal con su obispo y con los medios clericales de su pequeña ciudad.

Además, él era un teólogo progresista, conciliar antes del Concilio, muy bien informado de la teología que se cocía por Europa preparando el gran acontecimiento que inició Juan XXIII. La vida se le hizo inllevable. En su estado, ¿cómo hubiera podido soportar lo que le tocó en suerte vivir?

Esperó a que muriera su madre y entonces todo saltó por los aires, rompiendo con su diócesis de Tarazona y con la Iglesia católica de manera violenta. Era a finales de los años cincuenta o comienzos de los sesenta. Se hizo protestante, como aconteció por entonces a varios sacerdotes católicos conocidos. Fue a Inglaterra. Dio por la radio charlas de afirmación del protestantismo que fueron muy conocidas. En Inglaterra

tenía relación con miembros muy estrictos de la Iglesia de Escocia. Se casó y tuvo una hija.

Sin embargo, no estaba contento en su papel. El Concilio le hizo un profundo impacto. Dejó todo en Inglaterra y se volvió a España. Entró en contacto con la diócesis de Madrid, para volver a ser sacerdote católico. Le dijeron que era posible, pero debía pasar un tiempo. Lo aceptó. Le enviaron al Monasterio de El Paular, como de prueba-espera. Allí estaba yo —de julio de 1963 a septiembre de 1966 fui monje benedictino allá, ahora solo soy un monje giróvago—. Nos hicimos muy amigos. Era un hombre muy cariñoso y muy necesitado de afecto. ¡Su ilusión mas grande entonces era volver a celebrar la eucaristía como sacerdote católico!

De vez en cuando bajaba a Madrid, a la curia diocesana, y volvía diciendo que sus papeles parecían ir adelante. Era un lector voraz y un gran grafólogo. Fue feliz el día en que tuvo permiso para ponerse de nuevo la sotana. Al final, incluso concelebraba. Todo parecía ir muy bien. Un día volvió desconsolado de su visita a la curia diocesana: “Me han estado todo este tiempo tomando el pelo, no era verdad que mis papeles llevaran su curso, todo estaba parado. No hay nada que hacer. Me vuelvo a Inglaterra. Allá al menos me acogerán, tengo una casa, y mi hija tendrá un padre”.

Y se volvió a Inglaterra, a Tunbridge Wells, un precioso lugar de Kent, al sur-oeste de Londres. Me carteeé con él varias veces —nuestras cartas deben de estar guardadas en cajas de zapatos, con todas las demás— y un invierno, creo que del curso 1971-1972, fui un largo fin de semana a visitarle desde Lovaina. Me recibió con enorme afecto. Hablamos mucho. Fui bien recibido por sus parientes, pero hicimos nuestro aparte. Vivía en una casa enorme, magnífica, preciosa, con un gran jardín. Era la casa de sus suegros, gente de dinero. Si no recuerdo mal, estaban muy ligados a las Sociedades Bíblicas de Edimburgo, que publican las Biblias que decimos protestantes, la de Cipriano de Valera y sus revisiones posteriores, difundida entre los protestantes de habla española. La última revisión la hizo él. Tenía una memoria prodigiosa. Creo que fueron cinco los errores de imprenta que se le colaron en la edición que preparó de la Biblia entera. Logró recordar cómo y por qué se le pasaron tres correcciones; pero de las otras dos, nada. ¡Y eso le dejaba muy simpáticamente preocupado!

Me decía: “Ves lo bien que estoy aquí, pues, sin embargo, no hay nada que hacer, soy un extranjero que ha tenido una hija, además mi acento inglés es deplorable. Pero aquí he sido bien acogido”. Volví a Lovaina lleno de melancolía. ¡Quise y quiero a Francisco Lacueva, tan distinto a mí!

Lovaina, 18 de enero de 1993  
(*La Gaceta regional*, sábado 23 enero 1993)

## 52.- Rebelión

Hace unos días cayó en mis manos un libro de gran formato y de unas doscientas páginas con una selección de cartas de Lutero. Lo leí casi de un tirón, con furor, con pasión. Pero la obra de Lutero es tan vasta que esas páginas apenas son sino un pozalín de agua tomada del mar.

Hace años, veinte ya, estudiante de teología en la vieja Lovaina —esto lo escribo desde la nueva Lovaina, algún día mi callada música explicará tal galimatías—, devoré cantidad de escritos de Lutero, varios cientos de páginas. Con todo y con eso, unos pocos cántaros de agua en el océano de una obra titanésca que ocupa cuatro o cinco metros de la estantería de una biblioteca. Obra de una fuerza colosal. Fuerza teológica como pocas en toda la historia de la Iglesia, llena de profundas bellezas. Fuerza arrebatadora de su prosa que creó el alemán literario. Fuerza desmadrada de una vida que pronto estará comprometida con todos los excesos.

Parecería que, en una labor de centramiento de lo que consideraba la esencia misma del Evangelio, desvirtuado entonces en Alemania hasta la exasperación por la Iglesia, quiso volver al apóstol Pablo. Entonces, por ejemplo, hacia 1520, para construir San Pedro en Roma, se predicaba en Alemania una fácil salvación eterna ligada a la venta de indulgencias: comprándolas se ganaba el cielo. Fuerza devastadora la de Lutero en su arrebatada rebelión contra el Papa y lo que Roma significaba. Una lucha, la suya, por la reforma de la Iglesia, por volver a la Iglesia de los primeros tiempos, a una Iglesia purificada de toda ganga y excrecencia añadida por esa época negra de la que se salía entonces. Era el tiempo de Erasmo y de la vuelta a la antigüedad clásica, a la cultura greco-latina, abandonando como pútrida negrura toda la edad media. Época en que floreció un clamor general por la renovación y purificación de la Iglesia, por la vuelta a la sencillez evangélica, a la doctrina anclada en la Biblia y no en las sutilezas aristotélicas de los antiguos teólogos escolásticos. Mas, por ejemplo, esa renovación se había iniciado ya hacía años y con gran éxito en la España de los Reyes Católicos, gracias a los esfuerzos del cardenal Cisneros y otros muchos. Alemania, sin embargo, gemía todavía en el caldo de cultivo que dio una dimensión gigantesca a la rebelión del monje agustino.

Todo ello —¿qué otra cosa podía yo pensar entonces y seguir pensando ahora?— me hacía muy cercano a ese personaje genial de inaudita fuerza religiosa. Pero dos cosas me alejaron para siempre de él en mi actitud profunda con respecto a la reforma de la Iglesia. Ahora, leyendo esa selección de sus fantásticas cartas, me he vuelto a dar cuenta.

En mis lecturas de entonces —la época del tardofranquismo— me provocó una inmensa reacción algo que tiene dos vertientes. La reforma luterana alentó muy pronto —¡sin quererlo!— una erupción político-religiosa de una importancia colosal: la revolucionaria rebelión de los campesinos alemanes dirigidos por Thomas Münzer, revuelta cargada de

excesos y que hacía tabla rasa de toda organización política. El 15 de mayo de 1525 fueron aplastados por príncipes alemanes ganados a la reforma luterana en la cruelísima batalla de Frankenhause (Turingia). El mismo Münzer, hecho prisionero, fue decapitado por orden del landgrave Felipe de Hesse —el principal protector de Lutero—; su mujer, encinta, asesinada junto a él. Fueron largos momentos de una crueldad infinita. Pues bien, me quedé escandalizado para siempre por la saña de los escritos de Lutero alentando la derrota y exterminio cruel de . Para ese viaje, ¿eran necesarias alforjas de renovación y pureza evangélicas?

Siempre ha sido, para mí, un motivo de total incompreensión cómo el genial teólogo y hombre de Iglesia de 1520 —ávido de reforma religiosa—, puede ser el mismo del influyente personaje de la política en el año 1525 —ávido de sangre—. Me niego a entrar ahora en si hicieron bien o mal los príncipes alemanes. Lo que me deja fuera de órbita es la actitud de Lutero.

Hay una segunda vertiente, decía, de ese fenómeno que se ha dado muchas veces desde los tiempos de Constantino, el emperador romano convertido al cristianismo: el enfeudamiento hasta las cachas de la reforma luterana —y luego de la zwingliana y de la calvinista— con la fuerza política de los príncipes, convirtiéndose las Iglesia protestantes desde sus mismos orígenes en iglesias estatales de pequeños estados o de ciudades-estado. Las luteranas —de las que salen las Iglesias Evangélicas—, ligadas a los príncipes; las calvinistas —que originan las Iglesias Reformadas—, ligadas a la burguesía bien asentada y con gran capacidad de cohesión social nacionalista para un futuro que entonces llamaba a las puertas. No soy ingenuo, sé que esa ligazón político-religiosa se ha dado, se da y se dará, pero para ello ¿era necesario una renovación y una pureza traicionadas desde el comienzo mismo en favor de otra Iglesia (igual)? Además, ¿no hay aquí algo parecido a lo que vimos con Jomeini y su rebelión iraní, a lo que vemos con el que llamamos fundamentalismo musulmán?

Lo segundo que me alejó para siempre de la rebelión luterana es que hace veinte años, a comienzos de junio, dando vueltas a pensamientos así, tras la suerte de varias semanas en Roma —iba para trabajar y no di golpe: paseé y paseé y paseé—, fui a Asís para estar algunos días. Un amigo me había dado las señas de un convento-hospedería. Llamé, salió el portero, me miró de arriba abajo y con razón me dijo: Aquí no hay sitio para usted.

De aquél viaje roto me traje un cariño loco por san Francisco de Asís, por su vida y obra, y sobre todo porque me ofreció otra manera de encarar la reforma en la Iglesia, radicalmente distinta a la luterana. Tentado por ésta, pero tocado por el espectáculo de 1525, como fruto de este encuentro me dije sin vacilar: la franciscana es mi manera —¡aunque luego lo olvidara enseguida!—. Lutero, queriendo ser un nuevo Pablo, busca crear una Iglesia purificada, reformada, aunque se construya otra Iglesia (igual). Francisco, en una Iglesia que siempre necesita reformarse y

buscando reformarla, quiere cambiarlo todo haciéndose, con la ayuda de Dios, como Jesús.

Lovaina, 25 de enero de 1993  
(*La Gaceta regional*, sábado 6 febrero 1993)

### 53.- Sesenta años después

Ayer, 30 de enero de 1993, había más de cien mil berlineses con las velas de la paz encendidas en la puerta de Brandenburgo. Se cumplían sesenta años de la llegada al poder de Adolf Hitler, creador y jefe del Partido Nazi, nombrado jefe del Gobierno por el presidente Hindenburg tras las elecciones: su partido había sido el más votado. Luego, a los pocos meses, todavía ganó unas nuevas elecciones, obteniendo la mayoría de los diputados elegidos. Ciertamente ayudado de marrullerías nada democráticas.

Nos olvidamos con frecuencia de este dato decisivo: Hitler llegó al poder por elección democrática. Luego ya es otro cantar. A la muerte de Hindenburg fue nombrado por la Cámara de Diputados Presidente de la nación. Tomó todo el poder para sí y los suyos. Destruyó a sus enemigos. Fue el Führer de todos los alemanes. Preparó y se lanzó con ansia a la conquista de Europa. Creyó que el III Reich alumbraba un Reino eterno y originó la hecatombe más grave de la historia humana: millones de judíos exterminados, medio millón de gitanos exterminados. Veinte millones de soviéticos muertos. Millones de alemanes muertos. Media Europa arrasada, Asia en llamas, África tocada. La situación más dramática de la historia.

Pero, insisto, Hitler llegó al poder elegido democráticamente en un momento, bien es verdad, extremadamente turbulento y difícil. ¿Qué aconteció para que los alemanes le votaran y en buena parte le apoyaran luego en sus caminos alocados y sangrientos de racismo y conquista?

Hay que volver atrás, a la Primera Guerra Mundial, una guerra de intereses nacionalistas en la que murieron los humanismos. Las potencias ganadoras del Occidente y su decisivo aliado, los Estados Unidos, en el Tratado de paz de Versalles, impusieron a las potencias perdedoras del Centro europeo condiciones extremadamente draconianas, sobre todo a Alemania, y dividieron a su gusto a la Europa del Centro y del Este, y a los explosivos Balcanes. Se crearon países de fronteras bastante artificiales. Entonces nació Yugoslavia. En esos repartos gran cantidad de alemanes quedaron fuera de las fronteras de la propia Alemania. Era la situación tradicional de todas las nacionalidades en los países de la Europa Oriental, sin que ello hasta ese momento causara problemas demasiado graves, debido a las tradicionales y sutilísimas estructuras políticas del antiguo imperio Alemán y luego del imperio Austro-Húngaro. Ahora el frágil



equilibrio político tradicional de Europa, quedaba roto, como con Napoleón.

Los alemanes sintieron como una verdadera vejación las condiciones sociales, políticas y económicas impuestas por los Aliados. El ensayo de destrucción de la potencia industrial alemana, incluyendo de 1923 a 1926 la ocupación militar franco-belga del Ruhr para obligar a los alemanes al pago de las reparaciones económicas que se les habían impuesto. Una gravísima crisis económica mundial del año 29 que se vivió con virulencia terrible en una Alemania que apenas salía de los años insoportables de la postguerra. En ese caldo de cultivo dramático había dos fuerzas políticas, dos ideología universalista, que buscaban imponerse a todas las demás: los nacionalsocialistas —los nazis— y los socialdemócratas —comunistas de obediencia soviética—. La partida en la opinión pública alemana la ganaron los nazis con su discurso esencialmente nacionalista y aunador de todos los alemanes dispersos en la poliédrica segmentación política de la Europa Central y Oriental. Creyeron que el ser ario les constituía en superhombres.

Tras destruir los potentes sindicatos, Hitler jugó muy bien la baza de poner en pie la economía alemana con una política de pleno empleo. Hasta hace poco, por ejemplo, una buena parte de las autopistas alemanas en uso eran las que entonces se construyeron. La vital industria pesada encontró una salida fulgurante en el rearme del ejército alemán. La ideología panalemana del nazismo se difundió en todas las minorías alemanas. Como ideología política universal, el nacionalsocialismo comenzó una carrera de oposición violenta al comunismo. La Alemania nazi tenía un sólo enemigo final: la URSS. Las democracias occidentales les parecieron sin vigor de cara a un futuro musculoso: peritas en dulce que un día caerían en la ideología nazi. Pero al final ellas son las que vencieron, conquistándonos el futuro.

Hitler comenzó enseguida una política de hechos consumados: reocupa con su ejército la Renania, establece el Eje Roma-Berlín con el fascista Mussolini, ocupa Austria y los Sudetes. En 1938 quiebra la política de ingleses y franceses en el acuerdo de Munich. Creyéndose con las espaldas guardadas, firma el 23 de agosto de 1939 el pacto de no agresión con los soviéticos: se reparten Polonia, que es invadida por Hitler. Las potencias Aliadas le declaran la guerra. El Apocalipsis ha comenzado.

Es tan claro que las potencias ganadoras de la Primera Guerra Mundial se saben culpables en un grado muy apreciable de la subida de Hitler al poder —y responsables por tanto de aquello que dio origen a tantos horrores— que la política de las Potencias Aliadas ganadoras es ahora radicalmente diferente con respecto a Alemania y a la otra potencia perdedora, el Japón. Todos lo recordamos. Mas entonces se incuban la guerra fría que nos ha durado cuarenta años, hasta la caída —¡como perita en dulce!— de la otra ideología política universalista, el comunismo, pues siempre es un problema cómo pensar nuestro tiempo con visión de futuro.

Recordar ahora a Hitler y sus desmanes como el Gran Malo, sin el contexto político que lo possibilitó —si no lo alentó— es un gravísimo peligro. En la historia, las amapolas sedientas de sangre nacen de semillas del pasado y generan semillas para el futuro. Son resultado de terribles juegos de poderes e intereses contradictorios que producimos en la sociedad y en el mundo: lo que hagamos hoy tendrá mañana consecuencias inexorables.

Emociona ver las manifestaciones antirracistas en Alemania, todos con las velas encendidas de la esperanza. Mañana puede no ser como ayer.

La racionalidad aquí es democrática. La democracia aquí es la única postura racional.

Lovaina, 31 de enero de 1993  
(*La Gaceta regional*, sábado 13 febrero 1993)

## 54.- Entre risas y chirigotas

Llegué ayer de una visita de incognito por Salamanca que me ha durado una semana. Como ladrón escondido, tras las sonrisas preparaba el terreno para aceptar una invitación encantadora para Pittsburgh.

Pero, lo confieso, me vine con el corazón en un puño, preocupado por el oprobioso papel de nuestros obispos nombrando presidente de la Conferencia episcopal a algún desafortunado derechista, retrógrado y anticonciliar, pues ya se sabe los tiempos que corren —el *ABC* me lo había confirmado—. La situación era tan negra, al decir de los comentaristas de los medios de comunicación —los que saben—, que me venía para acá dándome con una piedra en los dientes para que eligieran al arzobispo de Barcelona como presidente, porque las cosas podían derivar mucho más allá. Incluso, en el avión, miré con avidez el mapa publicado en *El Mundo* en donde figuraban todas las diócesis españolas, y en cada una se indicaba con aplomo sobrecogedor que un obispo estaba todavía más a la derecha que el de al lado. La verdad es que conozco a algún obispo, pero lo que yo sepa, evidentemente, no vale para estas misas, me decía. Todo lo aprendí con avidez de aquél mapa, resumen de tantas y tantas cosas que los sabios y entendidos me decían. Por eso, en el horror del vértigo de las alturas, me hacía cruces de que, como mal menor, al menos fuera Carles el elegido.

Ya se sabe —los medios de comunicación y otros poderosos nos lo enseñan machaconamente, por si alguien, pobrecillo, todavía no se ha enterado— que, como dijo Tarancón —según dicen—, los obispos tienen tortícolis de tanto mirar al Vaticano, es decir, de tanto mirar por la derecha. El vértigo de las alturas, pues, me hizo agarrarme a Carles como quien está a punto de ahogarse en el pudridero de sus pecados, pensando que quizá la presidencia podría ir a parar a Cuenca. Bendije su existencia;

me pareció que en esa desafortunada carrera a la derecha de la Iglesia que una y otra vez nos predicaban y enseñaban las gentes bien informadas y de poder —que dicen saber—, cuando menos parece un hombre educado. En el avión iban Enrique Barón y Robles Piquer, eurodiputados. Estuve a punto de pedirles que me reconfortaran. No me atreví, soy demasiado tímido.

Llegué a Lovaina cansado, pues me cansa viajar, aunque paso la vida en un ajetreo. Tuve sueños cargados de presagios: se me apareció alguien a quien creí reconocer como el Inquisidor de *Los hermanos Karamazov* de Dostoyevski. Vestido de nuncio Tagliaferri y de cardenal Ratzinger, se paseó por mi habitación como por tierra conquistada. Sin embargo, debo tener piel de hipopótamo pues ni con esas me morí y esta mañana he osado despertarme. Al punto todo me ha venido a la cabeza y el corazón se me ha puesto a latir desafortunadamente en la angustia de la angina de pecho: ¿quién habrá sido, por fin, el elegido para presidente de los obispos?

He salido corriendo de casa para comprar un periódico español, cualquiera, el primero que encontrara. Allí estaba *El País*. Convulso y desde lejos lo he visto: todo se leía en la primera página. ¡Dios mío, que susto me he dado!: Elías Yanes, arzobispo de Zaragoza, elegido presidente por cuarenta y cinco votos contra treinta para Ricard María Carles. Fernando Sebastián, arzobispo coadjutor de Granada, elegido vicepresidente por cincuenta y dos votos. El editorial de mi periódico —corto, cortísimo, faltaría menos— habla de renovación, pero —¡faltaría más!— contiene unas palabras absolutamente maravillosas: , es decir, hagan, digan y elijan a quien quieran los obispos españoles errequeerreísticamente nadie de entre los sabios y poderosos —que nada saben— les van a quitar la presunción de culpa, pues sepan cuántos que, pase lo que pase y chifle quien chifle, se seguirá afirmando el clima conservador que reina en la jerarquía española, decida votar a Yanes o piénsese sin acertar que va a votar a Carles. Ya pueden nombrar a quien quieran, incluso a san Apapucio, que no por esas dejarán de ser tildados de conservadores y creadores de conservadurismo por quienes nos llenan la cabeza de lo que les viene en gana. Sea, haga y diga lo que quiera la Iglesia, ya está decidido de antemano. Razón tienen los que dicen que la teoría es verdadera aunque no se verifique, pues estos poderosos tildadores profesionales están muy lejos del criterio de verificación, e incluso del de falsación y de todo criterio: cualquier parecido de lo que ellos dicen con la realidad es mera coincidencia. Pero no importa, porque seguirán con sus monsergas.

Me he indignado sobremanera pensando en mis sueños y pesadillas. Seré tonto. ¿Cómo me he dejado engañar así? ¿No conozco yo a los obispos españoles y a la Iglesia mejor de lo que me muestran algunas gentes de mucho poder, empedernidos en su tozudez irredenta? ¿Cómo me dejo engañar creyéndome lo que me soplan con una machaca que se parece a la de aquellos terribles ruidos que escuchaba Sancho agarrado la

noche entera a los muslos de un Don Quijote enhiesto en Rocinante? ¿Seré tonto y lerdo y sandio y representante de tontos de lerdos y de sandios?

A Yanes no le conozco de nada. A Fernando Sebastián le conozco mucho. Era el rector cuando entré en la Universidad Pontificia. Ahora es un amigo a quien le envió fotocopia de mi callada música, como a otros treinta y cinco o cuarenta amigos. Una vez, en El Escoria, acompañaba a mi amigo el teólogo lovaniense Adolphe Gesché, invitado en uno de los cursos de verano organizado por Olegario González de Cardedal que se cerraba con una conferencia Fernando Sebastián. Le expliqué quién era y cuál era mi relación con él. Gesché me ha recordado varias veces que le dije así: “de tal manera congenio con lo que Fernando Sebastián cuanta que estoy siempre de acuerdo con él, aunque diga mentiras”. Será cierto que lo dije cuando me lo recuerda, pero lo que sí afirmo hoy es que tal cosa me acontece sólo con algunas personas; te lo aseguro, no es una actitud frecuente en mí.

De empecinados y otras zarandajas irredentas, bello título para hoy.

Lovaina, 17 de febrero de 1993

(*La Gaceta regional*, viernes 19 febrero 1993)

## 55.- Carta abierta a don Francisco Lacueva

Querido don Francisco: Yo le maté, pero usted, gracias a Dios, no ha querido morir, de lo que me alegro infinito.

Después de escribir sobre usted matándole en mis calladas notas musicales, que llevaba dentro desde hace tiempo, en mi paso de incognito por Salamanca, me encontré en la librería con Xavier Pikaza. Fue él quien me sacó de mi gravísimo error. Me dijo que todavía no hace dos meses tuvo contacto epistolar con usted; cuando yo lo había eliminado ya hace años. Me alegré tanto como me quedé sobremanera perplejo.

¿Perplejo porque usted vive todavía? No, claro, por eso estoy maravillosamente contento, en espera de que pronto nos volvamos a ver. Perplejo porque, por primera vez en mi vida, había matado a alguien, y ese alguien, por mis muchos pecados, era usted, a quien queda claro que “le quise y le quiero”. Usted, que es hábil lector, se dará cuenta que esto se lo decía a usted cuando le creía muerto, es decir, que, aunque creyéndole ya fuera de este mundo, sin embargo, le seguía teniendo por viviente en mi memoria y en su misma realidad personal —viviente en espera de la resurrección de la carne, también aquí por la gracia de Dios—.

Cuánto me alegro de haber dicho las cosas que dije cuando le creí muerto y bien muerto. Por lo que me conoce, en lo que se acuerde de mí, sabe que nada de ello lo hubiera dicho de haberle sabido vivito y coleando, por mi timidez y por la inconveniencia de todo lo que allá ponía. Pero está bien así. Me alegro que sea como ha sido, pues mi

desangelado asesinato valió para que dijera en mi música lo que si no hubiera callado.

Pero, ahí está la cosa, que tras haberle matado y bien matado, ahora me encuentro que lo que dije tan calladamente ha sido todo una inmensa indiscreción, porque usted, ya se lo he dicho, gracias a Dios, no ha querido morir antes de su tiempo. Le pido perdón por mis indiscreciones que se pueden leer con todas las letras, pero en ellas verá lo que ya sabía, mi enorme simpatía por usted.

Déjeme que le diga algo más. Xavier Pikaza, siempre en la librería, pues los dos parecemos alguna enfermedad que se nos manifiesta como locura por los libros, me dejó alelado por algo más, pues me dijo que alguien le había comentado que en mis palabras finales ( ) la última expresión ( ) se entendía como que yo marcaba con usted, finalmente, una diferencia en la que me quedaba con la mejor parte. Pero somos tan distintos que esas palabras eran una mera obviedad para quien nos conozca o, simplemente, nos vea juntos (lo cual, bien es verdad, queda reducido a usted mismo y a unas pocas personas que comienzan a perderse en la lejanía). Pero ya sabe usted que cada uno tiene derecho a hermeneutizar las cosas como le plazca o como le vaya la procesión por dentro. Puede que ahora que de nuevo le desmato y le devuelvo a mi vida, a alguien le parezca mal porque le prefería a usted como yo le dejé a la chita callando en mi música o, quizá, tendría ganas de verme a mí en el lugar en que yo le puse a usted. Bueno, qué se le va a hacer, esas cosas son parte del gozo de la fiesta de la vida.

Resulta que es usted profesor en el Seminario protestante de Vigo, y que allá —junto con su hija, me dijo Xavier— se ha convertido usted en un querido y venerado maestro de sus numerosos estudiantes. Cuánto me alegro de que así haya sido desde la última vez que le vi en Tunbridge Wells, hace ya muchos años. Ya lo dije: hace años también fue maestro mío.

Entonces yo era un estudiantillo, medio licenciado en teología por Lovaina, luego doctor —por lo vaina que soy, como desde entonces me dice siempre que me ve mi viejísimo amigo el P. Casiano Martínez, de nuevo prior del Monasterio de Valvanera, en La Rioja—. Terminé y me fui para Salamanca allá hacia 1973 o 1974. Desde entonces soy profesor en la Universidad Pontificia de Salamanca. Profesor de cuestiones raras que tocan a la historia y a la filosofía de las ciencias, en su Facultad de filosofía. En septiembre de 1977, para pasmo y extrañeza de muchos —entre los que me encuentro, bien miradas las cosas, aunque con inmensa alegría—, me ordené sacerdote católico en la diócesis de Ávila. Fui seis años párroco de Morille, cerca de Salamanca —lo mejor que he hecho en mi vida, si no lo único bueno—. Ávila se ha convertido en una de mis realidades —quizá ahora más en la añoranza que en la real cotidianidad—.

Este año, por una serie de deliciosas circunstancias y casualidades, me ha permitido estarme aquí en Lovaina todo el tiempo. Lo estoy

aprovechando para leer y escribir, como en mis mejores tiempos. Me volveré con alguna *Summa*. Y lo digo, porque me ha picado el gusanillo de mis mejores momentos —los que comencé a vivir en El Paular, en donde nos conocimos— y me estoy dedicando a la filosofía teológica y a la dogmática, este año a la dogmática de la creación. Cosas interesantes donde las haya. La pasión más profunda de mi vida, que hace de mis muchos años dedicados a las cuestiones de filosofía de la ciencia la mejor y más extraña de las entradas posibles en estos menesteres, a la vez nuevos y ya muy viejos para mí. Me hubiera gustado emularle leyéndome todos o casi todos los tomos de la Dogmática de Karl Barth, pero no saco tiempo y sólo voy por el cuarto. Tengo que pensar, tengo que escribir y he tenido que leer las 2.295 de los siete volúmenes de la maravillosa novela, *O tempo e o vento*, del brasileño gaúcho Erico Verissimo. Usted en El Paular tenía más tiempo cronológico que el que tengo yo ahora. Espero y deseo que ahora, en Vigo, aunque tenga menos tiempo, sea el suyo un tiempo para querer y para ser querido. Yo, se lo repito ahora que de nuevo está usted vivo para mí: ¡Le quise y le quiero a usted, tan distinto a mí!

Doy infinitas gracias a Dios porque de nuevo, quizá con esa manera tan rara que tiene de escribir derecho con líneas torcidas, podremos tener ocasión de volvernos a ver. Estaré encantado. Un muy fuerte abrazo

Lovaina, 22 de febrero de 1993  
(*La Gaceta regional*, viernes 26 febrero 1993)

## 56.- De empecinados y otras zarandajas irredentas

En los que hablan de la Iglesia desde dentro —otros la hacen y no hablan— es materia de discusión la postura a tomar con respecto a la modernidad. Para unos, la Iglesia católica ha descubierto que no debe ser contraria a la modernidad. Para ellos, el rechazo del mundo moderno por la Iglesia, como si éste fuera el compendio de todos los males, ha sido un desastre. Para ellos, los otros, los que hoy no aceptan la modernidad o, peor aún, la condenan, son seguidores de tiempos absolutamente caducos y que fueron rechazados para siempre, dicen, por el Concilio Vaticano II.

Mas, ¿quién dice la ‘modernidad’? ¿El periódico que, como ya sabes, leo todos los días, *Le Monde*? ¿El largo artículo en primera página del redactor encargado de cuestiones religiosas de antesdeayer, hablando de que sale la traducción del gruesísimo libro de Eugen Drewermann titulado *Kleriker*, en francés *Fonctionnaires de Dieu*? Se ve que tiene un interés obvio de que se vendan en Francia más de los 270.000 ejemplares que, nos dice, se han vendido del original alemán. Pero el bueno de Henri Tincq, flaquea y duda, como santo Tomás: no parece creer que este libro sea en Francia un antídoto vendido suficientemente para el mal radical del *Catecismo*. ¿El larguísimo artículo de ayer, en la sección de libros, de

Denis Slatka —redactor de cuestiones de lengua y gramática— en donde de nuevo pone —¡cómo no!— de chúpame dómine al malvado *Catecismo*? ¿O lo de hace unos días, cuando dedicaba el doble de espacio a un sórdido asunto de costumbres y asesinato de un chaval, en el que parece estar implicado un sacerdote católico de las islas Madera, que al descubrimiento en Francia del lugar en donde se construían los explosivos de la ETA, y justo un artículo encima del otro?

¿Se permite una información tan sesgada en política o en economía o en crónicas del extranjero? ¿Es la que los lectores quieren y por eso se les da? ¿Son restos de una vieja ideología incrustada en los consejos de redacción, pero relegada y permitida sólo en lo que toca a la Iglesia? ¿Qué pasa? ¿Quién la alienta? ¿Ser ‘moderno’ es compinchar con esas cosas y opiniones? ¿Será que, cuando los perros ladran, la caravana pasa?

Los ‘modernos’ de dentro de la Iglesia piden que comprendamos las razones de opiniones tan rotundamente negativas. Bien, pero ¿no habrá que decir también a quienes las sostienen que deben intentar comprender las razones de sus propias opiniones sobre la Iglesia?, ¿les ayudaremos? Porque si hay algo —mucho— por parte de la Iglesia, hay algo —mucho— por parte de quienes se dicen ‘modernos’ por encima de todo. Si no, jugamos el juego de un lerdo masoquismo, bastante sádico, que a mí personalmente me harta hace tiempo. Si ser moderno es eso, me desapunto.

A otra cosa, mariposa. Terenci Moix me enseñó algo esplendoroso en la página 106 de su novela *El sexo de los ángeles* (Barcelona, 1992): . Comprendí enseguida que él no lo es. Lo que no entiendo es el bombo y platillo que le dan, incluyendo un prólogo de Pere Gimferrer. ¿Será porque están detrás las promociones y los dineros de Planeta?

Nathalie Sarraute, novelitas francesa de noventa y dos años de gran renombre, a la que suelen emparentar con el ‘nouveau roman’, pero a la que no conozco, es decir, a la que todavía no he leído, en una entrevista decía que la novela moderna no se construye ya desde los personajes y la intriga. Me hizo sentirme profundamente desazonado y triste, muy poco moderno, pues ¿qué hago con las tantísimas páginas echadas al colco de mi querido Verissimo en su novela de personajes y de cierta intriga? ¿Será que mi *O tempo e o vento* no es sino una especie de *Lo que el viento se llevó* y yo no me había enterado hasta ahora? Pasé momentos malos, tembloroso y avergonzado de mis amores, pero me consolé pensando que no soy un lector profesional, un crítico o un lingüista, sino un lector de mis placeres. Mas ¿no es la lectura primero y sobre todo un placer, una ocasión sobresaliente para perder el tiempo, como he defendido en mi música? Qué tiempo más delicioso el que he perdido con Licurgo Cambará y su hermano Toribio, sus hijos y sus amigos, con Ana Terra y Bibiana y Maria Valéria. Tiempo ganado, el que he perdido.

Y así se termina esta música callada, que tanto placer me ha proporcionado. No pienses que escribirla ha sido fácil, cosa, como quien dice, de coser y cantar; agua de la fuente que mana fluida. Escribir 56

entregas como ésta ha sido, para mí, una labor fantástica en la que te he dicho todo lo que sé y casi todo lo que tengo. Ahora ya te conozco, tú que me lees. Nos hemos hecho amigos. ¿De qué he hablado? De lo que quería musicar. ¿Que he dicho? Ahí está, es lo que quería decir. Leyéndolas has comprendido por qué es música y a qué se debe el interés en que sea también callada, notas, simplemente, de una música callada.

Cincuenta y seis entregas que ofrecí de y por mí mismo, sin más, al director de *La Gaceta regional* de Salamanca y que él, muy amablemente, me ha ido publicando. Cuando algún sábado no la has visto, porque mi música no estaba ahí en la página cuarta, ni una sola vez —creo— se ha debido a que no la hubiera escrito; allá estaba esperando sobre la mesa de la redacción. Sólo un texto me han dejado de publicar, el titulado *Semana Santa*. Ruego al director que me lo publique en la próxima semana santa. Era el texto más bonito de todos los que he musitado. Así, mi callada música estará completa.

El retiro lovaniense se va a ampliar el próximo año con mi estancia en la Universidad de Pittsburgh. Me han invitado todo un curso a tomar café en el centro de filosofía de la ciencia, sin ninguna obligación lectiva y pidiéndome que siga en lo mío. ¡Los estadounidenses son gente curiosa!

¿Me quedan cosas por decir? Casi todas, todavía. ¿Volveré a ésta mi callada música? Quizá, pero la próxima vez será porque me la pidan.

Lovaina, 6 de marzo de 1993  
(*La Gaceta regional*, viernes 12 marzo 1993)